



F. LUIS PARREÑO

Pedro el Temerario



La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.^a época. ○○○ Año IV.

Número 86.

1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

R. 43.141



L-I-602/43

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACION SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

86





--Pon ahí tu medio ducado, y así no hay duda.

FLORENCIO LUIS PARREÑO

Pedro el Temerario.

TOMO III

Ilustraciones de E. Barrio.



MADRID

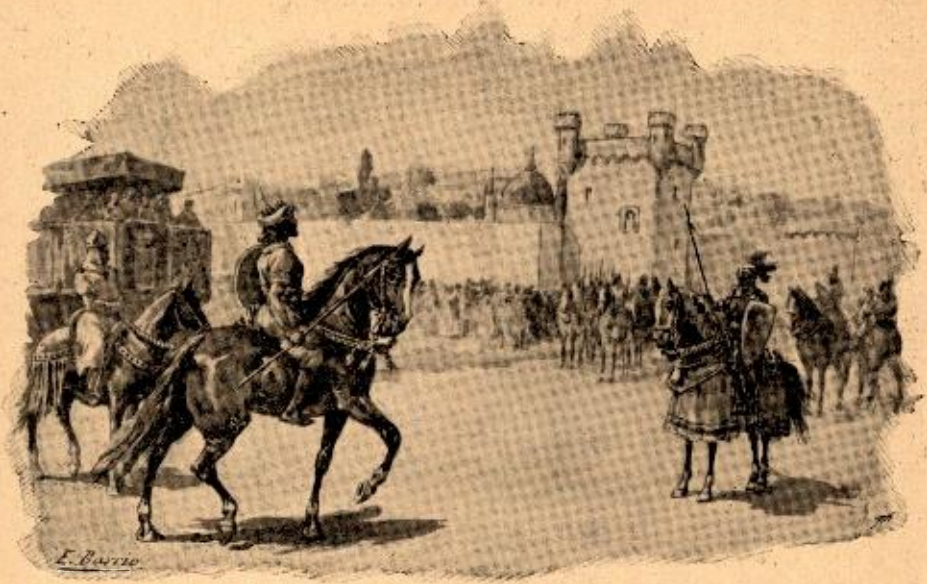
LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EN 1876

Calle de Valencia, núm. 23.

Reservados los derechos
de propiedad artística.



PEDRO EL TEMERARIO

CAPITULO XXIV

Ali.—Temeridad de Lázaro.—La torre de Ismael.—Fátima.

El nuevo señor de Marcia se despidió del abad y del mago, mandó que le ensillasen un caballo, y subió á los cláustros donde estaban los terribles montañeses. Estos, sentados unos, recostados otros, y los más de pié, conversaban en voz baja, murmuraban de los monjes, suponiendo que no cuidaban bien á Pedro; y todos tristes y cabizbajos, sentían los males de su señor más que los propios. Lázaro, entró, y ellos se levantaron, rodearon al escudero y exclamaron en coro:

—¿Cómo está Pedro? ¿Vive?

—Sí, hijos míos, vive, y pronto lo tendréis á vuestro lado.

Y ébrios de alegría prorrumpieron:

—¡Bien por el mago! ¡Que Dios le proteja! ¡Vivan los monjes!

—¡Callad, insensatos! que aún no está bueno, y pueden agravarlo esas voces. Vivan los monjes, ¿eh? ¡Contento tenéis al abad! Habéis echado votos, maldiciones, y criticado á esos santos varones, que han salvado á Pedro, y día y noche ruegan á Dios por él.

—¡Como nosotros no sabíamos!...

—Cuando yo dejé al herido entre ellos, confianza me inspirarían.

—¡Es verdad, más como hemos venido á velar por él, y los monjes no nos dejan acercarnos á donde está!...

—Hacen muy bien; ¿entendéis vosotros de enfermedades? ¿Qué hubiérais hecho á su lado? Nada; mientras que ellos, con cariño y un cuidado admirables han lavado sus heridas, y procurado su salud día y

noche, con el afán más prolijo. Como yo sepa que habláis mal de los religiosos, ó echáis votos en este santo lugar, obligo á Pedro á que os aborrezca y os maldiga.

—No, Lázaro, no; rezaremos, les besaremos las manos y les pediremos perdón.

—Hoy mismo.

—Ahora.

—Hacedlo así por Pedro, por mí y por vosotros: notad que falta á Dios el que atenta contra sus ministros. Oid: parto ahora y mañana vendrán todos vuestros compañeros. No sé cuándo podré volver; mas hasta tanto que regrese, ó el conde se levante, obedeced á D. Rodrigo y al señor de Vivar lo mismo que á Pedro ó á mí. No será extraño que nuestros enemigos vengan contra Lara; si llega este caso, cumplid fielmente las órdenes de vuestros jefes, y morir todos antes que penetre en este sagrado asilo uno solo de nuestros contrarios. En el monte, saltando rocas y venciendo siempre, aniquilad, herid, y dejad de matar cuándo no quede un enemigo. Yo no podré acompañaros, bien lo siento, porque estando con vosotros... En fin, Pedro quiere que vaya á otra parte, y si me niego se va á morir...

—¡Marchad!—exclamaron los hijos de la montaña—; si vienen sus enemigos, ¡ay de ellos; sobre las rocas y en el fondo de los abismos perecerán todos!

—Todos, eso es, todos; y así quedaremos tranquilos. ¿con que no haré falta?

—No, partid y obedeced al conde.

—¡Quedad con Dios, hijos míos; y cuidado con los monjes!

Lázaro estrechó á varios de ellos, dió algunas órdenes á D. Rodrigo y demás caballeros que le acompañaban, y unido al capitán Vivar, partió á Osuna, con la celeridad que le fué posible.

Nada de particular halló el antiguo escudero en la capital de la raya. Osuna y el Saucejo continuaban tristes y silenciosos; en los templos se oraba y pedía por Lara, y nobles, caballeros y plebeyos, en unión de los sacerdotes, y acompañados de las mujeres y niños, suspiraban é imploraban el auxilio divino en favor de Pedro el Temerario, del invencible brazo que continuamente defendía las vidas y hacienda de los habitantes de aquella comarca, contra las huestes agarenas. Allí no reinó,

mientras vivió el conde, otro monarca que él; los grandes y los chicos le adeudaban lo que tenían, y á todos los trataba como á hijos, los defendía como á hermanos y los amababa como padre.

Lázaro Rueda, esparció el contento y la alegría en el país al publicar el feliz estado del enfermo. Sacerdotes, nobles y pebleyos, mujeres y niños, los de las ciudades y pueblos, los de la montaña, la selva y el campo, todos corrieron al palacio á saber por Rueda que la vida de Pedro se había salvado; y los edificios se adornaron con colgaduras, las campanas se echaron á vuelo, y por la noche hubo música, bailes é iluminación. Desde la raya hasta los confines de Osuna, corrió la noticia como un chispazo eléctrico, y fué un día completo de espontáneo y verdadero regocijo.

Cuando Lázaro se vió libre de tanta pregunta y de tan tiernas solitudes, reunió á todos los montañeses, les arengó, y con el capitán Vivar y otros caballeros á la cabeza, los hizo partir al monasterio de San Pablo. Revistó luego la gente de armas que quedaba de Lara, convocó á sus jefes, llamó á los nobles, amigos y parciales que tenían en Osuna, y les enteró del mal estado de la política; y cuando se convenció de la lealtad y decisión de todos, los despidió encargándoles mucha vigilancia, y en caso de llegar el enemigo, la defensa hasta triunfar ó perecer. Seguidamente entró en la alcoba donde se hallaba padeciendo el pobre Alí. Este, había vuelto ya al conocimiento, y se hallaba en este instante dormido, pero al sentir á Rueda despertó, y sin aguardar que le preguntara, se anticipó á decirle:

—¡Estoy mal, Lázaro, muy mal! Voy á morir: mas ¿qué me importa? ¡Pedro ha muerto, y Fátima está entre sus enemigos!... Aun cuando presumo que habrá dejado también de existir, porque se habrá clavado su puñal en el corazón, cuando hayan querido deshonrarla; ¡oh, tiene más valor que sus asesinos!

—Alí, mi buen Alí; el conde está fuera de peligro y á Fátima no han podido deshonrarla.

—¿Qué dices, cristiano?—preguntó el africano incorporándose, á pesar de los dolores agudos que sentía.

—La verdad; ¿si mi hijo hubiese muerto, estaría yo aquí? ¿viviría yo?

—Tienes razón. ¿Y mi señora? ¿Qué es de Fátima?

—Sigue en poder de D. Juan, el cual quedó gravemente herido por el conde.

—¿Conque al fin lo hirió?

—Sí, y dejó tendidos en tierra á treinta más.

—¡Yo solo pude con tres!... ¿Y no va Pedro en busca de su amada?

—Eso quisiera él, ¡pero aún no está para ello! Escucha: esta noche penetraré yo en la torre donde la tienen encerrada.

—¿Y qué harás?

—¡Cuando esté dentro!...

—Sí, ¡tú eres valiente, y la amas también! ¿quieres que vaya contigo?

—¿Pues no estabas muriendo?

—¡De pesar, Lázaros; de pesar nada más!

—¿Y tus heridas?

—No siento nada; ¿me alargas mi ropa?

—¡Mis brazos, noble y leal africano! ¡Estréchame y acepta todo mi cariño y amistad! ¡Pardiez, me has hecho llorar! ¡Se está muriendo, y aún tiene valor para correr en busca de su ama, cuando al primer paso que diera caería sin sentido! ¡Dios mío, un hombre tan generoso y leal, no debe postrarse ante Mahoma! Alí, ó te bautiza un sacerdote, ó te bautizo yo.

—Si lo hace Fátima, me someto á todo.

—¡Ah, pues entonces serás cristiano!

—Conque, ¿me dejas que te siga?

—Ni tú puedes venir, ni me sería dable llevarte; ¡ese color te vendería!

—¡Ay, es verdad!

—Sin embargo, haz lo que esté de tu parte por sanar pronto; ¡quién sabe lo que todavía podrá ocurrir, y si Fátima necesitará de tu valor!

—Lo haré.

—Por si acaso, ¡oye lo que intento!

Y el hidalgo Rueda llamó á uno de los jefes que aún permanecían en el palacio, y le dijo:

—Preparad una camilla, depositad en ella á mi amigo Alí; y vos mismo, seguido de veinte caballos conducido al convento de San Pablo; preguntad por el abad, y cuando salga decidle de mi parte que recomiende este herido al sabio Isaac.

Llevalle cama, pues los monjes carecen de todo. Luego os volvéis aquí.

—¿A dónde me van á conducir?

—Al lado del conde, ¿qué te parece?

—¿Es ese mago el que curó á Pedro?

—El que lo está curando.

—Bien, que me lleven; mas, ¿por qué no me das un caballo?...

—Alí, todavía estás muy malo; y te advierto que, si mueres, no podrás en adelante defender á Fátima.

—Haré lo que quieras.

—Eso es. Estréchame ahora, y cuenta con que á mi regreso verás á tu señora.

—¡Alá te guíe y te defienda!

—Dios, Alí, Dios; ves acostumbrándote á llamarlo así.

Acto continuo salió Rueda y se dirigió á la enfermería, donde halló ocho de los soldados de D. Juan, que no habían sucumbido á las heridas que el conde les causó el funesto día del rapto de Fátima. Lázaros les obligó á que se incorporasen, y los fué reconociendo todos, haciéndoles varias preguntas. Había entre ellos uno que llamó su atención, al cual le dijo:

—Tú debes estar mejor.

—Señor—contestó con acento aragonés el interpelado—, no me hallo mal.

—Pues baja de la cama y ponte á mi lado.

El enfermo obedeció, y Rueda se midió con él.

—¿Te se va la vista?

—Un poco.

—Entonces siéntate. Que te ayuden á vestir, y apoyado en dos soldados que te conduzcan á mi presencia.

Media hora después el herido se encontraba arrellanado en un sillón frente al escudero. Este llamó; entró un criado, y le preguntó:

—¿Ha venido el verdugo de Osuna?

—Sí, señor.

—Que pase.

El ejecutor se presentó, tembló como un azogado el herido, y Rueda preguntó al primero:

—¿Estáis dispuestos á cumplir una sentencia del conde?

—Sí, señor.

—Pues baja, prepara lo necesario, y espera.

El verdugo salió, el reo quedó petrificado, y Lázaro le dijo:

—Ya has visto lo que te aguarda. Sólo te concedo media hora para arrepentirte, confesarte, y pedir á Dios por tu alma.

—Señor, compadecéos de mí, y considerar que estando alistado en la bandera de D. Juan, tuve que obedecerle. Yo no conozco al señor conde de Lara, ni le he causado daño alguno. Me mandaron avanzar hacia él, lo hice, y antes de que lle-

al servicio del infante, lo primero que hice fué declarar mi delito, y la causa que me obligó á abandonar mi patria y familia.

—Veamos si es verdad.

Y Lázaro le hizo varias preguntas, hasta que, enterado de cuanto deseaba, tomó algunos apuntes, llamó á un jefe, y le dijo:

—Que lleven á este hombre inmediatamente á las prisiones del castillo del Saucedo, y lo cuiden; pero que lo amarren

bien, pues me interesa mucho que no se escape. Sus compañeros pueden continuar aquí vigilados, y no estará demás separarlos y encadenarlos. Cuando yo vuelva, si éste no ha mentado los perdonará á todos el conde.

Una hora después salió Rueda del palacio de Osuna en dirección de Ecija. Sigámosle.

Eran las diez de la noche, y la luna extendía su pálida luz por la bellísima Andalucía, permitiendo que la curiosa mirada distinguiera sus bosques de naranjos, sus cercados de flores, los perfumados arrayanes, el alto arbutan, la solitaria palmera; sus poéticos montes, sus caudalosos ríos, y su suelo, en fin, salpicado de encantos. Una brisa fresca y suave se mecía dulcemente en el espacio, y nada interrumpía

el silencio de aquella hermosísima noche de primavera. Por un terreno cuajado de olivos caminaba ahora el atrevido Lázaro Rueda, entregado, al parecer, á profundas meditaciones. El ex escudero no era hombre de gran talento, ni su educación fué la más culta; pero tenía bastante sagacidad, y en la ocasión presente debía ser gravísimo el asunto que le ocupaba, según lo mucho que torturaba su juicio en busca de una solución al proyecto que, al parecer, le estaba preocupando. Cabalgaba en un arrogante caballo jerezano, y su traje era el mismo que llevaba debajo del jaique musulmán uno de los que acometieron al conde el



—¿Estis dispuesto á cumplir una sentencia del conde?

gara mi lanza á su persona, me hirió, y caí en tierra sin sentido.

—Todo eso será cierto, pero como el infante no tiene á su lado más que infames, tú lo serás también, y vas á pagar ahora tus culpas anteriores.

—Sí, en Atequa maté á un hombre indefenso; mas no he cometido otro delito que ese.

—¿Y te parece poco?

—Señor, me llamó ladrón sin serlo, y... no pude contenerme.

—¿Si no mientes en nada al contestar á las preguntas que te voy á hacer, te perdono la vida; pero si me engañas!...

—Jamás fui embustero. Cuando entré

día que se verificó el rapto de la huri. Ceñía una larga espada de su amigo Lara, y pendiente del cinturón caía una daga toledana, ancha y bien afilada. En estos momentos se decía:

—¡Por mi patrón Santiago, que me repugna mentir, y más aún andar con disfraces, farsas y fingimientos! Pero, ¿qué he de hacer? Como dice Rodrigo, no se puede ser bueno con los malos, ni las armas de un caballero se han fabricado para herir á los villanos. ¡Buenas armas voy á llevar! Mi lengua, un caudal de mentiras, una ficción suprema y un exterior de santo; con magníficos aceros se va á estrenar el nuevo señor de Marcia. ¡Cómo ha de ser; por Pedro haré esto, y todo lo que sea preciso! ¡Ay, conde, tú ya has librado del peligro, y ahora me lanzo yo á él! Bobería es pensar en esto; lo peor que puede sucederme es morir, y por tal bagatela no ha de ponerse grave un hombre como yo. Corramos.

Y alojando las bridas, picó al caballo, salió como una flecha, caminando á buen paso hasta las cuatro de la mañana, en cuyo instante torció á la derecha, deteniéndose al poco tiempo á la puerta de una casa, aislada, de mediano aspecto, y donde debía vivir un labrador: se hallaba Lázaro á un cuarto de legua de Ecija, y á mil varas de las avanzadas del infante D. Juan.

Rueda llamó á la puerta de aquella vivienda, y poco después salió el dueño; se estrecharon las manos, y dijo el primero al segundo:

—Maese Tomás, sois honrado, y bien puede un cristiano fiarse de vos; ¿no es cierto?

—¡Vaya si lo es! ¿Qué no haría yo por el hombre que me salvó la vida y la honra de mi mujer! ¿Y el valeroso Pedro, cómo está?

—Mal; sin embargo, pronto querrá Dios que se halle restablecido. Amigo Medina, perdonad, pero estoy muy de prisa, y sólo tengo tiempo para rogaros que guardéis el caballo, la espada, la daga y este talego de oro. ¿Aceptáis?

—¿Nada más queréis de mí?

—Eso; y que todos los días, á la caída de la tarde, os déis un paseo alrededor de los muros de la torre de Ismael. Si

alguna vez me viéais por allí, reconocedme solo con el nombre de Jaime Merelo, el aragonés.

—Lo haré así, y siento que sean tan pequeños los favores que habéis pedido, como igualmente el que os vayáis tan de prisa. Pero, ¿qué negro estáis, señor Lázaro!

—No hagáis caso; desde que he mudado de nombre, ha cambiado el color de mi piel.

—Os desconocí completamente; ¡aun después de haberos oído hablar, dudé!...

—Sí, sí. Conque, ¿lo habéis entendido bien? Jaime Merelo, aragonés; un paseito diario cerca de la torre, y bueno será que llevéis siempre el taleguito.

—Así lo haré.

—Pues estrechad mi mano, y hasta que Dios quiera.

Y ambos se despidieron, exclamando Lázaro para sí:

—Este honrado labriego no me venderá.

El otro se dijo á la vez:

—¡Qué valiente es el bueno de Rueda, y qué generoso; pero, Jesús, qué feo y qué negro se ha vuelto! ¡Ya se ve, tiene tan mal oficio!...

Y entrando el caballo y los demás objetos que le entregó su amigo, cerró la puerta de la casa.

Estaba amaneciendo, cuando Lázaro se despidió de Medina; el buen escudero se santiguó, miró al cielo como implorando el auxilio divino, y comenzó á andar muy deprisa en dirección de las avanzadas de Ecija. Poco después lo detuvo la voz de un soldado, que le gritó:

—¡Alto! Rueda se paró, y esperó. Seguidamente se le acercaron cuatro arqueros, y adelantándose uno hasta él, le preguntó:

—¿A dónde vais?

Lázaro se encomendó á Dios, y con voz gongosa y acento aragonés le contestó:

—A la torre de Ismael.

—¿A que vais allí?

—A qué he de ir, ¡voto al demonio! á reunirme con los míos.

—¿Y quién son los vuestros?

—Los soldados del señor infante.

—¿Traeréis un pase?

—¡Sí; como no me lo hubiera dado el enemigo! Hace quince días fui herido, yendo con D. Juan, y en cuanto me curaron, me escapé, y aquí estoy.

—Pues seguidnos.

Y lo llevaron á Ecija, presentándolo á un jefe, el cual le hizo varias preguntas. El señor de Marcia, no olvidándose un solo instante del papel que representaba, contestó perfectamente, sin infundir sospechas, hasta que le dejaron que marchase á la torre, la que distaba de allí muy pocos pasos; llegó, tornó á mirar al cielo, y seguidamente se acercó al puente, y gritó para que lo dejaran pasar. La guardia le preguntó quién era, á lo que contestó:

—¿Ya no me conocéis? Me teníais por muerto, ¿eh? pues soy Jaime Merelo en cuerpo y alma.

—¡El aragonés! exclamaron varios bajando el puente, franqueándole la entrada, y rodeándolo algunos de los que suponían conocerle.

—¡Qué desfigurado vienes! Has enflaquecido.

—¡Ya lo creo! Como que creí morirme.

Y el astuto Rueda, sin perder su aplomo ni el acento gangoso y aragonés, se defendió de un modo heroico de tantas preguntas como le hicieron los soldados y algunos jefes. Por último subió á la torre, y una hora después lo introdujeron á presencia de Ferran, escudero del infante. Este le miró de pies á cabeza, meditó, y luego le dijo:

—¿Conque tú eres Merelo?

—Sí, señor.

—¿En dónde te hirieron?

—Aquí, en el costado.

—¿Quién te recogió?

—Unos soldados de Pedro el Temerario.

—¿A dónde te llevaron?

—A Osuna.

—¿Quién te curo?

—Los criados del Temerario.

—¿A tí solo?

—No, éramos ocho heridos.

—¿Cómo han quedado tus compañeros?

—Muy mal. También creyeron que yo estaba peor, y en cuanto hallé ocasión me tiré por una ventana, y aquí me tenéis. ¡Traigo un hambre!... desde ayer no he comido nada.

—¿Sabes tú si es cierto que vive el Temerario?

—Eso dicen, pero yo no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque andan muy tristes los suyos; siempre nos estaban amenazando con matarnos, y corren por aquel palacio maldiciendo y echando votos...

—Yo también creo que murió, por más que ahora digan lo contrario.

—¡Lo que es yo le di un lanzazo en el pecho!...

—¡Pues los dos botes de lanza que yo le di por la espalda, eran mortales!

—Sí, los ví; estaba ya el suelo que no se podían mover los caballos. Entonces iba á darle el segundo, cuando él me tiró uno, y caí.

—Ahora recuerdo haberte visto rodar.

—No lo siento, si al fin presté un servicio al infante.

—El también fué herido, y esta noche creímos que se moría.

—¡También él! Maldita mora. ¿Qué habéis hecho de ella?

—Aquí permanece, muy cerca de esta habitación, hasta que mejore D. Juan; y si muriese, lo que Dios no quiera, entonces yo dispondré de ella.

—No os apruebo el proyecto.

—¡Por qué no, si es hermosa!

—Es mulsumana, y me hirieron por ella; así es que la aborrezco. Tened cuidado no sea una culebra con cara de angel.

—Todo podrá suceder; ¡hay hombres y mujeres tan malos!... Conque, valiente Jaime, que te den de almorzar, incorpórate á tu compañía y cuenta conmigo, pues, aunque nuevo aquí, sé que no eres cobarde, y yo protejo á los valientes que sirven á D. Juan.

—Gracias, señor; cuento con vuestro apoyo, y os ruego que me pongáis siempre donde haya más peligro; yo no temo la muerte.

—Lo haré así, anda con Dios.

Y salió Lázaro, entró en un ancho corredor, respiró fuertemente, exhaló un suspiro, y comenzó á andar sin saber á dónde iba. El valiente Rueda tenía ingenio, representaba su papel admirablemente, pero ignoraba muchas cosas; y en la imposibilidad de adivinar, torturaba su imaginación sin sacar fruto alguno.

Llegó al extremo de aquel extenso pasillo, halló una escalera, y en ella á un soldado que subía, al cual preguntó:

—¿Dónde está mi compañía?

—¿Qué compañía es la tuya?

—¿No me conoces ya? La de Jaime el aragonés.

—¡Ah, sí, la cuarta de caballería. Baja. baja; y le dejó sin decirle más.

—Vaya si bajaré—exclamó para sí—; bajaré, ¡y ay de vosotros el día que suba de otro modo!

Rueda halló su compañía, su cama y su número; le dieron de almorzar, habló poco, estudió mucho sus contestaciones, y pasó el día sin que habitante alguno de la torre se apercibiera del engaño. Lázarro fingía una torpeza que no tenía el verdadero Jaime, torpeza muy necesaria en su difícil posición, disculpando su nuevo estado, falta de memoria y mala comprensión, con el golpe que recibió en la cabeza cuando fué herido y cayó del caballo. Durmió aquella noche azorado, despertándose á cada momento, y al ser de día se levantó, se vistió con un traje nuevo que le dieron, y sabiendo el poco servicio que le correspondía, se reunió con sus compañeros; y demostrando cada vez más torpeza, se fué enterando del terreno y de aquellas cosas que juzgó indispensables.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que el atrevido señor de Marcia se había propuesto simular á aquel aragonés herido efectivamente por Lara, y con el cual conversó largamente Lázarro, amenazándole con la presencia del verdugo, á fin de recoger cuantos datos pudieran suministrarle para la realización de su plan y poder representar con propiedad su papel. El verdadero Jaime tenía la misma estatura de Rueda, si bien era algo más grueso y moreno; pero el sagaz escudero achacaba su enflaquecimiento á la herida que acababa de sufrir, y obscureció su natural color por medio de un cosmético con que se frotaba la piel, á favor de cuya estratagema aparecía con el mismo tinte y el mismo aire que Jaime. Uno y otro eran, con escasa diferencia, de la misma edad; y el acento gangoso y aragonés de aquel lo imitaba admirablemente Lázarro.

Favorecía á éste la circunstancia de que el soldado de D. Juan hacía escasamente un mes que había entrado en su servicio, fugado de Aragón con motivo de una muerte que hizo, según él mismo declaró; y, por consiguiente, no había transcurrido tiempo bastante para que fuese bien conocido; y aun cuando en la torre existiesen amigos ó parientes de Jaime, el astuto Rueda los habría engañado, ó al menos confundido. Era la primera vez que desempeñaba un papel de este género, mas su ingenio y experiencia le facilitaron las armas necesarias para llenar cumplidamente su objeto.

Provisto de mucho oro, que escondía con sumo cuidado; marrullero, haciéndose el inocente con unos, demostrando su valentía con otros, agasajando á muchos, y tratando á cada cual en términos de atraerse las simpatías ó el afecto, se hizo camarada de los encargados de la cocina, de un vigilante de Fátima, del confidente de Ferrán, y de cuantas personas podían ser necesarias á su intento. Hablaba poco, estudiaba á los hombres profundamente y con sagacidad, y preparaba, en fin, con grande habilidad la arriesgada empresa que quería llevar á término. Al tercer día de estar en la torre, se dijo:

—Ya conozco el terreno lo suficiente, y debo hacer algo. Lo primero va á ser enterar á Fátima de que estoy aquí; probemos. Y sin detenerse reunió á tres de sus compañeros y les invitó á jugar una partida aquella tarde. Eligió á los más viciosos; éstos aceptaron, convinieron en el sitio y acto continuo se fué á la habitación donde estaba el vigilante de la huri, y le dijo:

—Mateo, buena vida, ¿eh? Esste miró en torno, y no viendo más que á su interlocutor, le contestó bajando la voz:

—¡No creas, Jaime, estoy desesperado!

—¿Por qué?

—Porque llevo quince días sin salir de esta habitación ni ver otro sol que el que entra por esa ventana.

—¿Y eso qué importa?

—¿Que no, eh? Ni puedo hablar con vosotros, como no vengáis aquí; ni jugar á los dados, que tanto me gusta; ni hacer otra cosa que aburrirme, y entrarle á la mora la comida.

—¡Pues si supieras qué buena es la partida que tenemos dispuesta para esta tarde!

—¿En dónde?

—En el rincón de la galería azul.

—¿A qué hora?

—A las tres.

—Ya, mientras comen los jefes.

—¡Y el señor escudero del infante!

—¡Es verdad! ¡Si yo pudiese ir!...

—Ven, no seas bobo, estamos cerca de aquí.

—Tengo miedo, Jaime; Ferran me ha dicho que me ahorcan si no cumplo la consigna.

—¡Bah! la amenaza de siempre; no hagas caso de eso; además que dejando la puerta bien cerrada, y en todo caso, si quieres divertirme un rato y no abandonar este puesto, cualquiera de nosotros, por ejemplo yo, ocuparíamos tu lugar.

—Feliz idea, camarada Jaime; admiro tu ofrecimiento; quédate sólo media hora, mientras yo eche cuatro manos, y después tienes todo el tiempo que quieras para divertirme, pues yo me vuelvo en seguida.

—¿Y si la mora llama?

—No, no llama nunca; á quien yo temo es al escudero, que suele venir á menudo.

—A esa hora está comiendo; y si entrase, yo le diría que te habías puesto malo y andabas buscándole para decirse lo.

—¡Tienes razón! ¿Con que aceptas?

—No has de tardar más que media hora.

—Nada más.

—Oye: y me has de dejar la llave, por si la mora llama.

—Sí, pero no llamará.

—Por si acaso, no sea que lo haga el demonio. Nunca está de más esa precaución, no vaya á quejarse luego de ti.

—Es verdad.

—Pues espérame á las tres en punto.

—Que no faltes.

Los dos amigos se despidieron, el uno muy alegre, y el otro exclamando:

—Lo que es está sale bien, las otras veremos.

Y el buen Lázaro buscó á sus camaradas de juego, les enteró de la súplica que Mateo le había hecho, les pintó con los más tristes colores la situación del vigilante, y aceptado por ellos entrar en el

pequeño complot que iba á proporcionar un rato de expansión á su compañero, esperó con calma á que llegase la hora.

A las tres de la tarde se unió nuevamente con los jugadores, los dejó en el rincón de la galería azul, y corrió en busca de Mateo. Este, al verlo, le preguntó con alegría:

—¿Se han puesto á comer?

—Todos.

—Toma, esa es la llave, y espérame, que no tardaré. ¿Están ya los otros?

—Sí.

Y Mateo se dirigió aceleradamente á la galería. Lázaro oyó el ruido de sus pasos, observó luego, y no viendo ni escuchando nada, abrió la estancia donde estaba Fátima, y entró. Se hallaba la hermosa Zegrí recostada indolentemente sobre un sofá, pálida, triste é indiferente á todo. Miró á Rueda, al cual no conoció, y continuó impasible. Este se acercó, y la preguntó:

—¿No me conoces, hija mía?

—No.

—¿No te acuerdas de Lázaro?

Fátima se fijó en él, se levantó, y echándole los brazos al cuello, exclamó:

—¡Conque ha muerto Pedro!

Y comenzó á llorar amargamente. Trémulo Rueda, cogió una mano de la huri y la dijo:

—Calla, hija mía, pues si me cogen aquí me ahorcan. Pedro está mejor, y pronto lo verás bueno, si Dios nos ayuda.

—¿Es cierto? ¿No me engañas, Lázaro?

—¿Si no fuera así, hubiera yo entrado aquí de este modo?

—¡Conque vive!

—Vive, sí; y yo vengo á librarte de tus enemigos.

—¿Por qué no lo hace él?

—Bien quería; mas está aún muy malo. Pero dime ante todo: ¿hasta dónde han llevado sus ofensas contigo esos malvados?

La mera sacó un puñal, y le dijo:

—Cuando este no ha traspasado mi corazón, es porque no se han excedido hasta el punto de decidirme á sucumbir al golpe de mi puñal. Lázaro, tengo jurado á Pedro no ser más que de él ó de la tumba.

—Gracias por él, hija mía, Dios premiará esa virtud y esa constancia en tu amor tan puro.

—¿Qué ha sido del infante D. Juan, de ese hombre villano y cobarde?

—Pedro le clavó la lanza en el costado.

—¿Y murió?

—No, pero está aún muy malo.

—¿Cuándo veré á Pedro, Lázaro?

—¡Ay, hija mía, es tan difícil sacarte de aquí!...

—¿Y si te descubren?

—Me ahorcarán; pero no sucederá porque Dios nos dispensará su protección. No perdamos tiempo. Escribe á Pedro un par de líneas en este pergamino con la punta de esa piedra. Dile que estás buena, que le amas, y que no han atentado contra tí.

Y mientras la damasquina así lo verificaba, valiéndose de aquellos objetos que le entregó Lázaro, éste salió de la estancia para observar, y no advirtiéndole nada sospechoso, tornó al lado de Fátima. Cuando concluyó de escribir, le devolvió la piedra y el pergamino, y le preguntó:

—¿Entrarás á menudo?

—No lo sé, pero, entre tanto, come de todo sin cuidado, que por ahora no te amenaza peligro alguno; muéstrate alegre, y cobra, en fin, fuerzas para el día de nuestra partida. Adiós, hija mía, adiós, y no temas mientras yo respire.

Y ambos se estrecharon, saliendo aquel, cerrando la puerta y arrellanándose en un sillón. Luego exclamó:

—¡Mal oficio, mal oficio! ¡Con poco tiempo de una vida así, no llegaría yo á viejo! Pardiez, qué de sobresaltos y desasosiego; no basta para tal comisión la serenidad que Dios me ha dado. Cuánto mejor es andar á cuchilladas, aun cuando se reciban algunas.

En este instante llegó Mateo muy encarnado y con mal humor; se sentó, y le dijo á Rueda:

—¡Malditos dados! ¡Siete veces seguidas he perdido!

—Lo mismo me pasa á mí siempre que juego.

—¡Vaya una suerte! Pues mañana he de tomar la revancha.

—No; lo que es mañana estoy de servicio.

—Pues pasado mañana.

—¿Vendrás, Jaime?

—Sí. Ahora voy á vengarte.

—Oye, ¿no ha llegado nadie?

—No.

—¿Y la mora?

—No la he sentido; parece que no hay tal mujer.

—¡Si vieras, Jaime, que hermosa es!

—¿Me permitirás verla?

—Como no sea cuando le entre la comida.

—Pues, adiós.

—Adiós, y buena suerte.

Y Rueda volvió á la galería azul, se sentó y jugó á los dados media hora, pasado cuyo tiempo se levantaron los cuatro. Aquél había perdido un escudo de oro; sus compañeros se reían á hurtadillas, como diciendo: ¡Pobrete! ¡cómo lo engañamos!

Lázaro que lo comprendía, exclamaba para sí:

—¡Ya veréis lo que os cuestan esos escudos!

Y pasó el día; Rueda preguntando y averiguando lo que le interesaba; y sus compañeros mofándose de su sencillez; pero no lo hacían en su presencia, pues les imponía la nota de osado y valiente que Jaime llevaba.

Tres días más transcurrieron sin incidente alguno; Rueda vió á Fátima, pudo hablarla, y la encontró más alegre y menos pálida; al cuarto, fué á la habitación del escudero Ferran, y se hizo anunciar: poco después lo recibió éste, y lo preguntó:

—¿Cómo estás, Jaime? ¿Te se curó bien la herida?

—Sí, señor; ya me hallo bueno del todo.

—¿Y en disposición de acometer al enemigo?

—Para eso siempre lo estoy.

—Ya sé que eres un valiente.

—¡El primer día que los halle, me han de pagar la herida del Temerario!...

—Sí; cébate en ellos, que son muy malos.

—Muy malos, señor escudero; ¡más como enristre mi lanza!

—Pues dicen que Lara está efectivamente mejor.

—No lo creáis; devió morir.

—He recibido la noticia por un conducto que temo sea cierta.

—¿Y el señor infante, está mejor?

—Un poco más aliviado, pero mal. Dicen que tiene herido un pulmón.

—Lo siento.

—¿Quarías algo?

—Sí, señor. ¿Si me permitiéseis que os pidiera un favor?...

—Habla, y si puedo lo haré.

—Vaya si podéis; como que sois el jefe principal.

—Pues tómalas, y no tardes.

Y escribió dos líneas que leyó el supuesto Jaime, exclamando:

—Señor, ¡no sirve más que para un día!

—Qué, ¿sabes tú leer?

—Un poco; me enseñó un tío que tengo sacerdote, mas á lo mejor se cansó y lo dejó, porque decía que yo era mejor para la guerra que para ese oficio.

—Y no le faltaba razón.

—Es verdad. Mas si tengo que salir alguna otra vez...

—Ya les diré á tus jefes que te dejen en adelante; eres valiente y quieres á D. Juan, ¿no es eso?

—Vaya si lo quiero; cuando llegue la ocasión ya lo veréis.

—¿Qué más deseas?

—Que me ocupéis en algo; no me gusta estar así sin hacer nada.

—Bueno; si se presenta ocasión, ya me acordaré de tí.

Lázaro salió, esperó á que se acercase la noche, y luego se dirigió al puente. Uno de los jefes le preguntó:

—¿A dónde vas?

—A Ecija.

—¿Quién te manda?

—El señor escudero.

—¿Y la orden?

—Tomadla.

El otro la leyó, se la guardó, y le dijo:

—No sabía si debía entregarla.

—Majadero, ¿te ibas á quedar con ella?

—Bajad el puente, gritó el oficial; dejad salir á ese lancero, y cuando vuelva que entre.

Rueda cruzó el último muro, respiró con facilidad, se dirigió á Ecija; anduvo un poco por las calles, entró después en una tienda, compró dados y otros objetos, y se entretuvo hasta que se hizo de noche: luego volvió á la torre, miró con ansiedad por sus cercanías, hasta que por fin distinguió á un labriego, entretenido al parecer en contemplar el campo. Lázaro se acercó á él, y, sin detenerse, le dijo:

—Maese Tomás, venid detrás de mí muy despacio, y continuó andando hasta llegar á la primera muralla de la torre, que era



—Maese Tomás, venid detrás de mí muy despacio.

—¿Qué deseas?

—Señor, me han dicho que hay en Ecija entre los soldados del rey, algunos aragoneses paisanos míos, y quería ir á preguntarles por mi mujer, y averiguar la manera de mandarle mis ahorros, pues yo para qué los necesito.

—Pero, hombre, si no se permite salir á nadie de la torre.

—Ya; pero si vos lo mandáis...

—¿Has pedido permiso á tus jefes?

—No me lo darán sin una orden vuestra.

altísima. Allí se paró, se sentó en el suelo, le hizo seña al labriego para que lo imitase, y después de haber observado que nadie los espía, se acercó cuanto pudo al otro, y muy quedo le preguntó:

—¿Queréis prestarnos al conde y á mí un gran servicio?

—Con el alma y la vida.

—Gracias; yo os juro que la recompensa será como de nosotros. ¿Sabéis dónde está el monasterio de San Pablo?

—¡Pues no lo he de saber!

—¿Conocéis al abad?

—Le he visto, pero no le hablé nunca.

—No importa; ¿os atrevéis á ir?

—¿Por qué no?

—Tomad ese rollo de pergamino; guardadlo con disimulo; inmediatamente montad en mi caballo, id á San Pablo, y entregádselo al abad, para que se lo dé al conde que está allí con él; luego esperáis la contestación, y con ella os volvéis.

—¿Nada más?

—Sí; encargad el cuidado de la labranza á otro, y dedicáos á servirme; cuando hayamos concluido, os daré para que com-

préis diez pares de mulas y la casa que habitáis.

—¿Qué hago á mi regreso?

—Lo que hoy; pasear hasta que pueda yo salir para darme la contestación. Esperadme sólo hasta las ocho y media. Si os detienen los montañeses al llegar al monasterio, decidles que váis de mi parte. Marchad.

—¿Queréis dinero? traigo el talego.

—Aún no me hace falta; sacad para vos seis escudos.

—Es mucho.

—No importa. Volad, amigo mío, volad, que váis á llevar la vida al conde.

—Adiós, Lázaro...

—¡Callad! Jaime Merelo os dije que me llamaba.

—Es verdad.

Y ambos se despidieron, regresando el uno á la torre, y corriendo el otro hacia su casa. Rueda se decía por el camino:

—Tomás es conocido por su honradez en toda esta tierra, y nadie defenderá su paso; de suerte que mañana será Pedro feliz. Voy yo á mi prisión... ¡Maldita torre!...

CAPITULO XXV.

Estado de Lara.—Mensajero.—El rey de Fez y su cohorte.—Otra vez el anacoreta.

·Habían transcurrido veinte días desde aquel en que fué herido el conde de Lara, y hacía ocho que éste se hallaba en su cabal razón. Eran las siete de la mañana, y Pedro se encontraba tranquilamente durmiendo sobre el lecho que ya conocemos, el cual, durante su enfermedad, no se había tocado. Esto no obstante, el Temerario estaba bien en él, y mejoraba tan notablemente, que tenía admirados al mago, al abad y á cuantos conocían su dolencia. Continuaba su palidez, seguía débil, su voz era lánguida y dulce, pero sus ojos recobraron en parte el irresistible fuego que perdieron antes; se habían aumentado algo sus fuerzas y su inteligencia tornó á su anterior estado.

Por último, se movió el enfermo, sacó su mano derecha de entre las sábanas,

retiró el pelo que cubría su frente, abrió los ojos, y exclamó:

—¡Me han dejado solo, y es buena señal! Sin embargo de que estas malditas heridas de la espalda no quieren cesar de dolerme.

En este momento entró Isac, colocó sobre la mesa una porción de plantas que traía, abrió un poco las ventanas, y se acercó con mucho cuidado al paciente. Este lo miró, se sonrió, y le dijo:

—Ya venís del monte, ¿no es eso?

—Sí, le contestó el mago, sentándose á su lado.

—¿De arrancar matas?

—No; de estudiar los misterios de la creación.

—Buen oficio ¡pardiez! De ese modo y vi-

viendo cien años más puede que lleguéis á saber algo.

—Estudiando continuamente, á la vuelta de cinco siglos puede que algo supiese.

—¡Es verdad! No sé para qué os afanáis tanto, vosotros los magos; á lo mejor os llama la muerte, y os quedáis á medio comprender unas cosas é ignorando muchísimas.

—Es nuestro oficio aprender y cumplimos nuestra misión.

—Decidme, sabio Isac, ¿os previene vuestra ciencia que me tengáis sin comer, y con estos dolores que tanto me molestan?

—Ya se os quitarán, y mañana os pondrán en el caldo un poco de pan.

—¡Gran cosa!

—No podéis quejaros; hoy es buen día para vos.

—¿Por qué?

—Os van á arreglar el lecho, os lavarán la sangre que aglutina vuestros cabellos, y tomaréis una taza de caldo más que ayer.

—¡Y todo eso á los veinte días!

—A los ocho de haber resucitado, querréis decir.

—Sí; hablemos de otra cosa, porque con vos no se puede tratar de esto; y además respeto vuestras órdenes por la confianza que vuestro saber me inspira y lo mucho que os debo. ¿Habéis visto ya á mi pobre Alí?

—Sí; continúa mejor, y más obediente y sumiso que vos.

—Es un africano con un corazón fuerte y noble como pocos.

Ciertamente. Ayer me vi obligado á operar en el pecho, y resistió la cura con un valor que pocos hombres tienen. —«Cortad, señor, cortad, me decía; y no me miréis á la cara, pues con tal de que pueda ver pronto al conde y á mi señora, todo lo doy por bien empleado.»

—¿Cuándo podrá estrechar mi mano?

—En el momento que os pongáis bueno uno de los dos.

—De ese modo no se equivoca nadie, Isac. Si para eso os torturáis tanto la cabeza, podíais estudiar menos y sabríais lo mismo.

El sabio lo miró y se sonrió, agradándole el tono jovial de su enfermo.

En este instante, entró el abad con cuatro monjes; y después de enterarse del estado del enfermo, y tomada la venia del mago, comenzaron á renovar la cama del paciente, lo cual les costó gran trabajo, pues á pesar de lo mucho que había adelgazado, era aún difícil sostener su atlético cuerpo. Lara sufrió los dolores que le ocasionaron con los movimientos en las heridas, que no estaban cicatrizadas; pero sin expresar sus molestias, pues lejos de ésto, se reía con el mago, al ver los esfuerzos que hacían para sostenerle los cuatro monjes de San Pablo. Después tomaron una vasija con agua templada, y con mucho cuidado le quitaron toda la sangre que tenían sus cabellos; diéronle luego una taza de caldo, se sentaron á la cabecera de su cama el abad é Isac, y éste le dijo:

—No os quejaréis de que no tengo consideraciones con vos.

—Muchas; mas os advierto que desde hoy en adelante necesito hablar con don Rodrigo y con Vivar; enterarme de los acontecimientos políticos del país; escribir, dar órdenes, y todo aquello, en fin, que no afecte á la parte física.

—Pues yo os digo, le replicó el mago, que tengáis paciencia; que no puede ser aún eso que queréis; y os ruego no destruyáis la cura más grande que he hecho en toda mi vida.

—Isac, mi cabeza está tan fuerte como la vuestra, y no sé en qué os fundáis para opinar así.

—Me fundo en que soy responsable de vuestra existencia hasta el día en que os pongáis bueno; en que vos no entendéis la ciencia de curar; en que no podéis, en consecuencia, apreciar vuestro estado, y no debo tolerar, y no toleraré, una imprudencia que os podía costar muy cara. Mando en vos interin estéis enfermo, y de buen ó mal grado, haréis lo que yo quiera. Ya os sobrará tiempo para entregaros á vuestras anteriores temeridades.

—Bueno; mientras vos estudiáis las plantas...

—Haréis lo que yo ordene, puesto que poseo doscientas de aquéllas, que examinaré en vuestra misma habitación, con lo cual me entretendré un mes.

—¿Qué decís de eso, padre abad?

—Que Isac tiene razón; y que yo, jefe único de este monasterio, le ayudaré con todo mi poder á que sea obedecido.

—Ya se vé, como los dos sois sabios, os habéis unido contra mí; y eso es muy poco generoso. A bien que pronto estaré bueno, y entonces mandaré yo solo; porque ya sabéis, padre superior, que el convento está situado en mis dominios.

En este momento vino á interrumpir la conversación un monje que entró, hizo una reverencia, y le dijo á su jefe:

—Padre abad, un labrador acaba de llegar, y desea hablaros con urgencia.

—¡Un labriego! exclamó el fraile sorprendido.

—Sí, señor; les ha dicho á los montañeses, para que lo dejen pasar, que viene de la torre de Ismael, y que os trae un pergamino de parte de Lázaro Rueda.

—¡Que entre al instante!—gritó Lara con imperio, queriendo sentarse sobre la cama; lo que hubiera hecho, á no impedirselo el mago, que comprendió á tiempo su intención. El abad se levantó, y le dijo al conde:

—Vos estáis quieto; es á mí solo á quien llaman.

—Y dejo á Lara lleno de ansiedad, fijando su atención en el ruido que hacían las pisadas del superior. El sabio trató de distraerle sin conseguir su objeto; antes por el contrario, crecía por el momento la impaciencia y estado violento del doliente; visto lo cual por el otro, le dijo:

—Lara, si os tranquilizáis y me dáis palabra de oír con calma la buena ó infausta noticia que trae ese labrador, salgo, me entero de lo que ocurre, y lo pongo en vuestro conocimiento.

—Si me es posible, os aseguro no alterarme.

—Con esa condición, serenáos y esperad mi vuelta, pues el estado en que os halláis os perjudica mucho.

El conde pareció calmarse, el mago salió, y á los diez minutos volvió en compañía del abad. Este le dijo á Lara:

—Ese labrador os traía un pliego del señor de Marcia; mas por orden de Isac lo he abierto y leído. Contiene nuevas que os serán muy gratas, y si cumplís vuestra promesa de no alteraros mucho, os lo leeré.

—Padre abad, más calma y paciencia que estoy teniendo con vosotros, no se le puede pedir ni á un mártir: conquedadme ese escrito ó leedlo pronto, por María y la Cruz. Yo me contendré cuanto me sea dable.

—Oid, pues, lo que dice el más pequeño de los dos pergaminos que os mandan:

«Mi adorado Pedro: me hallo buena, te amo más que nunca, y espero que pronto me libre Dios de nuestros enemigos y pueda contemplar tu noble faz. Hasta ahora no han atentado contra mí, ni han hecho otra cosa que encerrarme. Tu leal escudero te dirá lo demás, pues no me dá tiempo para continuar. El cielo cure en breve tus heridas, como lo desea tu pobre—*Fátima*.»

Calló el abad, Pedro le arrancó el pergamino, besó la rúbrica, y exclamó:

—¡Qué buena es, y cuánto debo á Dios!

Y guardándose el escrito, prosiguió:

—Continuad, padre abad, ya véis que estoy tranquilo.

El monje deslió otro pergamino, y leyó:

«En la torre de Ismael, á 28 de Mayo del año del Señor de 1283.—Mi querido Pedro: Ya ves dónde me hallo!... El infante sigue mal; Fátima buena y hermosísima; hay en Ecija diez mil hombres, y en la torre tres mil. Para cuando estés en disposición, tendré ya amigos, ó mejor dicho, asalariados á algunos de estos infames. Entre tanto, no pases cuidado por Fátima ni por mí; aquí soy tenido por uno de los soldados que tu heristes, y paso entre ellos por tonto, valiente y osado; me respetan, y tengo favor con el escudero del infante. Sana pronto, hijo mío, pues me escuece la piel de los polvos con que la he teñido; me duele la boca de tanto mentir, y el corazón de tanto padecer entre esta cuadrilla de infames asesinos. Tu padre—*Lázaro*.»

—¡Pobre Rueda!—exclamó Pedro, asomando una lágrima á sus párpados y guardando el pergamino que le alargaba el fraile. ¡Mal debe estar, efectivamente, junto á aquella canalla! ¡Pero cómo se habrá él compuesto para meterse allí, y permanecer tanto tiempo entre ellos! Señor mago, por Dios, por vuestro Alá, por quien vos queráis, en fin, ¿me permi-

tís que haga siquiera dos preguntas á ese labriego?

—Isac movió la cabeza con disgusto, meditó, y luego le contestó:

—Que entre; pero os advierto que si os alteráis le mando salir inmediatamente.

Poco después, se presentó Tomás Medina, saludó, y quedó parado. Lara lo reconoció, y le dijo:

—Acércate, honrado Medina, ¿no me conoces?

—¡Ah, sí! sois el señor conde... Os encuentro tan desmejorado y tan pálido, que dudaba si érais vos, señor.

—Cuéntame, amigo mío, cuéntame todo lo que sepas de mi buen Lázaro.

El labriego refirió lo poco que había visto y lo que él comprendía, que era menos, y concluyó exclamando:

—Pero, señor, ¡si viérais qué negro y qué feo está Rueda... si asusta su cara!

—¿Qué te ha regalado por la comisión que estás desempeñando?

—Mucho, señor, ¡seis escudos de oro!

—¡Miserable! Más dinero que ha visto él en toda su vida, vale la dicha que acabas de traerme. Espera... mas, ¡qué te he de dar yo si aquí no tengo nada!... ¿No me has dicho tú que te entregó un talego lleno de monedas de oro?

—Y muy grande, señor: en mi casa le tengo enterrado.

—Pues bien: ese dinero es mío, te lo regalo.

—Señor, ¿todo aquello?

—Todo es para tí.

—Os advierto que es un talego grande...

—Para tí. Cuando te lo pida Lázaro se lo das; pero á condición que te lo ha de devolver.

—Si vos lo mandáis, ¡qué he de hacer! Pero voy á ser más rico que mi amo.

—Así no tendrás que servir á nadie. Supongo que ayudarás á Rueda en todo cuanto necesite de tí.

—Mi sangre que pida, sin interés ninguno: ya sabéis que le debo la vida: ¿y qué hubiera sido de mi pobre mujer si él no se la quita á los moros? ¡ay! ¡todavía me estremezco al pensar en eso!

—Pues bien: vete, y que no dejes de presentarte todas las tardes en los alrededores de la torre de Ismael, con los bolsillos llenos de oro.

Poco después partió el labriego, el mago pulsó al enfermo, cogió un frasco que tenía preparado, y le hizo beber su contenido, exclamando:

—Tomad, y no volveos á violentar por nada, pues si seguís así no os curáis nunca.

—Isac, si estoy bien.

—Os parece á vos, más no es así. Recogéos ahora y haced por dormir; ese bálsamo que acabáis de beber os ayudará á conseguirlo.

—Y vosotros, ¿os marcháis?

—Yo voy al coro, dijo el abad.

—Y yo, mientras duerme el conde, cuidaré al pobre Ali.

• Y poco después salieron ambos, dejando á Lara casi dormido, al parecer; mas en el momento que éste oyó que salieron, abrió los ojos, sacó los dos pergaminos y los volvió á leer: luego miró frente á él y se fijó en dos imágenes que había mandado poner, una del Redentor y otra de la Virgen de los Dolores. Pedro las miró con una ternura sublime, se fué poco á poco incorporando, hasta quedar de rodillas sobre los colchones de su cama; cruzó las manos, y sin hacer caso de los agudos dolores que le causaron aquel movimiento y violenta postura, comenzó á orar con el mayor fervor. Muy cerca de él, aunque oculto á sus miradas, elevaba también su voz al cielo un anciano, que continuamente veía á Lara por la cerradura de una puerta. Era el Solitario, de quien todos huían, á pesar de no hacer mal á nadie, y sí mucho bien á cuantos podía favorecer desde lejos.

Llevaba el conde cerca de un cuarto de hora de estar postrado ante su Divina Majestad, cuando vino á interrumpir su ascética meditación el ruido de muchas voces y carreras que sintió por los dilatados claustros del convento. Ignorando lo que era, y temiendo le cogiese el mago en tan molesta postura, se echó, fijando toda su atención en el estrépito que oía, el cual aumentaba considerablemente. Un momento después llegaron Isac y el padre superior y se sentaron al lado del enfermo, disimulando cuanto podían el susto y azoramiento que experimentaban. Aquél les preguntó con cierta indiferencia:

—¿Qué ruido y qué carreras son esas, señores?

—No os importa... será que vuestros montañeses se divierten—, le contestó el sabio aparentando gravedad.

—Pues no dicen eso vuestros semblantes... ¿No escucháis? Me vitorean, y corren lo mismo que cuando van en busca del enemigo.

—Suponer—le dijo el abad—, suele ser mentir, y el que miente ofende á Dios.

—Es verdad, padre; y ya que tan bien os expresáis, tened la bondad de explicarme qué motiva el temblor que tenéis.

—No...

—Abad, suponer puede ser mentir, y mintiendo se ofende á Dios.

—Efectivamente, me asustaron esas carreras y voces... pero no será nada.

—¿Os consta que no es nada, ó lo supónéis?

—Casi lo puedo dar por hecho.

En este instante llegaron hasta allí los ecos guerreros de varias bocinas que llamaban al campo, y un viva á Pedro de Lara, expresado por catorce mil voces, resonó en los claustros, celdas y demás estancias del monasterio. El mago y el abad palidecieron, y comenzaron á temblar sin disimulo alguno; el rostro del Temerario se encendió como en los días del combate, y esto acabó de alarmar á sus dos amigos que, cayendo sobre la cama, exclamaron:

—¡Por Dios, Pedro, no os mováis, que os puede costar la vida!

Lara los miró, asomó á sus labios una sonrisa sarcástica, y les dijo:

—Serenaos, señores, y no temáis por mí. ¡Qué queréis que yo haga si al primer paso que diera caería en tierra sin sentido! Sentaos, y no os dé cuidado ese ruido ni esos ecos guerreros que van repitiendo los cóncavos de las montañas. Yo que sé, que preveo lo que está pasando, os anunciaré lo que va á suceder. Oid: hace muy poco percibieron mis avanzadas un enemigo fuerte, poderoso, que venía en busca de mí; y lo distinguieron á una gran distancia; en el acto dieron la voz de alarma, é inmediatamente, montaron á caballo Rodrigo, Vivar y veinte capitanes más, muy valientes y experimentados en la guerra; y en el mismo instante, se cubrió el monte de rostros feroces, miradas aterradoras,

ágiles corzos que saltando de roca en roca, de monte en monte, sin saber, sin comprender lo que es miedo, ocupan por orden de sus jefes todas las alturas y puntos estratégicos de la sierra: son mis hijos, que van á defender la débil existencia de su padre; son catorce mil hienas, que despedazarán entre sus potentes garras á los atrevidos, sean muchos ó pocos, que intenten traspasar la línea que ellos hayan marcado: los contrarios llegan, miran el brío y altivez de mis leones, dudan y se detienen; son impelidos por sus señores, y avanzan; mas á los pocos pasos caen sobre ellos, por delante, por los costados, por la espalda mis montañeses, y matan, hieren, aniquilan, devoran á los atrevidos que me buscaban; y matan, hieren, aniquilan y devoran con el hacha, la maza, el puñal, los brazos, las manos y la boca. Recuerdan mis heridas, y por cada una, hacen ellos ciento, mil, y á la voz de «¡El padre peligra, salvemos al padre!» forman con sus nobles pechos, una muralla más fuerte que las rocas de esas montañas, á donde se estrella el enemigo cayendo vencido y humillado.

—¡Callad, hijo mío, que os estáis asesinando! dijo el abad: y el mago, cogiéndole una mano, exclamó:

—Señor conde, vuestra naturaleza es de hierro, mas serán inútiles mis cuidados y poca su fortaleza si os empeñáis en destruirla de ese modo. Estáis, señor, muy cerca todavía del precipicio, y al paso que váis puede muy bien saliros al encuentro otro abismo del que acaso no pueda sacaros.

Lara se sonrió y quedó como meditando, y los tres, fijando su atención en lo que ocurría fuera del monasterio, permanecieron largo tiempo inmóviles.

Cesó el ruido que producían el choque de las armas, las voces de los jefes, los vivas á Pedro y las carreras que daban por el edificio, y ya sólo se escuchaban los toques de algunas bocinas y trompas, que animaban con sus ecos atronadores al valiente guerrero y al fiero montañés. Poco después dejaron de escucharse aquellos sonidos, y un silencio pavoroso reinó fuera y dentro del monasterio. El padre abad y el mago continuaban agitados y temerosos, mientras que el enfermo de-

mostraba sólo una ansiedad creciente; mas á pesar de esto y del fuego que despedían sus miradas, parecía hallarse tranquilo. Un cuarto de hora siguieron así sin hablar los de dentro, ni oírse nada de lo que hacían los de fuera. Isac, que no dejaba de entre las suyas la mano derecha del paciente, exclamó por fin:

—Creo que nos hemos alarmado sin fundamento.

—Sí, añadió el abad; esos montañeses son tan fieros y están siempre tan dispuestos á pelear, que les habrá bastado el más pequeño asomo de peligro para lanzarse al monte en busca de unos contrarios que sólo existían en la imaginación de ellos. No sé quién se había de atrever con esos leones que trepan por el monte, con la misma soltura y ligereza que andan por los cláustros; bastan sus semblantes para aterrar al más valiente.

Pedro, sin embargo, permanecía mudo y sordo al diálogo anterior; su atención parecía fija en lo que acontecía lejos del convento, á pesar de no escucharse nada. El mago trató de distraerlo preguntándole:

—¿No decís nada, señor conde?

—No.

—¿Os sentís bien?

—Sí.

—¿Os duelen las heridas?

—Pardiez, ¿queréis callar?

—No, señor; deseo hablar con vos y enterarme de vuestro estado.

—Mago, me encuentro bien, muy bien, mejor de lo que vos creéis... pronto os lo probaré.

—Yo me alegro, mas por desgracia no es tanto como os figuráis.

—Decidme ambos: ¿se os ha pasado ya el miedo que poco ha os obligaba á temblar como lo hace una mujer?

—Temblábamos por vos, señor conde, replicó el sabio con energía; temíamos que algún terrible acontecimiento viniera á empeorar vuestro grave estado. ¿Qué otra cosa teníamos que temer nosotros? ¿Quién se había de atrever á hacerle daño al respetable abad, ni quién fijaría su atención en este mísero anciano, cuya sepultura tiene abierta tanto tiempo ha?

—Vuestro talento, Isac, ha conseguido al fin distraerme; excitásteis mi agrade-

cimiento, y héme aquí dispuesto á contestaros á todo lo que queráis.

—¿Creéis, como nosotros, que la alarma de vuestros soldados no tiene ahora el fundamento que antes temíamos?

—No.

—¿Continuáis suponiendo que hay lucha?

—Sí.

—¿En qué consiste que no se oye nada?

—En que estarán muy lejos, Isac; mis montañeses no esperan nunca al enemigo, se van siempre á buscarlo.

—¿Y no teméis una imprudencia?...

—Puede; mas su falta de paciencia la habrán sustituido con su sobra de valor.

—Pero así podrán perecer muchos.

—Mago, sus carnes son de roca, y van además forrados de baqueta. Es verdad que el padre no está con ellos, no puede animarlos y defenderlos; pero tienen unos jefes muy entendidos y valientes, y por lo mismo que yo no estoy allí, cuidarán más del éxito de la jornada.

—¡Dios sea con ellos y con nosotros! exclamó el abad.

—Por nosotros nada temáis, padre superior; desafío á todos los ejércitos de Europa á que vengan á atravesar el desfiladero de San Pablo que tenéis á quinientas varas del convento: ahí, en el fondo de esos precipicios que rodean el paso, quedarían sepultados cuantos intentasen llegar hasta aquí. Soló las águilas, reverendo señor, pueden saltar la muralla de montañeses que tiene hoy vuestra casa.

En estos instantes volvieron á escucharse otra vez los sonidos lejanos de las trompas y bocinas; Pedro calló, fijó su atención, y luego exclamó:

—¡Se replegan ya!... ¡Muy pronto es!... ¡O han huido á la simple vista de ellos, ó no comprendo esta retirada tan breve!...

—¿Vendrán huyendo?—preguntó el abad con temor.

—¡Huir!... ¡Huir ellos, padre superior!... ¡Volver la espalda al enemigo mis montañeses!... no imaginadlo siquiera, pues son indignos de ofensa tan cruel.

—Perdonad, señor conde, ya sabéis que yo no entiendo de eso.

Y los tres volvieron á guardar silencio. Los sonidos de las trompas guerreras se iban cada vez aproximando más, sin que se escuchara otra cosa, hasta que, por úl-

timo, cesaron también aquéllos, y nada volvió á oírse. Diez minutos después, sintieron en el claustro inmediato las pisadas de un guerrero que se acercaba, el cual, sin pedir permiso, y sin consideración alguna, entró en el salón donde estaba Lara, hizo una reverencia, se alzó la celada y le preguntó á Pedro:

—¿Os sentís mejor, noble conde?

Los tres se fijaron en el recién venido con terrible ansiedad; el enfermo le contestó:

—Me hallo muy bien, mi querido y valiente Vivar. Decídmelo todo lo que queráis, que mi cabeza está perfectamente.

—Señor, D. Rodrigo Buitrago, el cual desde la ausencia del señor de Marcia manda en jefe las fuerzas aquí reunidas, me encarga llegar ante vos y enteraros, si estos señores me lo permiten, de lo que acaba de acontecer á dos mil varas del monasterio.

—Hablad, amigo mío, hablad y no omitáis detalle alguno,—le contestó el conde.

El otro les dijo:

—Hará como una hora me hallaba yo al frente de cuatrocientos montañeses, que forman la avanzada del ejército, cuando escuché la voz de un vigía que anunciaba la aproximación de fuerza armada. Inmediatamente corrí al sitio donde aquél estaba, y distinguí, efectivamente y á gran distancia, muchos soldados que se dirigían, al parecer, hacia aquí; quedé observando, y bien pronto ví una inmensa cohorte de musulmanes, cuya vanguardia la formaban mil jinetes sarracenos y más de quinientos castellanos. Era, noble señor, el ejército marroquí que desembarcó hace días, acompañados de diez ó doce mil hombres de los que obedecen al rey D. Alfonso X. En cuanto distinguí el número y clase de los que se acercaban, mandé avisar á D. Rodrigo por medio de uno de los caballeros que me acompañaban, dando á la vez la señal de alarma con mi bocina de guerra. Monté en seguida á caballo, é interin llegaban los refuerzos que había pedido, situé convenientemente los cuatrocientos hombres que tenía á mis órdenes, y esperé. Poco después, se fué el monte cubriendo de vasallos tan audaces como fuertes; las trompas atronaron el espacio, se dictaron acertadas disposi-

ciones, callaron los ecos guerreros y quedaron sellados nuestros labios, mientras el corazón latía aceleradamente, á impulsos de la ira y de la ansiedad. Nadie hablaba, ninguno se movía, pero ávida la vista de enemigos, los buscaba con empeño, é intentaba atraerlos á sí para confundirlos, exterminarlos y vengar las alevosas heridas que os causaron quinientos miserables. Los leones aguardaban su presa, y sólo faltaba que ésta se presentase. Somos más de catorce mil hombres; el enemigo era triple, y, aun así y todo, al vernos se quedó parado á trescientas varas; bastaron nuestro aspecto y posiciones para detenerle y hacerle vacilar. Veinte caballeros, entre cristianos y moros, corrieron hacia nosotros, reconocieron los puntos que ocupábamos, el número y clase de valientes que teníamos observaron, y cuando supieron todo lo que querían, partieron, se confundieron entre los suyos, y discutieron. Mientras tanto, agitábamos sin cesar diez banderas negras y catorce mil instrumentos guerreros para obligarles á que avanzasen; fué muy significativa nuestra provocación, pero muda y silenciosa, porque era la muerte, en fin, que llamaba á sus víctimas.

Por último, el enemigo hostigado por su jefe, y convencido de la inferioridad numérica, dió un grito guerrero, que fué contestado por otro más fuerte, más aterrador, y en confuso tropel cayó sobre nosotros. Teníamos admirablemente situada nuestra gente; cada cien montañeses, eran mandados por un hábil y valeroso jefe, y en esta ocasión vuestros hijos de la montaña, más subordinados que nunca, obedecían nuestra voz, comprendían, y estaban atentos al más leve movimiento, á la mirada del que los dirigía. Mandaba yo la vanguardia, y entre dos lomas que daban paso al camino, tenía situados mil selvícolas, perfectamente armados y forrados de baqueta. Cayó, como he dicho, sobre nosotros, una masa inmensa de marroquíes, acompañada de varios guerreros castellanos cubiertos de acero, é instantáneamente fueron rodeados de mazas, hachas y picas, mientras una densa nube de gruesas piedras llovía sobre ellos, aturdiéndolos, aniquilándolos, y dando fin

de los primeros, que comenzaron á ser reemplazados por otra masa mucho mayor. En este instante salió, como de las entrañas del monte, un hombre de pálida faz, cabellos blancos y ralos, pero encrespados cual la melena de la fiera; mirada



Este corre tras ellos con una velocidad...

abrasadora, y vestido en una piel tan tosca como las grietas que le habían dado paso: este hombre, demonio, sér sobrenatural, ó lo que fuese, abrió los brazos, y con voz que no parecía salir de un cuerpo humano se dirigió á nuestros enemigos, y les dijo:

—Malditos de Alá, ¡ay de vosotros si avanzáis un paso más, el infierno se abrirá á vuestros piés!

Y en aquel supremo momento, al escuchar aquellas terroríficas frases, cesaron de caer piedras, las mazas, hachas y picas se contuvieron, y el enemigo huyó desavorido al llano, exclamando unos:

—¡El infierno se abre!—Y otros:—¡El Solitario! ¡El Solitario!—Este corre tras ellos con una velocidad, con una fuerza impropia de su cadavérico rostro, dándoles unas voces que estremecían á las rocas al re-

petir sus ecos. El ejército del rey de Fez, con este á la cabeza, y los castellanos mandados por Ponce de León, entran en el llano y corren en la más completa desbandada. El misterioso sér que los ahuyenta, llega fatigado, al parecer, á la salida del monte, y al pie de un árbol corpulento se sienta, deja el báculo, coge el rosario, inclina su desnuda frente, y reza; los contrarios siguen huyendo, volviendo la cabeza los más atrevidos, repitiendo todos:—¡El Solitario!... ¡Que Alá nos protega!...—No fué sólo á los árabes á los que los impuso la voz, acción y actitud del anacoreta; también los montañeses, selvícolas y demás vasallos que os obedecen, quedaron aterrados bajo la influencia de la impresión causada por la vista de aquel hombre: ellos no corrieron, porque nuestros soldados no huirían ni ante el mismo Lucifer; pero el mágico acento de ese sér misterioso los dejó como petrificados. D. Rodrigo y yo, viendo que se nos escapaba la presa que ya creíamos tener cogida, y seguros de destruir á esos hombres en el llano, lo mismo que

en el monte, pasada la primera impresión, les gritamos:

—¡Adelante! ¡Sigamos al enemigo, y vengüemos al conde de Lara!—Pero ni uno solo se movió; todavía sobrecogidos por el terror, bajaron la cabeza y permanecieron mudos y sin movimiento, dando lugar á que los contrarios se perdieran de vista y entrasen en tierra de Ecija. Luego mandamos retirar la gente innecesaria en el monte, y todo volvió á quedar en el mismo estado que antes de acercarse el rey de Fez y Ponce de León.

—¿Ha muerto alguno de mis montañeses?—preguntó el conde.

—No, señor: solo hay tres heridos y algunos contusos.

—Traedlos, y que los cure Isac.

—¿Y de los otros?

—De aquellos, señor, entre muertos y

heridos dejaron un ciento próximamente.

—Traed á los últimos, y que los reconozca también este sabio: á los otros dadles sepultura.

—No puede ser, señor.

—¿Cómo es eso?

—Porque al tiempo de retirarnos los han arrojado á todos á una sima que tenían muy cerca.

—¿Quién ha dispuesto eso?

—Nadie: fué un acto instantáneo que no se pudo evitar. Un número de montañeses igual al de muertos y heridos, cogieron de pronto á los que estaban en tierra, y á la vez los echaron al fondo. Se les ha reprendido, y han contestado en coro los catorce mil: ¡Mueran los enemigos de Pedro, sus hijos y sus nietos!

Pues decidles de mi parte que en lo sucesivo sean generosos con el vencido, ó me tendrán por enemigo de ellos; y, ¡ay del

que atente contra el desgraciado que se halle besando el polvo!

—Lo haré así inmediatamente.

Después les dáis á todos las gracias en mi nombre, y que vuelvan al monasterio los que deben estar dentro de él.

Vivar salió, Pedro quedó meditando, y luego exclamó:

—¡Siempre el Solitario! ¡En todas partes y en ninguna ese hombre que acaba de salvar hoy la vida á treinta mil enemigos míos!... ¡no importa, yo daré fin de ellos!

A pesar de las emociones que Lara acababa de experimentar, según declaración del mago, y con asombro de éste, no se agravó su estado ni se resintió su naturaleza de bronce. El enfermo, pues, siguió mejorando, no obstante los excesos que hacía hablando, discutiendo y hasta escribiendo, contra la opinión del sabio Isac.

CAPITULO XXVI

Nuevas del supuesto Jaime Merelo.—La mujer misteriosa.—Preparativos de marcha.

El principe Muza.

Habían transcurrido diez días, y era tal la mejoría del conde de Lara, que ya el célebre mago le daba permiso para que se levantase, si bien le prohibió salir de su habitación. En consecuencia, lo vistieron á las once de la mañana, dió unos paseitos por el salón, apoyado en el hombro del abad, comió algunos trozos de ave, y pasó el día agradablemente entretenido en conversar con el sabio y el padre superior. El uno descubría los misterios de la naturaleza, el otro elogiaba la grande obra de Dios, su justa ley y la bondad con que favorece á sus hijos; y el conde comprendía, contestaba á ambos, y les enteraba de los acontecimientos políticos que se sucedían y estaban próximos á realizarse, pues Pedro reanudó sus relaciones con sus amigos de Sevilla, Córdoba y Granada. Llegó la noche, se acostó y durmió después de haberle ofrecido Isac que al día siguiente lo dejaría pasear una hora en los claustros y hablar un poco

con sus queridos montañeses; su apetito era bueno, las heridas no le molestaban mucho, y la debilidad física iba, aunque lentamente, desapareciendo. Ya le dejaban escribir cuanto quería; y continuamente mandaba y recibía correo de todas partes. Se acostó, como hemos dicho, pasó la noche en un sueño hasta las seis de la mañana, en que le dieron la grata noticia de que acababa de llegar el labriego Tomás Medina. Al oír tan fausta nueva, se incorporó é hizo que entrase aquél, y después de enterarse del estado de su amigo Rueda, cogió un rollo de pergaminos que Medina le alargó, mandándole que aguardase la contestación entre sus rudos montañeses. Luego abrió con sumo placer y ansiedad los escritos que le remitían, miró las firmas y leyó:

«Mi adorado Pedro: continúa buena, nadie me ha molestado y hasta me sería llevadero mi aislado y triste encierro, si á las visitas de Lázaro pudiera unir algún es-

crito tuyo, por el cual comprendiera de una manera exacta el estado de tus dolencias. Mas ¡av!, tu silencio, el retiro en que vivo y los temores que me asaltan me hacen muy desgraciada. Me duelen los ojos de llorar, el corazón de sufrir, y más de una vez pido á nuestro Dios que, si no hemos de volvernos á ver, me lleve á su eterna gloria. Del colmo de la dicha pasé al de las desgracias; del placer al tormento; de la ventura á la infelicidad, y... no puedo más, Pedro; me ahoga el llanto, y me mata la incertidumbre en que estoy acerca de tu situación. ¡Pues si todo lo ignoro, qué será de mí, Lara; qué será de tu—«Fátima.»

El conde besó la firma con una emoción y sentimiento intensos; meditó, y guardando junto á su pecho el escrito de su amada, exclamó:

—Tiene razón; mi pobre Lázaro no puede hacer más; pero en breve la libraré yo de sus terribles enemigos, aun cuando ese anciano mago se desespere y se oponga.

Luego abrió otro pergamino y leyó:

«Torre de Imael, 12 de Junio de 1283.—Mi querido Pedro: estoy muy querido de estos tigres que se llaman mis jefes y me temen sus infernales subordinados mis compañeros. El oro produce un efecto maravilloso entre esta canalla, y dispongo de las voluntades de varios soldados y de la de un jefe, gran jugador, pendenciero y bebedor consumado; es un alhaja el tal hombre, obedece al que mejor le paga y no le escaseo el oro para tenerle propicio, pues á pesar de sus feas cualidades, puede sernos de muchísima utilidad. El infante está más aliviado y creen sanará pronto. Si, como deseo y parece probable, continuas bien, no demores librarnos á Fátima y á mí de esta prisión, pues no me ha sido posible encontrar medio de fugarnos los dos solos de la torre, sin exponernos á ser cogidos por nuestros enemigos, y me he contentado con estar vigilando siempre cerca de ella. Salgo todos los días de mi cautiverio; dame instrucciones, y obraré cuando y como tú quieras. Te incluyo el plano de esta torre, con las notas necesarias al efecto. Córdoba está sitiada por sesenta mil hombres, los cuales han rechazado dos salidas hechas por D. Sancho IV. Permanecen aquí los diez mil de D. Alon-

so; pero es gente floja y muy mala; para éstos sobra con cuatro mil montañeses; para los tres mil de la torre bastan con ochocientos. Si no estás bien, no determines nada, pues si el infante dejase el lecho antes que tú y tratara de sorprender á Fátima, ¡voto al demonio, que le haré yo otra brecha en el costado izquierdo, y un poco más cerca del corazón que la que tú le hiciste! Adiós, hijo mío. Tu padre, «Lázaro.» «Si ves al Solitario, dile...mejor es que no le digas nada.»

Las últimas palabras del escrito, ó lacónica postdata, estaban borradas. Pedro guardó este otro pergamino, exclamando: —¡Pobre Lázaro! Mas por María y la Cruz, que antes de quince días he de estar á tu lado.

Luego se quedó meditando por espacio de un cuarto de hora, en cuyo instante cogió un tablero que tenía inmediato, con lo necesario para escribir, y estuvo trabajando cerca de dos horas, sin cuidarse para nada del mago y demás personas que entraron á verle durante su tarea. Después hizo que se presentase el labriego, y le preguntó:

—¿Has descansado, Tomás?

—Sí, señor.

—¿Te han dado de almorzar?

—Lo he verificado con vuestros montañeses.

—Toma, monta á caballo, y entrega lo antes posible esos pergaminos á Lázaro. Ten cuidado no te cojan, porque te cuesta la vida, Tomás.

—Ya me lo figuro, señor; pero nadie se mete conmigo; como todos me conocen y saben que yo no ofendo á nadie..., por cierto que la otra vez creí que me mataban los moros del rey de Fez.

—¿Qué te pasó con ellos?

—Al poco de salir de aquí, sentí muchos caballos á la espalda, miré y ví que me seguían, corriendo á la desbándada, un enjambre de ellos; mas el caballo de Lázaro comprendió el peligro y corrió... ¡vaya un modo de correr, señor!... Yo me tendí encima, y él solo me llevó á mi casa. ¡Buen susto me dieron!

—¿Tráes el mismo potro?

—Sí, señor.

—Pues marcha y hazle correr cuanto pueda.

Salió Medina; le sirvieron á Pedro el almuerzo, y dos horas después se vistió. En seguida resonaron en los claustros del monasterio las bocinas de guerra, y media hora más tarde los caballeros, montañeses, selvícolas y gente de armas restante formaron, ó mejor dicho, se apiñaron en los claustros con la sola excepción de unos cuantos vigías que habían quedado en el monte. En los semblantes de aquellos guerreros rebosaba la alegría, y á pesar de tanta aglomeración de gente en tan poco terreno, no se oía el más leve ruido; sellados los labios, dirigían sus tiernas y cariñosas miradas á la pequeña puerta por donde debía salir el generoso padre común, á quien todos amaban con el respeto que merecía su señor.

El convaleciente conde de Lara se vistió con una preciosa túnica de terciopelo morado, ajustada á la cintura con gruesos cordones de oro, de los que pendía una escarcela; le peinaron su larga, poblada, negra y preciosa cabellera, y se dispuso á salir. Su semblante estaba pálido y aún seguía algo enflaquecido; mas sus ojos tenían ya todo el fuego que antes perdieron, y aunque débil, presentaba casi toda su varonil gentileza y aún parecía haberse aumentado con aquella enfermedad la belleza de su rostro.

Se abrió, pues, la puerta que le separaba de la capilla que ya conocemos, y en medio del mago y del abad penetró en ella. Allí estaban todos los jefes y caballeros que mandaban su pequeño Ejército; Pedro los fué estrechando uno por uno, recibiendo una verdadera ovación en las tiernas frases que le dirigieron. Salió de allí, siempre en medio del mago y del abad, y llegó al primer claustro donde había tres ó cuatro mil montañeses esperándole. Estos feroces, pero nobles hijos de la selva y del monte, lo recibieron con una aclamación unánime, que resonó en los ámbitos del convento y fueron repitiendo las montañas. Lara les llamaba hijos, los oprimía contra su pecho y los trataba ni más ni menos que como pudiera hacerlo el más cariñoso padre. En cuanto á ellos, unos lloraban, otros reían, algunos echaban votos y pedían venganza y los más besaban sus manos, la tela de su túnica, los cordones y borlas que caían de su cintura; y

luego se postraban en tierra y daban gracias á Dios, vitoreándole á la vez, y armando una confusión indescriptible de voces, llantos, risas y aclamaciones.

Lara, con paso firme y seguro, anduvo por los cuatro claustros y por entre los suyos, gozando con la ternura y amor que le demostraban. Ya en medio de ellos, fué tal su satisfacción y tan grata y grande la impresión que recibió, que asomó el arbol á sus mejillas y hermoseó su rostro de un modo envidiable para el más apuesto y engreído doncel.

—Gracias, hijos míos—les decía continuamente—; Dios no ha querido que muera para que pueda velar por vosotros, por vuestras mujeres y por vuestros hijos. ¡Ya estoy bueno, y con vosotros nada se debe temer en el mundo!

Y sus manos, emblanquecidas durante su enfermedad, se confundían continuamente entre las negras, curtidas y callosas de sus fieros hijos, humedecidas á la vez con las lágrimas que estos leones vertían en tan agradables momentos.

Entró Pedro después en la sacristía y allí le aguardaba toda la comunidad, que también le felicitó por su estado. Seguidamente, primero los monjes, luego Lara y á continuación los caballeros, jefes y soldados entraron en el templo, y repitiendo las palabras del abad, dirigieron al Altísimo un cántico amoroso en acción de gracias por el milagro que se había dignado hacer con el huérfano infeliz. Hasta el mago penetró en la iglesia, y cerca del conde, demostraba á Alá su gratitud con frases que pronunciaba en árabe; el generoso anciano quería ya entrañablemente á su noble enfermo.

¡La iglesia de San Pablo presentaba en estos momentos un cuadro patético, admirable, sublime! Postrados en tierra treinta y seis monjes, cubiertos con unos hábitos de grosera lana y ocultando sus rostros entre una barba espesa y larga en extremo, daban gracias á Dios con palabras tiernas, acento fervoroso y actitud y miradas ascéticas; Pedro, arrodillado también, cruzadas sus manos y fijo en una hermosa efigie del Redentor, repetía las frases de los hijos de San Pablo, y hasta catorce mil voces más formaban coro con la suya, y como una sola se alzaban hasta la gra-

da del trono celestial. El conde de Lara amaba á Dios con el delirio del hombre más religioso y su entusiasmo en estos momentos era transmitido á lo monjes, á sus caballeros y á sus soldados, montañeses y selvícolas; y cuantos corazones allí había se hallaban ardiendo en ese fuego que parece inspirar el divino Galileo á sus hijos los creyentes y amantes de su santa ley. Una sola voz, un solo corazón, un solo pensamiento existía ahora en el templo de Dios; voz, pensamiento y corazón que el Eterno recibía con su incomparable bondad, de aquella inmensa muchedumbre humana que se postraba ante El á impulsos del más noble agradecimiento. Cesaron los odios, las rencillas; se ahogaron todas las pasiones que fatigan y precipitan al hombre, para entregarse al amor santo, á ese amor que se abre las puertas del cielo, y consigue llegar hasta Dios y ser bendito por El.

A pesar de las miradas del abad y de las señas que el mago hacía á Pedro, duró la plegaria más de una hora, en la cual permaneció el enfermo arrodillado, con sus manos cruzadas y sin apartar sus ojos un momento del ensangrentado rostro del Redentor de los hombres. Lara se levantó, se apoyó en el brazo de D. Rodrigo, y en medio de los monjes regresó á su estancia, después de dirigir frases halagüeñas á los montañeses.

—Hijos míos—les dijo entre otras cosas—rogad á Dios noche y día por todos nosotros; en breve partiremos á la guerra, y ¡quién sabe si quedaremos allí la mayor parte! Vuestro valor asegura la victoria; mas vuestro arrojo conduce á la muerte; confiemos, no obstante, en la Providencia, y si llega la muerte, corramos al sitio que Dios reserva para sus hijos predilectos.

Luego despidió á los frailes y caballeros que le siguieron á su estancia y se quedó solo con el mago; éste le preguntó:

—¿Cómo os halláis, señor de Lara?

—Bien, amigo mío; cuando me puse en pie sentí alguna debilidad y un poco de incomodidad en la espalda; mas en este instante no me encuentro mal.

El sabio le pulsó, miró su semblante y le dijo:

—Sí, estáis débil; pero pronto os restableceréis.

—¿Cuánto tiempo creéis que tardaré en poder montar á caballo?

—Teniendo en cuenta que pensáis marchar á la guerra, aún necesitáis un mes hasta restableceros del todo.

—¡Imposible, Isac! Oidme bien: sé que estáis orgulloso con la cura que habéis practicado en mí; no le quito yo su mérito; mas no habréis hecho nada si en la tercera parte del tiempo que pedís no me dejáis en disposición de hacer ejercicio violento; y os advierto que aun cuando volvieran á abrirse mis heridas y aunque tuviera la certeza de perecer, saldré de San Pablo de hoy en diez días. Meditad bien mis palabras y obrad ahora como creáis más conveniente.

El mago pensó largo rato y luego le preguntó:

—¿Es irrevocable vuestra resolución?

—Sí.

—¿Me llevaréis á vuestro lado?

—¡Pardiez!, con un placer indecible. Os lo iba á proponer, ofreciéndoo cuanto quisierais por ese favor.

—Entonces saldremos de aquí dentro de diez días.

—¿Y podréis seguirme á todas partes?

—Sí, á donde queráis.

—Os mandaré llevar en una litera bien acondicionada.

—No; me gusta viajar á caballo, para lo cual todavía tengo fuerzas. Hoy reposad; pero mañana saldréis fuera del monasterio á respirar ese aire del monte perfumado con las flores del romero, del tomillo y de la mejorana, que forman su encantadora superficie.

El resto del día lo pasó el conde escribiendo unos ratos, y otros conversando; por la noche le reconoció el mago, luego durmió hasta las seis de la mañana siguiente; le sirvieron un ligero desayuno, y dos horas más tarde le vistieron.

Concluía el primer tercio del mes de Julio, y ya el sol calentaba, como tiene de costumbre, en el suelo andaluz; por cuya razón dispuso Isac que Pedro saliese al monte á las nueve de la mañana. Extendida la noticia por el monasterio, pronto acudieron los monjes, caballeros y jefes para acompañar al conde, y á la vez se llenó el monte de vasallos que pretendían formar una muralla de hierro que defen-

diera á su señor; mas Lara dió la orden terminante de que quería salir y estar acompañado únicamente del anciano Isac. Y retirándose todos, partió efectivamente al lado de aquél, llegó al monte, y resguardados del sol, caminaron por entre los árboles hasta que el sabio se detuvo y le preguntó al convaleciente:

—¿Cómo os sentís?

—Bien, amigo mío; mejor que en el monasterio.

—¿Os habéis cansado?

—No.

—Pues hemos andado bastante.

—Continuemos si queréis.

—Me parece más conveniente que nos sentemos debajo de este árbol y sigamos aspirando la fresca y perfumada brisa que nos acaricia en este umbroso lugar.

Lara miró en torno, se fijó en un sitio que había no lejos de allí cubierto de árboles frondosos y rodeado de escarpadas rocas, y le dijo á su compañero:

—Mirad hacia el Norte, Isac; reparad que esa cuesta tiene un ascenso suave, y á la conclusión ved qué paraje tan pintoresco y delicioso tenemos. Allí podemos descansar, si gustáis.

—Sí, tenéis razón, mejor estaremos.

Y los dos subieron al sitio indicado, se sentaron sobre una verde y blanda alfombra, y dieron principio á una animada conversación. La mañana estaba deliciosa, pues un vientecillo ligero y fresco neutralizaba los efectos del calor de los rayos del sol; los pájaros entonaban alegres melodías, y las flores, el romero y el tomillo combinaban un agradable perfume, que el aire arrebatava y extendía doquier.

El mago y el conde continuaban hablando; mas de pronto quedó éste como embargado por una idea que se fijó en su mente; y viendo aquél que no le hacía caso, comenzó á mirar los encantos de la naturaleza. Poco después concluyó de meditar Lara, y apercibiéndose de lo distraído que estaba su acompañante, le dijo:

—Isac, amigo mío, puesto que tan aficionado sois á estudiar las plantas, allí en frente tenéis multitud de ellas; id y entreteneos, que yo no me moveré de aquí ni me hacéis falta.

El sabio no pudo resistir á la tentación, le dió las gracias, se levantó y comenzó á

andar de un lado para otro, entregado á su tarea favorita de herborizar, hasta que se perdió entre las rocas, los árboles y las jaras. Lara apoyó su cabeza sobre el tronco de un corpulento pino, se entregó á los muchos pensamientos que nacían en su mente, hasta que, por último, se quedó sumido en el más agradable sueño. Un cuarto de hora después sintió cerca de él un ligero roce, miró, y sin sorpresa alguna, distinguió claramente la inmóvil figura de la maga, que sin manto ni velo y con los cabellos extendidos sobre su tosco sayal, se fijaba en él brillando en sus labios una alegre sonrisa. Pedro la contempló también con rostro risueño y mirada cariñosa, y luego con voz débil, pero tan dulce como el canto de los ruiseñores que saltaban en torno, la dijo:

—Ven, maga; acércate á mí.

Y ella, siempre riendo y mirándole con interés, descendió pausadamente hasta llegar á su lado. El conde, con acento cada vez más débil, dulce y tierno, continuó:

—Siéntate aquí, junto á mí; ya sabes que yo no te temo... ¡Ay, cuánto me ha pesado no dar crédito á tus palabras! Fui-te un ángel para mí, y torpe yo, deseché tu celestial aviso y perdí á mi pobre Fátima. Maga, perdóname, que harto caro pagué mi incredulidad... ¿No me contestas? ¿No te parece que he sufrido bastante ya? ¿Aún merezco mayor castigo?

La hechicera se había sentado; mas proseguía inmóvil, sus labios sellados y su mirada fija en el Temerario. Por fin bajó su frente, quedó como meditando, y, por último, le contestó:

—Yo no te quiero mal; he sentido tus penas y dolores, he llorado por la hermosa huri y he pedido á Alá por la suerte de ambos.

—Gracias, amiga mía; te creo y agradezco tus favores. ¿Me traes hoy malas nuevas?

—No; mas si quieres saber algo de tu porvenir, te lo diré.

—¿Pues no he de desearlo! Habla: dime todo lo que tú quieras, bueno ó adverso, alegre ó triste; no me ocultes nada.

—Si tú no me preguntas nada...

Lara quedó pensando, y luego la dijo:

—Puesto que todo lo sabes, dime: ¿Po-

dré salvar á mi bella Fátima, á tu bien-hechora?

—Sí.

—¿Venceré á mis enemigos?

—Sí.

—¿Será mi esposa la bella Zegrí?

—No lo sé.

—¿Me lo impiden?

—Sí.

—¿Rivales?

—No.

—¿Sus ingratitudes?

—Menos.

—¿Mi familia?

—No.

—¿La suya?

—Tampoco.

—Entonces, sólo podrá ser su muerte ó la mía.

—Sí.

—¿Va á morir ella?

—No.

—Luego ¿voy á perecer yo?

—Es probable.

—¿En el campo de batalla?

—No.

—¿Asesinado?

—Sí.

—¡Maldición!... ¿Por alguno de mis enemigos?

—No.

—Maga, por Fátima, por Dios te lo ruego; dime, ¿quién es el vil é hipócrita que atentará contra mí?

—El primero que te estreche entre sus brazos cuando entres victorioso en Córdoba. Lara, no me preguntes más; te he dicho demasiado...; que Alá te proteja.

Y aquella misteriosa mujer fué á levantarse y á marchar; mas Pedro la cogió la mano derecha y se la oprimió fuertemente, diciéndola:

—No partirás de aquí sin que yo sepa cuanto deseo. Tu mano quema; pero no importa, aun cuando me abrase no te soltaré.

—¡Insensato! ¿Sabes lo que has hecho? ¡Suelta, suelta, que te pierdes!...

Y los dos forcejearon, el uno sujetando, y la otra tratando de desasirse de la mano de hierro que la oprimía. En estos supremos instantes estaba el conde de Lara más pálido que nunca, mientras que la cabeza, rostro y manos de la hechicera pa-

recían de color de fuego, y sus ojos dos chispeantes rayos que herían el sitio donde se fijaban. Por último, y viendo la maga que no podía soltarse, exclamó:

—Puesto que tú lo quieres, sígueme, y te enseñaré lo que no puedo explicarte.

Y arrastrando á Lara se lo llevó, cruzando montes, saltando précipicios, sin hacerle daño alguno hasta que llegaron al borde de una sima y allí lo arrojó en pos de ella. El conde, sin poder soltar ya aquella abrasadora mano que antes sujetaba por voluntad propia y ahora por un poder irresistible que le obligaba, siguió á la misteriosa musulmana hasta el fin de la sima. Ya allí, oyó un ruido grande y terrible, y á la vez se abrieron las montañas que tenía de frente, y á lo lejos vió un hermoso salón que creyó reconocer, profusamente alumbrado, y en el que no había sér alguno viviente. La maga entonces, con voz que le hizo estremecer, le dijo:

—Pedro de Lara, mira atentamente; delante tienes el arcano que encierra tu porvenir, el misterio que deseas penetrar.

El conde fijó su atención en la extensa habitación que miraba y oyó el ruido lejano de muchas voces y los acordes de una música. Luego vió abrirse una puerta lateral y aparecieron dos máscaras, y seguidamente varias otras que rodearon al más alto de los dos que entraron primero, mientras su compañero sacó un agudo puñal y lo clavó en el corazón del otro, exclamando:

—¡Me has ofendido, muere, miserable conde de Lara! Y ésta cayó exánime.

Un ruido espantoso volvió á oírse, tembló el monte, las breñas se cerraron y el poder que obligaba á Pedro á sujetar á la maga lo arrastró solo por el mismo camino que había ido, hasta arrojarlo sobre el tronco de un árbol. Lara abrió los ojos, miró en torno y no vió otra cosa que montes, árboles y flores; se levantó despavorido y preocupado por el sueño que acababa de tener y comenzó á llamar á su compañero:

—Isac, Isac; amigo mío—decía—; y corrió en varias direcciones en busca del sabio. Este llegó un momento después, y viendo al conde con el pelo descompuesto, la mirada sombría y aterradora, despidiendo fuego su rostro y arrugada y em-

polvada su preciosa túnica de terciopelo morado, le cogió una mano, y con gran cariño y temor, le preguntó:

—¿Qué os pasa, señor conde? ¿Quién atenta contra vos?

Este sin contestarle, y como absorto por una idea que le dominaba, le interrogó:

—Decidme, Isac, ¿conocéis á la maga de las Alpujarras?

—La he visto una vez; pero no he podido hablar con ella.



—¿Qué os pasa, señor conde?

—¿Pero la conocéis?

—Sí.

—¿La habéis visto hace poco por aquí?

—No.

—¿En dónde habéis estado?

—Por estos alrededores; y dos veces os busqué, vi que dormíais y os dejé puesto que no necesitábais de mí.

—¿Luego no ha estado aquí la hechicera, ni me ha arrastrado en pos de sí hasta las entrañas de esos montes?

—¿Qué decís, señor conde? ¡Está's delirando!

—Tenéis razón; será una ilusión cuanto os acabo de contar. Me he quedado dor-

mido y he soñado con esa misteriosa mujer. ¡Oh, cuánto he sufrido durante ese corto período!

Isac pulsó al convaleciente, lo hizo sentar, sacó un frasquito que llevaba consigo y le dió á beber un poco del elixir que contenía, á favor del cual consiguió que se tranquilizase. Después le arregló la melena, le limpió la túnica y le dijo:

—Vámonos de aquí, señor conde; estáis muy débil y es preciso que toméis algún alimento si habéis de estar restablecido para el día que vos deseáis.

Y ambos se encaminaron hacia el monasterio de San Pablo. En este mismo instante se oyó el toque de varias bocinas, y poco después comenzaron á salir del convento montañeses y á correr en todas direcciones. El anciano Isac, poseído de un temblor que excitó la risa del enfermo, quiso arrastrar á éste hacia la morada de los monjes; mas Pedro lo cogió de un brazo y le obligó á subir con él á una altura que tenían próxima, diciéndole por el camino:

—Venid, amigo mío; si llegan mis contrarios, veréis desde aquella elevación un cuadro sublime.

El mago, contra su voluntad, seguía á Lara, contestándole:

—¡Señor conde, ved que no estáis para eso!... Que pelagra vuestra existencia...; corramos, señor, corramos, qué pueden aproximarse.

—Correr, ¿eh? Estoy yo muy débil para eso, según decís. Subid, así, despacito; esto no puede perjudicarme.

—Sí, pero si llegan aquí vuestros enemigos...

—Ya traeréis alguna planta milagrosa que los ahuyente.

Y acercándose al sitio que quería Lara, vieron, con asombro del mago, que el monte se iba cubriendo de soldados, y que los jefes y caballeros de aquél, sobre briosos corceles, daban órdenes y corrían de un lado para otro. Diez minutos después, dos

mil feroces montañeses, mandados por cuatro capitanes, treparon hasta el sitio donde estaba su señor y formaron en torno un círculo de hierro con sus apiñadas filás. Todos miraban á Pedro con placer, levantaban sus armas é intentaban atraer á un enemigo que no veían. Lara los miraba también, y con melancólica sonrisa les decía:

—Bien, hijos míos, bien; ya veo que basta con vosotros para confundir á esos cobardes. Mi sentimiento es no poder defenderos como otras veces y velar por vosotros; mas por María y la Cruz, que en breve los hemos de buscar, y entonces...

—Entonces, ¡ay de ellos, de sus parientes y de sus amigos!—exclamaron en coro los partidarios del conde, interrumpiendo á éste y atronando el espacio con sus roncacas y terribles voces.

Un cuarto de hora había bastado á toda la gente de armas del monasterio para extenderse por el monte, ocupar cada cual su puesto, y en sitios convenientes y estratégicos, esperar con calma el resultado de aquella alarma. El joven herido, desde la elevación donde se hallaba, veía con placer la actitud amenazadora de los suyos, la tranquilidad con que esperaban al enemigo y las afectuosas señales que le dirigían desde los puntos más distantes. En cuanto al sabio anciano, mirando el estado de su convaleciente, su calma y el valeroso aspecto de aquellas aguerridas huestes que le rodeaban, se tranquilizó también, y cogido á una mano de Pedro, permanecía á su lado, exclamando:

—Bien, señor conde, mirad cuanto queráis; pero sin moveos de aquí ni alteraros por nada.

En este instante distinguieron en lontananza á un caballero cubierto con una armadura completa que, espoleando á su valiente potro, se dirigía hacia ellos saltando breñas, subiendo cuestas y sin reparar en peligros, hasta que llegó al sitio donde estaba su señor. Pedro le dijo:

—Muy bien, capitán; sois tan valiente como hábil y osado jinete.

El caballero se acercó á Lara, le preguntó por su estado, y luego añadió:

—Señor conde, junto á nuestras primeras avanzadas acaban de detenerse mil

abencerrajes mandados por el príncipe Muza. ¿Se les permite llegar hasta vos?

—Sí, amigo mío; haced al noble príncipe los honores debidos á su clase, rodeadlo veinte de vosotros y decidle que ansío estrecharlo entre mis brazos. Corred, valiente Vivar, corred.

El caballero partió; Lara dió algunas órdenes á los cuatro jefes que mandaban á los montañeses, y cogido á Isac, se dirigió al monasterio, bebió una taza de caldo y esperó la llegada de su amigo Muza.

Los soldados esparcidos por la montaña, bajaron y formaron dos filas, por entre las cuales cruzó aquél saludando á los que obedecían á Pedro, seguido de los caballeros de éste y de los mil abencerrajes que le acompañaban. El príncipe llegó á la puerta del monasterio, echó pie á tierra y se dispuso á entrar; mas le deluvo el conde de Lara que le abrió los brazos, y ambos se estrecharon con cariñoso afecto.

Luego penetraron en el saloncito de Lara, se sentaron, y después de hacerse varias preguntas, le dijo Muza:

—Estaba seguro, noble amigo, de que serías víctima de esa infame serpiente; contra tales hombres es inútil el valor, y muy perjudicial tu hidalguía.

—Muza, amigo mío, no me culpes, fué mi destino estaba escrito, como decís vosotros. Si yo hubiese visto á D. Juan al acercarme á ellos, si no fueran disfrazados, mato al jefe y hago huir á los quinientos; mas quiso Dios que yo sucumbiera ese día, y como siempre, se cumplió su voluntad. Con los malos, dicen que no debemos ser buenos; será así, pero yo sólo puedo matar ó herir en el campo de batalla; lejos de ese sitio, siempre perdonaré y alargaré la mano á mis contrarios, sin distinguir los buenos de los malos. Mi conciencia me aconseja obrar así, y no he de hacer nada de lo que ella no me dicte.

—Mucha nobleza abriga tu alma; quiera Alá que no vuelvas á ser víctima de ella. En cuanto á mí, te aseguro que caminando á tu lado defenderé á D. Sancho hasta perecer; mas lejos de tí, solo soy musulmán, sólo hago armas contra los enemigos de mi hermano.

Y los dos amigos permanecieron hablando más de una hora; luego almorzaron, y puestos de acuerdo sobre los planes futu-

ros, partió el príncipe seguido de sus mil abencerrajes. Lara quedó muy satisfecho, pasó el día alegre y jovial como nunca, y por la noche durmió con un sueño tan tranquilo como su conciencia. Sus heridas es-

taban cicatrizadas, y sólo les faltaba adquirir la solidez en los nuevos tejidos que la fuerza plástica del organismo había formado; su debilidad desaparecía, y su vigor se iba graduando por instantes.

CAPITULO XXVII

Sorpresa agradable.—Los enfermos restablecidos.—Desde San Pablo á la torre de Ismael.

Lara despertó al siguiente día, se sentó sobre la cama y pidió el desayuno, encontrándose ya sin dolor que le molestase, con fuerzas crecientes y sin que le incomodara otra cosa que la dificultad con que todavía respiraba. Cada día, cada hora, cada instante que pasaba parecía que aumentaban el sonrosado de sus mejillas, sus varoniles fuerzas y su preciosa vida; el joven comprendía que la Providencia velaba por él y continuamente bendecía á Dios, suspiraba por su amada y preguntaba por el Solitario, pues le habían dicho ya que éste fué su primero y acaso su único salvador. Poco después se vistió el mago, se desayunaron juntos, y al concluir, le dijo á aquél:

—Señor conde, levántate cuando gustéis, y andad por todo el monasterio y sus alrededores, sin fatigaros ni coger calor. Mas si me permitis, que os sorprenda agradablemente, esperadme aquí hasta las diez.

--Marchad, amigo mío, que pasaré escribiendo interin no regreséis.

Y partió Isac, quedando Lara según había ofrecido.

Tres horas después se abrió la puerta de la estancia de Pedro y volvió el mago, yendo apoyado en su brazo izquierdo el leal, el valiente Alí, que cayó á los pies del conde besándole las manos y exclamando:

—Gracias, señor; te debemos la vida Fátima y yo, y mi agradecimiento será eterno.

—Alí, mi buen Alí, levanta y siéntate á mi lado; ¡tú no debes permanecer de rodillas delante de nadie! ¿Te encuentras bien?

—Estoy ya bueno; cuando quieras marcharemos á salvar á Fátima.

Lara miró al negro con paternal cariño, y tomando luego su rostro un aspecto amenazador, le contestó:

—Pronto iremos en su busca, noble africano; en breve la hallaremos, y ese día, ¡ay de los enemigos de tu señora! Por cada suspiro que la han hecho exhalar, morirá uno de ellos; por cada lágrima que ha bañado sus mejillas, correrá un arroyo de sangre.

—¿Señor, me permitirás que vaya á tu lado?

—Sí. Tú tienes con ellos también algunas cuentas pendientes.

Y contrayéndose la negra faz del hijo del desierto, le contestó:

—Es verdad, gran señor; como me sorprendieron no pude matar más que á tres, dejando para mejor ocasión los cuatrocientos noventa y siete restantes; esta se presenta ahora, y junto á ti..., Pedro, yo tengo tanta fuerza como el mejor de tus montañeses, sé herir y el arroyo de sangre de que hablaste, yo procuraré ensancharlo un poco.

—Alí, mata y hiere á tus menguados enemigos, mas siempre que hagan armas contra tí; únicamente cuando se defiendan ó te ataquen. A mi lado no se ofende jamás al que implora mi clemencia.

Alí movió la cabeza y le replicó:

—Si tú lo quieres, sea así; mas esos villanos no merecen la compasión de nadie.

—Es verdad; pero la obligación de un pecho hidalgo es, ha sido y será perdonar á la víctima que tiene á sus pies.

—Por eso nos hirieron á tí y á mí, noble cristiano.

—Por eso nos salvó de la muerte Dios, leal moro.

—Acaso tengas razón; pero, aun cuando te faltase, haré siempre lo que tú quieras; la vida que me salvaste os pertenece á ti y á Fátima; de vosotros es y á vosotros la consagro; mi voluntad es la vuestra.

—Gracias, fiel guardián de mi hurí; en breve peharemos como buenos, y puede que no esté distante el día en que, lejos de esas terribles contiendas, vivamos Fátima, tú y los míos en tranquila paz y perpetuo sosiego.

—¡Que Alá te escuche, te proteja siempre y conceda lo que pides!

Pedro y los dos musulmanes continuaron todavía hablando largo rato, hasta que vino á interrumpirlos la llegada de varios caballeros de Osuna que, sabiendo el restablecimiento de aquél, corrieron á visitarle. Este día, y los dos siguientes, los pasó el conde recibiendo á grandes del reino que se presentaban de varios puntos, y á ponerse de acuerdo con él sobre futuros planes. Hasta su tío D. Juan lo visitó, y regresó á Sevilla solo y perfectamente desfrazado.

En estos momentos principiaba en Castilla la gran lucha civil; hasta ahora, acobardados una gran parte de los partidarios de D. Sancho, caminaban errantes, mientras los otros encerrados en sus castillos se preparaban á la defensa, sin intentar ni aun imaginar otra cosa. Mas en el momento que supieron la mejoría de Lara, y que el valeroso caudillo se disponía á pelear, desecharon su miedo, cobraron bríos y corrieron á recibir instrucciones del atleta castellano. Sancho no pudo reunir treinta mil hombres, y Lara, contando con los suyos, los de Muza y los que le ofrecían sus parientes, amigos y parciales, tenía ya á sus órdenes cerca de cuarenta mil.

Alonso X, triunfante en todas partes hasta entonces, estrechaba cada día más el cerco de Córdoba, donde se encerraban, á su juicio, los únicos enemigos capaces de hacer armas contra él; sus consejeros y amigos, por temor de disgustarle, le tenían oculta la noticia que corría de haber salido falsa la muerte de Lara; mas á pesar de todo, dió lugar la enfermedad de éste á que las huestes de sus contrarios

engrosaran considerablemente y se hicieran temibles. Pronto veremos el resultado de esta sangrienta y fratricida guerra. Ahora volvamos al convento.

Fuerte ya el conde, casi restablecido y ansioso de abandonar aquel encierro, expedía órdenes, hacía llegar hasta el rey de Córdoba sus futuros planes, revistaba á los suyos, los arengaba, y se disponía, por último, á salir del monasterio y marchar á la torre de Ismael, donde se hallaban su querida Fátima y su leal amigo Rueda.

Este castillo era inexpugnable y la plaza de Ecija se encontraba entonces muy fortalecida y llena de soldados de Alonso X y del infante D. Juan; y como Lara tenía precisión de salvar á su amada y de concluir pronto aquella primera lucha, resolvió, aunque con algo de repugnancia, tomar la torre y la ciudad por sorpresa, vengando á la vez de este modo, y en parte, la manera con que D. Juan aprisionó á la bella hurí. Al efecto discurrió un hábil y magnífico plan, y con la ayuda de Lázaro y de sus parciales de Ecija, comenzó á desarrollar un vastísimo y bien combinado proyecto; y llegado el momento y curado de sus dolencias, estrechó cariñosamente al abad de San Pablo y restantes monjes, asignó al monasterio una renta anual de dos mil escudos y partieron él, el mago, Alí y sus caballeros, jefes y soldados hacia Ecija con la cautela posible por diferentes sitios y con órdenes claras, expresas y terminantes. A la vez se pusieron en movimiento la Caballería de Muza y las huestes de sus amigos y parciales. Pedro llevaba al partir un traje completo de guerra, una formidable maza y en su casco lucía una pluma negra, siendo la primera vez que ostentaba esta terrible enseña de muerte. Hasta ahora sólo se conocía en Castilla y León al hábil y temerario caudillo; pronto veremos al entendidado, al sabio general.

Sepamos, entre tanto, qué hace el ex escudero de Lara en la famoso torre de Ismael, qué es de Fátima, de D. Juan y de sus dignos servidores y vasallos.

Eran las siete de la tarde del día 22 de Junio cuando Lázaro Rueda cruzó el puente de la torre, dejó atrás las murallas y salió al campo, sentándose al pie de un robusto

olivo. Media hora después se le acercó un labriego, y se recostó á su lado. Era el honrado Tomás Medina; Lázaro le preguntó:

—¿Venís de San Pablo?

—Sí, señor.

—¿Qué ha dicho el conde?

—Que os entregue este pergamino sin pérdida de tiempo.

—¿Nada más?

—No, señor; se hallaba, según ví, muy ocupado.

Y Rueda cogió el escrito, observó, y notando que nadie los espiaba, lo leyó dos veces, exclamando al concluir:

—Lacónico está, pero cada letra costará por lo menos, la vida de un hombre.

—¿Qué decís, Lázaro?

—Nada, amigo mío; vos no entendéis esto. ¿Me traéis oro?

—Cincuenta escudos; no quedan más.

—Dádmelos.

—Tomadlos; pero ya sabéis que aquel talgo lleno...

—Sí: os lo regaló Pedro, y yo os lo devolveré pronto. ¡No quejáos, perillán! El conde es más generoso que yo, ¿es verdad?

—¿Como es tan rico y tan bueno!...

—Para los hombres honrados como Medina... en fin, él os lo dió, y aun cuando es mucho, bien hecho está; mas os advierto que aún tenéis que prestarnos un gran servicio.

—Haré lo que me mandéis, Sr. Lázaro; os debo la vida y mi mujer... Os serviré sin interés ninguno... Yo pido porque el conde me lo mandó, no por lo que hago...

—Sí: os comprendo, y cuento con vos. Ahora vais á vuestra casa, y ya no volved á salir hasta nuevo aviso; pero antes entrarán en ella varios montañeses mandados por Andrés Correa... ¿Conocéis al escudero del conde?

—Sí, señor; es paisano mío, y le he visto muchas veces.

—Pues bien, les franqueáis la casa, les dáis cuanto pidan, y hacéis lo que os mande Correa. ¿Tenéis dinero?

—Poco, ¡soy tan pobre!... unos cinco ó seis ducados.

—Tomad esos diez escudos; comprad provisiones y esperad á los montañeses.

Ahora marchad, y no os asustéis por nada de lo que oigáis ó veáis.

—¡Conque según infiero vamos á tener pelea!...

—Eso no os importa. Partid y cumplid mi encargo.

—Quedad con Dios. ¡Lo siento por el conde, que es tan bueno!...

—A vuestra casa, Tomás.

—Voy, señor, me voy corriendo.

Marchó el labriego, Rueda meditó, se puso en pie, y se dirigió á la ciudad murmurando:

—¡Pardiez, llegó el momento de arrojar la máscara y de dar fin de todos esos miserables! ¡Por mi patrón Santiago que me espera buen día mañana! Mucho he sufrido en el tiempo que llevo de fingir y de ocultarme, mas al arrancar mi careta, ¡ay de las panteras encerradas en esa terrible guarida!

Al concluir su última exclamación Lázaro dió vista á una calle estrecha y solitaria, entró en ella, y á los pocos pasos penetró en una casa de mal aspecto; llamó, le abrieron, hizo algunas preguntas al criado que se le presentó, y luego pasó á una estancia donde sólo había una mesa con recado de escribir, rodeada de muchos sillones; Rueda se arrellanó en uno, apoyó la cara en su mano derecha, y meditó. Media hora después comenzaron á entrar caballeros de Ecija, los cuales estrechaban al supuesto Jaime el aragonés, y se sentaban á su lado. Cuando todos los asientos estuvieron ocupados por veinte que, con cortos intervalos, penetraron allí, tomó la palabra Lázaro, y les dijo:

—Señores: el conde de Lara se halla completamente restablecido, y en estos momentos sale de San Pablo para dar principio á la gran empresa que todos deseamos llevar á cabo; pero escuchad; antes de pasar adelante, lo que me dice en su último pliego:

Y Rueda deslió el pergamino que poco antes le trajera Medina, y leyó en voz alta:

«Mi muy querido Lázaro: acepto tu plan en todas sus partes, puesto que has tenido en cuenta las observaciones que te hice en mi anterior escrito. Me hallo completamente restablecido, y tan fuerte y ágil como en el momento de atacar á los

quinientos sicarios del infante. Saldremos mañana al anochecer con todas las precauciones posibles, y no nos separemos en nada del plan convenido. Dí á mis amigos y parciales de Ecija, que cuento con fuerzas suficientes para destruir y aniquilar á nuestros enemigos; que tengan confianza absoluta en mí, y que obren con la energía, valor y denuedo de quienes, como ellos, estiman su honor, su palabra empeñada y su fe de caballeros. Adiós, amigo mío, que el cielo te ayude, y proteja nuestra causa.—*El conde de Lara.*»

Y Lázaro añadió de palabra:

—Á lo que habéis oído, sólo sigue una postdata que no tiene relación alguna con nuestros futuros planes. Ahora bien: ¿os halláis todos dispuestos á lanzaros al campo y defender con las armas en la mano la causa de D. Sancho?

—¡Sí, sí!—contestaron los veinte.

—¿Hay alguno entre vosotros que, por un motivo cualquiera, motivo que todos respetaremos, intente retirarse ó levantar su palabra de honor empeñada?

—¡No, no!—volvieron á contestar.

—Muy bien. ¿Tenéis dispuesto lo necesario para la función de mañana?

Uno de ellos respondió:

—Está preparado todo, y sólo hace falta que llegue el momento deseado: los músicos, los disfraces, nuestras espadas y vasallos aguardan, y nuestro único sentimiento es no poder ayudaros en la torre como lo haremos al pie de las murallas y en las calles de la ciudad. ¡Poco ó nada vamos á practicar, comparado con lo que vos, valiente Marcia, tenéis que llevar á cabo encerrado entre esos tigres! ¡Ay, Lázaro, cuán difícil es conseguir vuestro propósito!

—No lo creáis, amigos míos. Si vosotros no faltáis, según lo creo y espero de vuestra hidalguía, saldrá nuestra empresa tal como deseamos; es más, tengo la convicción, y me fundo en varias circunstancias observadas por mí, que la Providencia protege nuestra causa y nos ayuda con su benéfico poder.

Y Rueda, después de cruzar algunas palabras más con sus veinte compañeros, los estrechó á todos, partiendo á la torre, donde llegó al poco rato, entró, y seguidamente se fué á la habitación del escu-

dero del infante. Aquél no estaba allí, y el supuesto Merele le esperó paseando media hora que tardó en volver. Ferran regresó alegre, se arrellanó en un cómodo sillón, vió á Lázaro, y le dijo:

—Jaime, acércate: ¿qué deseas?

—Ante todo, que tengáis la bondad de decirme cómo se halla el señor infante.

—Hace un cuarto de hora declaró el sabio musulmán, aquel que dejó aquí el rey D. Alonso, que se encuentra fuera de peligro, y que en breve entrará en convalecencia. Hoy ha desaparecido la fiebre, la herida le duele poco, y pasado mañana, que son sus días, se levantará. Alégrate, valiente Jaime; antes de un mes nos incorporaremos al Ejército del rey, y allí podrás dar pruebas de tu innegable valor. A bien que tenemos encerrados á nuestros enemigos en Córdoba, y con el gran refuerzo que llevaremos á nuestros parciales, será cuestión de tres ó cuatro días.

—¿Y el Temerario, señor, murió por fin?

—Dicen que no: ¿mas que vale ese hombre y todos los suyos contra ochenta ó noventa mil soldados que vamos á reunirnos?

—¿Y la mora?

—En cuanto á esa, antes de dos semanas será una gran señora... Entre tanto, di á tus compañeros que mañana por la tarde se les dará una ración de vino á cada uno, y medio ducado al siguiente día.

—¿Qué contentos se van á poner! ¿Y sabéis, señor escudero, que el pueblo de Ecija quiere mucho á nuestro amo?

—No tiene motivo para otra cosa; ¿mas por qué lo dices?

—Eso me trae aquí: esta tarde fui á ver á mis paisanos, según os dije, y luego entré en una tienda á comprar unos objetos que necesitaba, y allí me dijeron que los ecijaneros preparan á D. Juan una agradable sorpresa.

—¿De veras? Dime, hombre, dí lo que te han contado.

—Mañana por la noche, como víspera de San Juan, habrá, según costumbre, hogueras, alegría y la fiesta de siempre; pero yo sé que tienen dispuestos á los mejores músicos y cantantes de la ciudad, y que van á dar debajo de las murallas de la torre una serenata al señor infante. Dicen que asombrará la función.

—Eso ha de ser invención de los jefes que mandan el Ejército de S. A.

—Puede muy bien; mas el pueblo y los caballeros de Ecija están asociados á ellos: á mí me lo han contado paisanos de los que forman parte en las fiestas.

—Me alegro, y estoy seguro que nuestro señor quedará muy gustoso de ese obsequio.

—No se lo digáis, y así será sorprendido...

—Tienes razón. ¿Querías algo más?

—Supongo que nos daréis permiso para asomarnos á las ventanas...

—No hallo inconveniente, y aun los que no estéis de servicio podéis bajar á la muralla, y desde allí oír la música; mañana daré la orden.

Y Rueda se despidió, dejando muy satisfecho y contento al terrible escudero. Después se dirigió á la habitación donde estaba el vigilante de Fátima, se sentó al lado de éste, y le preguntó:

—¿Duermes, Mateo?

—No, Jaime, me aburro.

—Lo creo: ¡centinela más inútil!..., Apuesto un escudo contra medio ducado á que la prisionera se halla sumida en el más tranquilo y profundo sueño, mientras tú te fastidias día y noche sin causa ni motivo.

—Acepto la apuesta, pero te advierto que vas á perder.

—Imposible: estoy seguro de que duermo.

—No lo creas, hombre, si siempre que entro, sea la hora que quiera, la hallo con los ojos abiertos.

—Te parecerá á ti; esas moras pasan la mayor parte de su vida echadas y dormidas.

—Pues ésta no.

—Esa será como las demás.

—Eres aragonés, y terco como todos ellos.

—¿Apuestas el medio ducado?

—Por tenaz te voy á ganar el escudo.

—Pues aquí está, pero con una condición.

—¿Cuál es?

—Que he de entrar solo, y no te has de mover; porque si tiene el sueño ligero y tú haces ruido, puede despertarse, y perder yo, debiendo ganar.

—¿No llegará nadie?

—¿Quién ha de venir á estas horas? Acabo de dejar al escudero en su estancia, que se disponía á cenar.

—¿Me pagarás?

—Lo juro como aragonés.

—Pues toma la llave.

Rueda la cogió, sacó un escudo, lo dejó sobre su asiento, y le dijo á Mateo:

—Pon ahí tu medio ducado, y así no hay dudas.

Y seguidamente se dirigió, sin hacer ruido alguno, á la estancia de Fátima, abrió la puerta, dió dos pasos en la habitación, alargó á la huri un pergamino, y salió, volviendo á cerrar; Mateo le preguntó:

—¿Quién ha ganado?

—Tú, ¡qué ojos tan grandes, y qué abiertos los tenía, caramba!

—¿Qué dijo al verte?

—Nada: me miró con mucha altanería.

—Eso hace siempre conmigo. ¿Quieres tu escudo?

—No; me lo has ganado en buena ley, y es tuyo.

—Jaime, por lo visto, tú eres muy rico.

—No, paga el Temerario.

—¡Ya! Cuando te tuvo prisionero hallaste ocasión... Chico, has hecho bien... ¡Si yo encontrase alguna!...

—Vaya, vaya, me voy á dormir; hasta mañana.

—¿Quién como tú!

Y Rueda salió de allí, habló con uno de los jefes de la torre por espacio de un cuarto de hora y luego buscó su duro lecho, se acostó, quedando dormido profundamente, y como si nada amenazase á su arriesgada existencia. Este hombre, sin las dotes de Pedro, tenía su mismo temple de alma y tanta osadía y valor como aquél. Próximo el terrible instante en que Lázaro iba á jugar su vida, con muchísimas probabilidades de perderla, se metió en cama muy tranquilo, exclamando:

—Por si mañana voy á dormir al otro mundo descansen en éste, y así tendremos fuerzas para emprender tan largo viaje.

Esta burla dirigida á su crítica posición, dice más por sí sola que cuanto pudiéramos expresar respecto de su amor á Pedro y de su incontrastable valor.



—Pon ahí tu medio cincado, y así no hay duda.

CAPITULO XXVIII

Verbena de San Juan.—Serenata.—Sorpresa.—Lara en campaña.—Valor de los unos y cobardía de los otros.—Muerte y destrucción.

Amaneció el día 23 de Junio, y en cuanto asomaron los primeros albores de la mañana abrió Rueda sus ojos, miró en torno, y observando que todos sus compañeros dormían tranquilamente, se sonrió, diciendo para sí:

—¡Buena noche os espera, miserables bandidos.

Y con el mayor disimulo sacó una fina y tupida cota de malla que tenía escondida debajo de su mísero colchón, y entre las sábanas se la fué poniendo con el recato posible. Después se vistió, guardó entre su tosco ropaje una afilada y preciosa daga, se sentó sobre el lecho y esperó. Media hora más tarde sonaron las trompetas y los tres mil hombres que encerraba la torre se pusieron en pie.

El servicio de esta fortaleza y las muchas precauciones tomadas en ella, la daban el aspecto de un castillo sitiado; ni jefes ni soldados podían salir sin una orden expresa del escudero del infante, y hasta eran espiados unos por otros, pues allí se pagaba muy cara la delación; según el sistema de D. Juan, la declaración de un compañero contra otro era el mayor servicio que podía prestársele, y por eso lo premiaba tan espléndidamente. Lo cual no debe extrañarnos, pues entre estos sicarios no podía existir confianza de unos para otros, afección alguna, ni otra cosa que el vil interés. Los soldados se parecían á los jefes; éstos á Ferran, siendo el escudero un retrato exacto de su amo. ¡Cuanto sufriría Lázaro teniendo que vivir, comer y dormir tantos días entre aquellas panteras sin corazón ni nada que fuese noble y generoso! Más de una vez cogió el puño de su daga, y encendida su sangre, quiso arrojarla sobre sus enemigos, declarar su nombre y herir hasta exhalar el último suspiro, lo que hubiera hecho á no presentarse ante sus ojos la inocente faz de la Zegrí y el cariñoso rostro de su amigo Pe-

dro. Tuvo paciencia, sufrió en silencio, se dominó cuanto fué necesario, fingió lo que era menester y con su constancia y buena imaginación consiguió su intento, hasta el punto de tener ganados, asalariados y á su disposición, un jefe y doce soldados.

En este instante acababan de relevar las guardias de la fortaleza; Rueda se fué al puente, habló con el que mandaba la fuerza destinada allí; después con ocho de los que le obedecían, y seguidamente con cuatro que no estaban de servicio, repartió entre los trece cuarenta escudos de oro, miró al cielo y se dijo:

—¡Sólo falta que llegue la noche, y si Dios no me abandona, pronto dejaré de mentir, que hartó tiempo lo estoy haciendo!

A la hora acostumbrada comió parte de la ración que le daban por la mañana, y aprovechó aquella ocasión, en que todos sus compañeros estaban reunidos, para extender la noticia de la gran serenata que iban á darle á D. Juan por la noche y del permiso que tenían para oirla desde las murallas y ventanas de la torre. Cuando el supuesto Merelo se retiraba, conseguido su objeto, llegó un criado y le dijo que el escudero del infante le mandaba ir á su presencia inmediatamente. Lázaro tembló, juzgando que lo habría vendido alguno de sus cómplices; mas en alas de su indomable valor, se dirigió á las habitaciones de Ferran, abrió la puerta y entró. Este le esperaba sentado y con semblante risueño; Rueda respiró con más tranquilidad, saludó y quedó parado; el otro lo miró y le dijo:

—¿Jaime, no me has dicho varias veces que te molesta la tranquilidad de este castillo y deseabas que te ocupase en ejercicios de guerra?

—Sí, señor—le contestó el fingido aragonés—; esta vida no me gusta mucho, señor escudero; yo, como decía mi tío el

sacerdote, nací para la guerra; y debe ser cierto, porque sólo me encuentro bien cuando estoy cerca del enemigo. ¡El campamento, la caballería, el combate!; eso es lo que á mí me gusta; se mata, se vence, se come bien y se pasa el día cantando y riendo.

—¿Con que tanto te gusta herir y matar?

—¡Ya lo creo! Con el enemigo no se puede hacer otra cosa.

—Si tú fueras capaz de dar una puñalada á tiempo y á quien yo te dijera, habías hecho tu suerte, Jaime.

—¿Una sola?

—Una ó dos; pero á una misma persona.

—¡Pues no he de ser capaz! ¿Os parece que he dado pocas en este mundo?

—Es que ahora tendría que ser á un hombre muy valiente y poderoso y habría que esperar la ocasión...

—¿Es enemigo nuestro?

—Sí.

—Decidme quién es y lo mato.

—¿Aun cuando esté durmiendo?

—Lo mismo me da. A los contrarios se les hiere estén como quiera.

—Veo que nos entendemos, y te auguro una bolsa llena de oro tan grande como tú desees. Cierra esa puerta, acerca un taburete y siéntate á mi lado.

—Señor, ¿delante de vos?...

—Haz lo que te mando.

Rueda obedeció, cruzó una pierna con la otra, fijó las manos en las rodillas, y se quedó mirando al escudero. Este le dijo:

—Si tú te atrevieras á llevar á cabo una empresa que quiero encargarte, te daba cuando me pídieras.

—Decidla pronto, y como pueda...

—Anoche, cuando saliste de aquí, me volví á la habitación del infante y ambos nos ocupamos de tí.

—¡El señor infante! ¡Gran honra es para mí!

—Pues hablamos mucho, y elogíé tanto tu valor, que si te comprometes ahora á conseguir lo que anhelamos, mañana mismo te llevo á su presencia.

—Hablad, señor escudero, que estoy deseando saber lo que queréis.

—Fija bien tu atención: Sabemos, de un modo seguro, que vive Pedro el Temerario y que está mejor de sus dolencias. ¡Por

lo visto tiene ese infame algún diablo que lo proteje!

—Parece increíble... ¡con tanta herida!...

—Hice yo bien en mandar á los cuatro negros que le machacaran la cabeza; pero esos bárbaros se asustaron y no se atrevieron á obedecerme...; mañana los mandamos ahorcar.

—Bien hecho.

—Como te decía, está mejor y se halla cerca de donde tú caíste herido, en un convento de frailes, y rodeado de todos los montañeses de Osuna. Y lo peor es que, si se pone bueno, pronto irá á Córdoba; tiene muchos parciales, es muy poderoso y nos va á dar que hacer.

—Pues se le mata antes, y ya está todo concluido.

—¿Y quién llega hasta él con esas fieras que tiene á su lado?

—Yo.

—Es muy difícil, Jaime.

—No lo creáis; me atrevo á acercarme á él, y hasta á matarlo.

—¿Has pensado lo que dices?

—Sí, señor.

—Explicáte.

—Lo voy á hacer en cuatro palabras. Yo he visto muchas veces á sus montañeses, sé cómo van vestidos y he notado que son de puntos diferentes y que una parte de ellos no conoce á los otros; pues bien: me visto y armo, y por la noche me meto entre todos; son lo menos quince mil, no es posible que me extrañen, porque yo soy tan negro y feo como ellos, según dicen; busco la ocasión noche y día, y cuando la encuentre, mi daga acabará con él. Como yo se la clave, de seguro no lo curan.

—¿Sabes, Jaime, que no te creí tan hábil y experto?...

—Como hablo así, tan gangoso, no me entendéis bien y todos me hacéis burla; pero habéis de saber que mi tío me enseñó cosas muy buenas.

—Ya lo veo, amigo mío; y si fueras capaz de cumplir lo que dices, te daría el infante lo que tú quisieras.

—Pues lo mato. ¿Es lo mismo que esté dormido que despierto?

—Igual; lo necesario es que muera.

—¿Cuándo parto?

—Mañana te llevaré á la presencia del infante y allí convendremos en el día y en

lo demás; de ser posible, marcharás antes de cuarenta y ocho horas.

—Muy bien. ¿Con que esta noche nos dejaréis ir á las murallas y asomarnos á las ventanas?

—Sí; luego daré la orden. Retírate, y cuidado con la reserva; mira que va en ello tu cabeza.

—Estad tranquilo; el día que me conozcáis veréis lo que yo valgo.

—Afila tu daga, y cuando hieras, al corazón.

—Tomaré el consejo.

—Jaime, el que mata más en este mundo, es el más querido y respetado por todos.

—Nunca me dijo eso mi tío; mas tomaré también ese consejo.

—Sí, Jaime, sí; el que muere no habla, ni puede atentar contra uno.

—Señor escudero, sabéis casi tanto como mi tío, y me habéis enseñado hoy cosas muy buenas; ya lo veréis, ya.

Y Lázaro partió de allí, respiró fuego en vez del aire que debía salir de su pecho, y exclamó:

—¡El que muere, no habla ni ofende; y el que mata más, es respetado y querido por todos. Bien, lo haré así; y si os pesa luego, no me culpéis á mí.

Rueda entrétuvo el día observando desde una ventana lo que pasaba en el campo á gran distancia de la torre y en dirección del Sur, si bien de vez en cuando recorría la fortaleza, cruzaba algunas palabras con sus cómplices, volviendo en seguida al observatorio. Este día fué el de más ansiedad que tuvo el imitador de Jaime Merelo.

Por fin marchó el sol á su ocaso y comenzó á asomar el crepúsculo vespertino. Lázaro entonces subió al último piso de la torre y miró nuevamente desde allí.

—Sí—exclamó—, aquellos bultos que se corren hacia Occidente son mis bravos lebreles que se aprestan ya á la pelea. ¡Bien, hijos míos; bien; pronto, si Dios quiere, os estrechará entre sus brazos vuestro segundo padre!

Y permaneció así hasta que, entrada la noche, dejó de distinguir los objetos que tenía de frente. Después bajó, y dirigiéndose á la parte Norte del castillo, se asomó á otra ventana y miró á Ecija. Un

cuarto de hora más tarde notó que comenzaba á transitar mucha gente por la ciudad y que había debajo de las murallas y en las calles circunvecinas varios bultos, los cuales iban aumentando según avanzaba la noche. Rueda entonces se fijó en el centro de Ecija, buscó la torre de una iglesia y vió que en el campanario ardía una rojiza luz, la cual se movía continuamente.

—Bien—se dijo—; los de afuera llegan, y los de adentro no se descuidan. Y permaneció observando.

Poco después se fueron iluminando la mayor parte de las calles con las llamas que despedían las muchas hogueras encendidas. Era costumbre en Andalucía saludar la víspera del día de San Juan y la de San Pedro con esta clase de fuegos, mascaradas, bailes y otras inocentes diversiones, que aún no se hallan completamente abolidas; pero en la presente ocasión procuró el pueblo de Ecija que las hogueras de sus calles tuviesen muy poco esparto y muchos troncos, ramas, y que aquéllas ostentaran sus llamas por todas partes, convirtiendo en día la nocturna víspera del Santo Evangelista.

Dieron las nueve de la noche, y en el mismo instante principió debajo de las murallas de la torre y en la parte que daba al Norte, una armoniosa sèrenata, compuesta de muchos instrumentos que atornaban el espacio con sus acordes melodías. Eran sobre cuarenta músicos, rodeados de una comparsa de más de cien hombres, vestidos con trajes de guerreros romanos, que ostentaban soberbias mazas de hierro, hachas y lanzas. Detrás de éstos había muchos hijos del pueblo y vasallos de los grandes, que ocultaban cuidadosamente largos y afilados puñales; y en pos multitud de curiosos de ambos sexos, que regalaban sus oídos con aquella sorprendente función. Luego cesaron de tocar la mayor parte de los instrumentos y una robusta voz de barítono, cantó:

San Juan, tu día celebra
esta ciudad,
y te prepara una fiesta
sin igual.
Los brazos miles y miles
se alzarán,

y doquier el roncó acento
aclamará,
primero á San Juan, y luego
á Pedro, que cerca está.

Un coro compuesto de cuarenta voces,
respondió:

Llega, Pedro, llega,
que te aguarda Juan,
y nosotros todos
y los que aún vendrán.

El barítono volvió á cantar, marcando
mucho las frases:

Jesús redimió á los hombres,
y San Juan
acogió á la dulce madre
celestial.
Mas Pedro, que ya dejó
penas atrás,
corrió entre la gente impía
á predicar;
y el ídolo fué arrancado
y deshecho el pedestal.

El coro concluyó el canto, entonando:

El sermón de Pedro
luego escucharás
y si no eres bueno,
¡ay de mí! dirás.

Y la música continuó atronando el espacio.

Ferran cumplió su palabra, y dejó que la guarnición de la torre saliera á las murallas y se asomasen á las ventanas que daban al sitio donde tenía lugar la serenata; de modo que todos los soldados y jefes se hallaban en la parte Norte del castillo, mientras que en la del Sur existían sólo los centinelas que no habían podido correrse á los costados septentrionales, por ser su puesto al pie del puente. D. Juan y su escudero escuchaban también la música, y á excepción de tres ó cuatro criados que quedaron en la antesala, estaban los demás confundidos entre la tropa, asomados á las ventanas. Fátima temblaba; su vigilante maldad, y los del puente se entretenían en apurar unas botellas que les había llevado Jaime Merele.

El bravo, el intrépido, el osado Rueda, esperó á que comenzase la serenata, en cuyo instante recorrió la torre observando lo que hacía D. Juan, los jefes, los soldados y los criados. Y cuando vió que la

música los llevó á todos al sitio donde él quería, marchó á la parte Sur, sacó de un agujero una linterna verde que tenía escondida y preparada, la encendió y la asomó tres veces á una ventana, retirándola otra tantas. Después miró al campo y vió varias luces del mismo color á corta distancia, y que parecían salir de entre los árboles; entonces tiró la linterna y exclamó:

—¡Dios sea con nosotros!

Y sin perder un momento bajó, se hizo con una maza de hierro marchó al puente, y sin que nadie se le opusiera, lo bajó. En este instante los soldados y criados de D. Juan dieron un estrepitoso aplauso al barítono que acababa de cantar una de las coplas que hemos copiado, y las voces de los coristas se confundieron con los ecos de la música y la alegre gritería de los vasallos del infante.

El único punto vulnerable que tenía la torre era el puente, el cual estaba custodiado en este momento por un jefe y ocho soldados vendidos á Lázaro y embriagados ahora por el mucho vino que acababan de beber. Así es que Rueda pudo echar el puente y quedarse de centinela en él sin inconveniente alguno.

Vista en el campo la verdosa luz de la linterna asomada tres veces, salieron de la casa de maese Tomás cincuenta montañeses mandados por el escudero Correa, sorprendieron la avanzada enemiga, mataron á cuantos la componían, dieron tres toques de bocina é instantáneamente comenzaron á salir hombres de entre los árboles, de las casas situadas extramuros de la ciudad, de los barrancos, del río Genil; por el Sur y el Norte, Levante y Occidente, y por todas partes, en fin, imitando la carrera del corzo y la actitud del más fiero león.

Cinco minutos después, salvando todas las dificultades entraron en la torre, primero Ali, el capitán Vivar y diez caballeros más, y luego los dos mil montañeses que, obedeciendo á Lázaro, se extendieron instantáneamente por la fortaleza, sorprendiendo á D. Juan, rodeando á Fátima y cargando la mayor parte sobre los descuidados vasallos del infante, que caían á los pies de los hijos de la montaña como ino-

centes ovejas. Lázaro gritó desde la muralla con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Castilla y León por D. Sancho IV!

Y á esta terrible voz los músicos arrojaron los instrumentos y sacaron sus espadas; los de la comparsa romana alzaron sus mazas, hachas y lanzas, los vasallos de éstos desnudaron sus puñales, todas las campanas de las iglesias comenzaron á tocar á rebato, los curiosos y curiosas huyeron aterrados y cuatro mil ecijanos, precedidos de cuarenta caballeros, corrieron hacia las dos puertas de Ecija, atacando á la vez á los soldados que tenía allí Alonso X. Y como si esto no fuese bastante, poco después entraron Pedro el Temerario por la puerta del Sur, seguido de cien caballeros y seis mil montañeses, y por la del Norte D. Rodrigo, acompañado de cincuenta jefes y otros seis mil, entre soldados y montaraces.

La muerte, con quince mil terribles guadañas, penetró en Ecija y en la torre de Ismael. ¡Castilla y León por D. Sancho IV! —gritaban los amigos de Lara,—y los montañeses respondían:—¡Viva Pedro el Temerario, mueran sus enemigos! Y estos terribles acentos formaban eco con los golpes de la maza y del hacha que rompían los cráneos; con el de las lanzas que se embotaban en los pechos; con el de las espadas que cortaban la carne; con el de los ayes que salían del moribundo; con el del estrépito, en fin, de una terrible venganza, pues los soldados y jefes de D. Alonso y de su hijo D. Juan se defendían maquinalmente, huyendo los más asustados al solo escuchar el nombre del Temerario. La sorpresa había sido tan completa como hábil, atrevida y oportuna.

Lara recorrió casi toda la ciudad, vió que no hacía falta en ella, y sin llegar á desnudar la espada, dictó algunas órdenes, picó á su caballo, y seguido únicamente de diez caballeros, penetró en el recinto donde estaba su amada y su cobarde enemigo D. Juan.

Sepamos ahora lo que habían hecho y estaban haciendo Rueda, Ali y Vivar y demás caballeros y montañeses que sorprendieron la fortaleza de Ismael. Lázaro esperó sobre el puente muy pocos minutos, sin que la guardia se le opusiera ni le preguntase nada, pues como hemos dicho,

los tenía ganados y estaban, además, embriagados. Llegaron Ali, Vivar y restantes parciales del Temerario, estrecharon los primeros al supuesto Jaime, y unidos todos, cayeron en confuso tropel sobre la mayoría de los soldados de D. Juan. Estos, viéndose acometidos tan bruscamente, tiraron unos de las espadas, y otros de sus dagas, y comenzaron á defenderse. Rueda los dejó acorralados, dió la voz que ya hemos oído, y sin perder un segundo, subió á la torre seguido de Ali, cuatro caballeros y quinientos montañeses; llegó á la habitación de Fátima, abrieron la puerta y quedaron rodeando y defendiendo á la huri, el africano, dos caballeros y veinte montañeses. Sin detenerse Lázaro penetró en la estancia del infante, sorprendió á cuantos allí había, dejó otro jefe y varios selvícolas, y con los restantes corrió por la torre hiriendo y matando á los que antes estaban asomados á las ventanas, los cuales, viendo la sorpresa de que eran víctima sus compañeros se habían armado, y en estos instantes se defendían con el valor de la desesperación. ¡Infelices corderos, cuyo alarde de fuerza se estrellaba bajo las poderosas garras de los terribles leones que por todas partes los asediaban! Lázaro se metía en medio de ellos y buscaba uno por uno á los que quedaban de los quinientos que sorprendieron á Fátima é hirieron á Lara; para éstos no había misericordia; cuando hallaba uno ó dos los mataba con su formidable maza, y si eran muchos, se los designaba á sus amigos diciéndoles:

—¡A ese! ¡A aquél! ¡A esos cuatro! ¡Acometedlos, hijos míos; esos fueron los que hirieron á Pedro!

Y en revuelto turbión, confundidos los caballeros y los soldados, los montañeses, los vasallos y criados de D. Juan; al estrépito de la guerra, al rechinar de los vencidos y al blasfemar de los atacados, sucedían intervalos de silencio interrumpido por los lastimeros ayes del moribundo que exhalaba el último aliento. Y lo mismo en la torre que en la ciudad, la gente de armas de Lara mataba, vencia, vengaba á su señor y hacía triunfar la causa de don Sancho. A los montañeses y demás vasallos de éste se unieron cuatro ó seis mil ecijanos, los cuales, después de franquear-

les las dos puertas de la ciudad, les ayudaban de un modo feroz á matar jefes y soldados del ejército de Alonso X.

En los momentos de más angustia y terror para los atacados, y de más terrible ira y encono en los que acometían, llegó á la torre el conde de Lara y con gran trabajo se hizo conducir á la presencia de Fátima. Esta se hallaba guardada en aquel instante por sólo dos caballeros y diez montañeses; Allí y los restantes marcharon sedientos de sangre y venganza al sitio de la pelea. El Temerario llamó, y después de reconocerlo, le abrieron. Su amada estaba de pie temblando por la suerte de Lara y preguntando á los que la rodeaban la causa de que no hubiese llegado todavía.

—¡Pedro!...

—¡Fátima!...

Estos dos gritos salidos de los corazones de ambos fué el saludo de los jóvenes, cayendo la huri anegada en lágrimas sobre el pecho del guerrero. Lara la estrechó con ternura, besó su pura y hermosísima frente y sintió esa magnífica y sublime impresión de una dicha que miró perdida para siempre. A la vez una idea celestial llegó á su mente; se desprendió de su amada y la dijo:

—¡Fátima, mientras la felicidad llega á nosotros radiante de placer, mis soldados siembran la muerte doquier y llevan el luto á centenares de familias! ¡Fátima, miles de viudas y huérfanos nos van á maldecir! Adiós, esposa mía; voy á perdonar á todos mis contrarios para estrecharte sin remordimientos.

—Corre, Pedro—gritó la noble hija de doña Blanca—, ampáralos y que cese el estrépito de muerte que nos rodea.

Y Lara comenzó á tocar su ronca bocina de guerra, é instantáneamente se oyó un grito unánime que dijo:

—¡Pedro nos llama, todos á donde está Pedro!

Y poco después llegaron Lázaro, Allí, varios caballeros y más de mil montañeses. La mayor parte iban cubiertos de sangre propia y de la de sus enemigos, y todos despedían fuego por sus ojos y aliento. El conde les gritó con acento imperativo:

—Perdono á todos mis enemigos, y ¡ay del que atente contra la vida de uno solo!

Corred por la torre, extendéos por la ciudad, desarmad á vuestros contrarios y encerradlos en los edificios públicos; pronto os sigo, y ¡guay si alguno desobedece mi mandato! Lázaro, vamos á la estancia de D. Juan.

Los caballeros, montañeses y selvícolas desaparecieron y comenzaron bien á pesar de ellos á dar exacto cumplimiento á la orden de su señor. Lara y Rueda entraron en la alcoba del infante y hallaron á éste, á su escudero, á un mago y á varios criados rodeados de parciales del Temerario, los cuales, obedeciendo las instrucciones que recibieron antes de penetrar en la torre, habían respetado la vida de don Juan y las de los que le acompañaban. Pedro se acercó á la cama y lanzó sobre el enfermo una mirada que le hizo estremecer, exclamando á la vez:

—¡Hombre el más ruin y miserable que conozco, te desprecio y te perdono!

Y Lázaro, dirigiéndose á Ferran, le dijo:

—¡Hombre el más ruin y miserable que conozco, ni te desprecio, ni te perdono! ¡Toma! y le dió un puñetazo en la sien derecha.

Lara lo cogió de un brazo y le preguntó:

—Rueda, ¿qué has hecho?

—Matar al cobarde que se alababa de haberte tirado por la espalda dos mortales botes de lanza.

—¡Lázaro, has contravenido á mi orden!

—No, Pedro; ni he vertido sangre, ni he hecho armas; sólo he dado un puñetazo al que atentó contra la vida de mi hijo, igual al que tú le distes al que atentó contra la de tu tío D. Juan.

—Rueda, basta ya de muerte y destrucción.

—Basta, sí; sólo me faltaba éste y ya expiró.

—Vosotros me respondéis con vuestras cabezas de las vidas de esos hombres—dijo el conde; y salió de allí acompañado de Lázaro.

D. Juan, al ver caer á su escudero, sintió que se le iba la vista y perdió el conocimiento.

El antiguo y el nuevo señor de Marcia visitaron la fortaleza, mandaron recoger los heridos y cadáveres, montaron á caballo y corrieron por Ecija dictando órdenes

y concluyendo con aquella lucha de exterminio y de desolación. A pesar del modo terrible con que sus montañeses estaban cebados con los soldados de Alonso X, al oír el toque de su bocina guerrera dejaban á sus víctimas y corrían en busca de su señor.

Una hora después todo había concluído; los partidarios que quedaban de Alonso X rindieron sus armas, y los de Lara cumplían fielmente la voluntad de su jefe. La ciudad y la torre, no obstante, parecían un espantoso cementerio, alumbrado por las terroríficas hogueras que ardían en todas las calles. Las campanas cesaron de tocar, y entonces comenzó á escucharse el triste lamento de dos mil heridos que imploraban socorro y compasión; ¡cuadro que hacía más lúgubre y sombrío el silencio que reemplazaba ahora al estrépido de la guerra!

Por mandato de Lara se reconocieron á los que estaban en tierra y seguidamente condujeron los cadáveres á su destino, y los heridos á los hospitales que había y á los que se improvisaron en el acto, para cuyo fin hicieron salir de sus casas á la mayor parte de los vecinos de Ecija; y hombres y mujeres ayudaron á curar á los de una y otra parte, teniendo para con todos el mismo esmero y exquisito cuidado.

De los quinientos hombres que robaron á Fátima, sólo unos veinte quedaron con

vida; la estancia de Lázaro en la fortaleza fué funestísima para aquellos sicarios.

Huyó, en fin, el furor de los combates, y fué al momento reemplazado por la voz de la religión, el amor de la caridad y el poder de la ciencia.

Las hogueras se fueron apagando; la noche escondió entre sus negras sombras el mar de sangre que bañaba las calles, escaleras y habitaciones; cesó el movimiento y calló el ruido; sólo en los cementerios y en los hospitales trabajaban; en el resto de la ciudad reinó la pavorosa tranquilidad que deja en pos de sí la muerte. De los partidarios de D. Alonso quedaron tendidos en tierra, entre muertos y heridos, cerca de cuatro mil hombres; los del Temerario no llegaban á ciento, siendo la mayor parte ecijanos.

La inspiración de Lara al abrazar á Fátima y la nobleza é hidalguía que encerraba su pecho, acribillado aún de heridas, libraron de morir á más de ocho mil hombres que, sin sus enérgicas medidas y terminante orden, hubieran perecido á manos de sus fieros montañeses y bravos selvícolas. El bizarro conde jamás desoyó la voz del cielo, y en la presente ocasión podemos asegurar que, á pesar de la reciente villanía cometida con él, perdonó á sus contrarios con un placer y empeño dignos de su alma generosa; pronto, no obstante, halló la recompensa merecida por tan noble acción.

CAPITULO XXIX

La unión de dos almas.—Los dos amigos.—De la torre de Ismael á Granada.

El conde de Lara, cuando todo hubo concluído, volvió á la torre, entró en la habitación de su amada y le dijo á uno de sus caballeros:

—Partid á casa de Tomás Medina y conducid aquí al mago Isac. Decid á Lázaro que ponga la cama del sabio junto á la mía.

Y dirigiéndose al otro jefe, añadió:

—Retiraos todos y que entre Ali.

Este llegó, cerró la puerta de la estancia en que se hallaban los dos amantes, se recostó en el suelo, y contempló

desde allí la faz de su adorada. Pedro la hizo sentar en el sofá, la cogió una mano entre las suyas y la dijo:

—¡Cuánto habrás sufrido, angel mío! ¿Es verdad?

—¡Padecí tormentos comparables sólo á los de mi madre! Te creí muerto, y luego pasé muchos días en la más terrible incertidumbre; regué este pavimento con mis lágrimas; temía comer, beber y hasta aspirar la atmósfera de esta habitación; la desesperación se apoderó de mí y fui la mujer más desdichada del mundo. No he-

dormido casi nada, conservo sobre mi cuerpo el mismo traje que llevaba cuando caí prisionera y he pasado la mayor parte del tiempo orando y pidiendo á Dios por tí... Mas ¿qué importa todo eso? ¿Qué valen los fugaces sufrimientos que me han lastimado, si me proporcionan el placer de verte sano, vencedor, libre y amante? ¿Porque me amas todavía, ¿no es cierto?



.. la cogió una mano entre las suyas...

—¡Que si te amo! ¡Más que á mi vida, que á la luz del día, que á la felicidad, que á la dicha, que al bien supremo!... Porque tú, Fátima, eres la que da aliento á mi existencia, luz á mis ojos, encanto á mi vida, hechizos á mi entusiasmo, inspiración á mi mente... Eres mi presente, mi porvenir, mi gloria, mi descanso; ¡la aurora de mi vida, el objeto de mis ilusiones!... ¡Que si te amo! Más que la madre al tierno infante que oprime contra su pecho, tanto como el corazón más enamorado y un poco menos que Dios á sus criaturas.

—¡Y me quejaba, insensata, de haber padecido un poco!... ¿Pues no son aceptables los más horribles tormentos del mun-

do, con tal de poder escuchar después ese acento, esas palabras?... ¿Hay felicidad comparable á la que vierten tus frases?... Pedro, ¿perdonaste á todos tus enemigos?

—Sí, he salvado la vida de ocho ó nueve mil hombres.

—¿Luego concluyó la lucha y ya no morirá nadie?

—Sí.

—Pues entonces, sigue hablándome de tu amor, de nuestra felicidad futura, de nuestra dicha presente. ¡Ay, sólo un triste recuerdo viene á enlutar mis dulces ilusiones!

—¿Aún padeces? ¿Todavía sufres y me ocultas la causa, y callas y suspiras?

—¡Pedro, malo ó bueno, cruel ó injusto, Mahomad Zegrí es el autor de mis días; y mi padre, si no lo han muerto ya, se halla en un horrible calabozo, sujeto á una terrible cadena! Nada sé de él; y su hija, Lara, siente sus penas, su ausencia; y la memoria de él oscurece sus pensamientos.

El conde inclinó su hermosa frente, asomó la tristeza á su rostro y exclamó:

—Tampoco sé yo del mío, ni jamás tuve la dicha de contemplar su semblante; también á mí me amarga su ausencia y despedaza mi alma la incertidumbre en que vivo. Pero tú, ángel mío, tú no tienes motivo para padecer; Mahomad Zegrí

vive, y si tú lo deseas, volverá á tu lado y acabará sus días cerca de tí, entre los dos.

—Pedro, ¿qué dices?... ¡con que vive!... ¿Podrás conseguir su libertad?... ¿Llegará tu nobleza hasta el increíble extremo de perdonar y hospedar en tu casa al miserable asesino que atentó de un modo tan inicuo contra tí?

Lara por única contestación la dijo:

—Antes he perdonado á su cómplice, á tu raptor, al más vil de los hombres al infante D. Juan.

Fátima le echó los brazos al cuello, y nublados sus ojos por el llanto, exclamó:

—Pedro, tu alma no es igual á la de ningún otro hombre; tu hidalguía, tu corazón y tus sentimientos son los de un ángel;

no hay en la tierra nadie que sea capaz de comprender lo que vales, la grandeza de tus obras, de tus pensamientos, de todos tus hechos.

—Hay un sér que me comprende.

—¿Quién es?

—Tú, Fátima; tú sabes quién soy y á qué he venido á este mundo; y lo comprendes y lo sabes, porque eres el galardón que Dios otorga á esa grandeza de alma, á esos nobles hechos que tú supones. El sublime Hacedor premia el inextinguible amor que le profeso dándome, entre tanto malvado como hallo á cada paso, un ángel que destruye mis penas, crea mi felicidad y sana mis dolores; á tí, incomparable mujer, más bella que la esperanza, tan pura como el primer beso de un niño y tan santa como tu madre; á tí, Fátima, cuya alma es más hermosa que tus radiantes ojos, que tu blanco y sonrosado cutis, que tu ondulante talle, que tu voz dulce, melodiosa y arrebatadora. Si existiese una verdadera y dilatada felicidad en el mundo, yo sería el único que podría poseerla, porque sola tú, tus encantos, pureza y talento la formarían, y yo solo soy el dueño de tí.

—¡Ay! ¡Tu amor te engaña, conde de Lara! Yo soy una infeliz huérfana venida al mundo en hora fatal en pos del más inaudito crimen, y...

—Calla, Fátima, no ofendas á Dios con esas terribles frases. Tú no tienes la culpa de que tu padre fuese malo; por eso el Hacedor te ha dotado de una belleza incomparable, de un alma sin igual, de un talento nada común y de un valor superior al de algunos hombres. Posées mucho, vales más y eres todo lo que yo soy, lo que llegue á ser, porque tú y yo formamos un solo corazón, una sola alma.

—¿Qué bueno eres, Pedro! ¡Cuándo guerrá el cielo librarle de luchas, guerras, disgustos y sinsabores!

—¡Pardiez, que oyéndote, contemplándote y aspirando tu embriagador aliento, me había olvidado de tí, de mí, de los míos, del presente y del porvenir! Alí, amigo mío, levántate y hagamos algo, que la noche avanza, tu señora no ha dormido y está cubierta con ropas que desdeñaría una esclava.

—¿Qué hago, señor?—preguntó el negro poniéndose en pie.

—Dí á Lázaro que venga inmediatamente.

Poco después entró éste; Lara le dijo:

—Señor de Marcia, necesito al instante recado para escribir; y Fátima, cuatro doncellas, trajes y descanso.

—Y tú, ¿no duermes?

—Sí, más adelante; ¿tengo preparada habitación?

—Y en ella te aguarda el noble Isac, pálido aún y temblando por tu vida.

—¡Pobre anciano! Dile que estoy bueno, y más fuerte que en San Pablo.

—Ya se lo he dicho; pero desea verte.

—Que descanse, pues tengo todavía que trabajar.

—¡No te abandones, Pedro!

—Estoy más sano que tú, Lázaro.

—Me alegro; pero no es razón para que dejes de cuidarte.

—¿Me traes recado para escribir?

Rueda salió, volvió con lo que le pedía Lara, y le preguntó:

—A esta hora y en un pueblo cristiano, ¿dónde voy á hallar traje para Fátima?

—Mis amigos de Ecija te darán ropas interiores de sus hijas, mujeres ó hermanas, é interin dormimos que le hagan un dolimán. Mañana manda á Mollina por sus trajes y sus damás.

Pedro escribió á Muza, el que se hallaba cerca de allí, y á varios grandes y partidarios del pretendiente que esperaban sus órdenes; dictó algunas medidas, dispuso que á D. Juan se le tratase como á un infante prisionero, se despidió de su amada, dejándola servida por Alí, cuatro doncellas y dos caballeros, y se retiró á su estancia donde le esperaban Isac y su nuevo escudero Andrés Correa. El mago, después de estrecharlo, hizo que lo desnudase Andrés, y con cuidado digno de su noble cariño, le reconoció todas las cicatrices, exclamando a. fin:

—Bien, estáis perfectamente; dormid ahora y que Alá os perdone el mal rato que me habéis dado esta noche.

—¿Qué os ha pasado, amigo mío?

—Escuché un gran ruido de voces desde la casa donde me hallaba y no pude por menos de abrir una ventana y asomarme, con el objeto de ver si era posible distin-

guir algo de lo que pasaba aquí. ¡Qué cuadro se presentó á mis ojos! A la distancia en que estaba parecía que toda la ciudad ardía y que en ella os abrasábais, viniendo á confirmar esta idea los confusos y lastimeros ayes que percibía. ¡Qué noche, señor conde! ¡Cuánto temí por vos!

—Gracias, entendido mago; dormid, que por la mañana os esperan muchos infelices que deberán su vida á vuestra ciencia y buen corazón.

Pasó el resto de aquella noche, y al día siguiente se adornaron los edificios de Ecija, se proclamó á Sancho IV y se vitoreó al conde de Lara. Después llegaron el príncipe Muza, su inmensa cohorte de caballeros, y hasta diez mil jinetes árabes, los cuales fueron alojados inmediatamente.

Pedro el Temerario durmió sólo tres horas, y, ya levantado, continuó dictando disposiciones para que llegase á noticia de todos sus amigos y parciales su nueva aparición en campaña. Nombró una comisión, compuesta de caballeros de Ecija, para que se encargara de adquirir provisiones para el ejército y alojamiento para los que había y fuesen viniendo, y pasó á la estancia de Fátima, donde permaneció hasta que le avisaron el arribo del príncipe granadino. La huri estaba ya levantada cuando se anunció Pedro, y se hallaba tan hermosa y risueña como la más bella ilusión. Lucía un precioso traje oriental, construido en horas, y al ver á su amante le alargó una mano, que él estrechó con delirante cariño. Llegado Muza, despidió la damasquina á su galán con las siguientes y significativas frases:

—Generoso cristiano, parte á saludar al noble príncipe, que tiene aprisionado en un calabozo á mi anciano y desvalido padre.

—Adiós, prisionera de ayer; tu espléndido amante te dará un día de ventura por cada instante de sufrimiento que te atormentó en esta torre, de la que ya eres dueña y señora.

—Habla al príncipe de los que dejó en Granada.

—Lo haré.

—Y de las prisiones.

—También.

—Y de los prisioneros.

—¡Pues no!

—Préstale tu hidalguía.

—Sí.

—Que no te olvides.

—Que no.

—Vuelve pronto.

—Pronto, sí.

—Llevas mi corazón, mis pensamientos, mi vida; si tardas, ¿qué será de la dueña de esta torre, de la prisionera de ayer?

—Dejo aquí mi alma, la luz de mis ojos, el encanto de mi existencia; si tardase, ¿qué sería de mí, ciego, sin alma y sin vida.

—Son las diez.

—A las once también me verás.

—¡Una hora!

—¡Un siglo!

—Adiós, valeroso y espléndido Lara.

—Adiós, perla de Oriente; la más bella de todas las perlas.

Y una tierna y risueña mirada terminó el cuadro de despedida de los dichosos amantes.

Lara entró en su habitación, estrechó á su amigo Muza y hablaron sobre los acontecimientos pasados y los que se preparaban para el porvenir. El príncipe admiró más la generosidad de Pedro al perdonar á sus enemigos, y muy particularmente al infante, que al comprender la osadía y habilidad de que fué acompañada la sorpresa y toma de la ciudad de Ecija y de la fortaleza de Ismael. Luego le dijo el Temerario:

—Según pude deducir de tus explicaciones sobre el estado y suerte de Mahomad Zegri, éste conserva la vida debido á tu mucha bondad.

—A la tuya, cristiano. Pasado el primer momento de ira, comprendí que te sería dolorosa la muerte del padre de tu amada, lo encerré en una prisión é influí con mi hermano para que no se instruyera nuevo sumario. Gran trabajo me costó conseguirlo, pues el califa, lleno de indignación, quería que muriese al instante.

—¿Le has visitado en su encierro?

—Dos veces.

—¿Está resignado?

—Sí. Ha variado completamente; dominó su carácter irascible y está humilde, conforme con su suerte y pesaroso de lo que hizo; pasa el día rezando y besando un retrato de Fátima.

—Muy bien. Noble Muza, tú eres mi verdadero amigo, ¿es verdad?

—Me ofende la duda, conde.

—Me alegro; yo también lo soy tuyo, y ¡ay del que atente contra tí mientras yo viva!

—Así lo creo.

—Príncipe, la amistad impone deberes muy sagrados.

—Pídemelo que quieras, no repares en nada, cristiano; proporcióname la dicha de complacerte; te daré las gracias y te viviré reconocido.

—Deseo de tí un señalado favor.

—Habla.

—Quiero que esta tarde partamos á Granada, consigamos de tu hermano la libertad del Zegrí, una completa rehabilitación y que le acompañemos á Mollina.

—¿Y D. Sancho?

—Puede defenderse todavía un mes, y en cuanto sepan unos y otros la sorpresa de esta noche y la gente que ya me obedece, desaparecerá todo peligro para la plaza. Los tuyos quedarán aquí bien alojados y al mando de Abenamar; y mientras nosotros dos volvemos, Lázaro, mis amigos y caballeros, reunirán las fuerzas que estoy esperando, organizarán el ejército y sin pérdida de tiempo marcharemos á Córdoba.

—¿Cuándo partimos?

—A las doce.

—Falta solo una hora.

—Sobra la mitad.

—Al pie de las murallas de estas torres te espero.

—Sí; trae la escolta que nos ha de acompañar; yo sólo llevé á mi escudero.

—Que Alá te guarde.

—El cielo te proteja, mi noble amigo. Dí á Abenamar que deseo estrechar su mano.

Salió el príncipe, entró Lázaro y Pedro le dijo:

—Rueda, para el medio día un caballo árabe, mi escudero dispuesto á partir, una espada, gorra y manto blanco. Voy á Granada en paz; volveré después de pasado mañana; te quedas en mi lugar; sabes cuanto tienes que hacer, y si no te basta con el día, no duermas; pero que no me echen de menos. ¡Te quedas con Fátima!

—¿Quién más te acompaña?

—El valiente Muza.

—¿Qué vas á hacer?

—A poner en libertad al padre de mi hurí.

—Y ese fiero Zegrí, ¿no tornará á ser malo?

—Espero que no.

—Parte cuando quieras, que no harás falta.

—Llévame el manto, la espada, gorra y oro á la estancia de Fátima. Cuando regrese Isac de los hospitales, encargadle de mi parte que no nos abandone.

Y salió el conde, se sentó al lado de su amada y la contempló con ternura; ella le preguntó.

—¿Cuánto tiempo vas á estar á mi lado?

—Poco.

—¡Siempre lo mismo! ¿Y esta noche?

—No te veré; ni mañana, ni el otro.

—¿Ya partes á la guerra?

—No.

—¿Por qué me abandonas?

—Porque tú lo quieres así.

—¿A dónde vas?

—A Granada.

—¿Con quién?

—Con Muza.

—¿Cuándo regresas?

—Después de pasado mañana.

—¿Quién queda en tu lugar?

—Lázaro.

—¿A qué hora partes?

—A las doce.

—¡Otra vez sola, sin tí, sin vida!

—¿Quieres que me quede?

—No; salva á mi padre.

—Lo haré.

—¡Qué bueno eres!

—Mejor eres tú.

—No.

—Sí.

—¿Volverá contigo Mahomad?

—Lo que tú quieras.

—Tú eres mi dueño; déjalo en libertad, y haz después lo que te parezca; te advierto que he cesado de tener voluntad para contigo.

—Basta con la mía.

—Me alegro.

—¿Eres feliz?

—Sí; hoy soy dichosa.

—¿Nada deseas, nada me pides?

—Que vuelvas pronto.

Media hora después entró Lázaro, le ciñó

al conde la espada y daga, le puso su manto y gorra, le dió oro y le dijo:

—Las doce; el caballo está ensillado y Correa te espera.

—¡Adiós, Fátima! ¡Lázaro, Alí, cuidad de ese ángel!

Y salió de allí, montó en su alazán, cruzó el puente de la fortaleza y se incorporó con Muza, que al frente de doscientos caballeros llegaba en aquel momento con Abenamar. Este y el conde se estrecharon cariñosamente, luego se despidieron y un minuto más tarde corrían los doscientos tres jinetes en dirección de Granada. Un aplauso general se oyó en la línea de montañeses, por donde acababa de atravesar Pedro, y un grito unánime, atronador, dijo:

—¡Viva el conde de Lara, el más valiente de Castilla!

Exclamación que fué repetida en las calles y en las plazas de Ecija por los amigos, parciales y vasallos del Temerario.

Lázaro Rueda quedó haciendo las veces de Pedro, según hemos dicho, lo cual le proporcionó un continuado trabajo que le ocupaba de día y lo desvelaba de noche. El señor de Marcia, ansioso de vengar las villanías hechas é intentadas en la persona de su querido Lara por los partidarios de Alonso X, organizaba el gran ejército, confiado ahora á su cuidado; dictaba órdenes, disponía alojamientos y multiplicándose, según la actividad y hechos que practicaba, pues se hallaba en todas partes, todo lo veía, lo examinaba y nada encontraba imposible. Reconocidos los depósitos que el enemigo tenía en Ecija, dió con un botín fabuloso donde había mucho oro, bastante plata, cascos, corazas y el vestuario suficiente para diez ó doce mil hombres. También se hizo con un gran almacén de provisiones destinadas al ejército, sitiador de Córdoba. Lázaro guardó el dinero en las arcas del conde, distribuyó entre sus montañeses las ropas, armó á varias compañías con trajes completos de guerra, montó á dos mil selvícolas con otros tantos caballos cogidos á los de la plaza, y todo esto lo verificaba sin olvidarse de los heridos de una parte y de

otra, de los prisioneros, á los que nada les faltaba; de D. Juan ni de Fátima. Rueda, en fin, sin el barniz que cubría antes su piel, ostentando ahora una preciosa armadura con su escudo de armas, tenía ya escudero, criados y el correspondiente tren; y así corría por todas partes, llenando de admiración á sus compañeros de la torre, los cuales no podían explicarse la transformación del tosco y gangoso aragonés. El vigía de Fátima, con los doce soldados y el jefe que se vendieron á él, estaban en libertad, y los catorce recibieron una generosa recompensa de Lázaro y la orden de marchar al punto que tuviesen por conveniente.

Pasado el primer sobresalto, se tranquilizó el infante D. Juan; y comprendiendo que Lara respetaba su vida, continuó mejorando, y con la esperanza de recobrar una libertad que él no hubiera concedido nunca al más insignificante de sus enemigos. Pero no podemos menos de declarar que la presente generosidad é hidalguía del conde de Lara había ejercido un influjo poderoso en su duro y corrompido corazón.

Fátima halló otra vez su antigua servidumbre, compuesta de damas y de esclavas; sus trajes, alhajas y perfumes, y tornó á ser la seductora y engalanada sultana que admiraban los árabes, los cristianos y hasta los hebreos. Durante la corta ausencia de Lara, se entretenía en conversar con Alí, que no se separaba de ella más tiempo que aquel en que la damasquina dormía, en tocar su lira, entonar canciones orientales, que atraían en torno de su habitación á los jefes y vasallos de su amante, y en hablar, aunque poco, con el infatigable Rueda, el cual la llamaba hija y sin reparo alguno de vez en cuando estampaba un tierno beso en su casta, hermosa y pura frente.

D. Alonso supo, por fin, el restablecimiento de Lara y la noticia de su triunfo en Ecija, y éste y casi todos los suyos temblaron á la sola idea de «el Temerario está en campaña»; mientras que Sancho IV, su esposa, amigos y parciales, cobraron bríos y se aprestaron á vencer al poderoso enemigo que los sitiaba.

CAPITULO XXX

El califa Mahomad II al fakir, emir al Mumenin. — El calabozo. — Mahomad Zegri. —

A Ecija.

Lara, Muza, sus doscientos caballeros, y el escudero del conde, corrieron sin detenerse más que el tiempo preciso para tomar el alimento indispensable, hasta que penetraron en Granada. En su larga travesía tardaron sólo diez y seis horas, si bien dejaron en el camino algunos caballos, los cuales cayeron reventados por tan penosa fatiga. De modo, que entraron en la metrópoli morisca á las cuatro de la madrugada del día siguiente al en que salieron de Ecija. Llegaron, pues, al palacio de Muza, y éste y Lara durmieron hasta las nueve de la mañana, hora en que se vistieron y anunciaron su visita al califa para el medio día. Luego almorzarón, y concluido este acto, montaron á caballo y salieron del palacio. Pedro no había visto á Granada, y el príncipe quiso que recorriese sus calles principales, y que admirase los encantos de aquella ciudad, salpicada de jardines, de hermosas fuentes, y de palacios árabes. Lara vestía un precioso traje de corte, cubría su cabeza un birrete con pluma encarnada, y en su ligero y finísimo manto ostentaba la roja cruz de Calatrava. Los moros le miraban con asombro, pero al reparar en Muza cruzaban los brazos y les saludaban con el mayor respeto, exclamando para sí:

—Bueno será ese cristiano cuando le acompañe el hermano del califa.

Y abriéndoles paso, y después de recorrer y admirar Lara la arabesca y poética Granada, llegaron ante las murallas de la Alhambra, la cual acababa de ser construida.

Pedro el Temerario conocía el lujo y la esplendidez que los mahometanos usaban en sus ricos palacios, pero al dar frente al famoso Alcázar de Mahomad II, quedó parado y sorprendido, mirando la magnificencia de tan opulento edificio. A la presencia del príncipe se bajaron los puentes,

y los dos amigos cruzaron las dos cercas de muros que defendían la Alhambra; atravesaron un paseo amenísimo cortado por arroyuelos que corren entre los grupos de árboles, entrando en una torre cuadrada y voluminosa que se llama la Puerta del Juicio. Hasta penetrar allí, habían ido subiendo cuestras, pues esta fortaleza de los califas está situada sobre una de las dos colinas que tiene Granada dentro de sus muros. Muza y el conde echaron pie á tierra, cruzaron dos poéticos patios, uno de los cuales, titulado el de los Leones, y que tiene cien pies de largo y sobre cincuenta de ancho, volvió á sorprender á Lara, por las bellas columnas que lo separan de una galería, cuyas paredes y techos están revestidos de oro, azul y estuco, formando preciosos arabescos, entre mil florones, y una variedad de ornatos que contempló cada vez mas admirado.

Por fin subieron el granadino y el montañés, y llegaron á uno de los salones principales, se hicieron anunciar, y momentos después los recibió el califa, el cual se hallaba acompañado de un emir y de varios caballeros de su Corte. Mahomad II era alto, delgado, de fisonomía agradable y expresiva, mirada penetrante y maneras finas y elegantes. Empezó por estrechar á Muza entre sus brazos, después saludó á Pedro con la mayor cortesía, le miró con atención, y esperó á que su hermano hablase. Este le dijo:

—Señor, tengo el honor de presentarte al más valeroso, al más noble y leal de cuantos cristianos he conocido; á mi amigo el conde de Lara, que viene á pedirte una gracia, la cual te ruego le concedas por él, por tí, por tu inagotable bondad; y en fin, señor, porque te lo suplica y pide un súbdito leal, que te ama y respeta como dueño é hijo del mismo padre.

Calló el granadino, Mahomad volvió á mirar á Pedro, y luego respondió:

—Por Alá, que no me pesa vuestra venida, pues mi hermano me favorece y el conde de Lara me honra; mas en vista de las últimas noticias que recibí de Castilla, os juzgaba sitiando á Ecija y asaltando la formidable torre de Ismael. Muy grande debe ser el empeño que os ha traído, para veros obligados á abandonar, aunque sea por poco tiempo, un valeroso ejército y una misión tan difícil como honrosa.

Lara, en buen árabe, le contestó:

—Gran califa, para tomar á Ecija y la torre de Ismael es necesario lo menos una semana, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien, yo me hice dueño de ambas en una hora para que me sobrase el tiempo necesario, á fin de tener el honor de conocer á tu alteza, ofrecerte mis respetos y perderte un señalado favor.

—¿Cristiano, en una hora has tomado la torre de Ismael y la plaza de Ecija?

—Sí.

—Entonces no eres temerario, sino un hombre para el que no hay imposibles.

—Puesto que tú lo dices, sea así, y espero que no encontraré imposibles en la gracia que vengo á pedir.

—Habla, conde; ¿quién podría negarte nada? Hoy no somos contrarios, te admiro, y tendré un gran placer en agradarte.

Lara quedó meditando, miró á Mahomad II, y con voz firme y segura le dijo:

—Señor, desde que tuve uso de razón hasta hace cuatro meses fui enemigo, primero de tu padre, luego de tí, de tu pueblo, de tu religión, de tus dominios. Durante trece años os hice la guerra día y noche, vencí á los tuyos cien veces, talé tus campos, y sembré en tus estados limítrofes á los míos la muerte, el espanto y la destrucción. Fui siempre, no obstante, generoso con los vencidos, afable con los humillados, cariñoso y caritativo con los heridos y prisioneros. Os atacué continuamente frente á frente, en igual combate, y jamás

perseguí á los que huían ó rendían sus armas. Enemigo eterno de los moros, constantemente luché con ellos, mas no hay uno de vosotros que pueda alegar una sola queja contra mí. Hoy soy vuestro amigo, guerreo á vuestro lado, y, ¡guay del que atente contra vosotros mientras Pedro de Lara defiende la misma causa! Ahora que



—Señor, tengo el honor de presentarte...

me conoces, que sabes lo que he sido y lo que soy, te voy á pedir una gracia, por la cual daría la sangre de mis venas. Señor, óyeme con la bondad de un generoso califa, y que el Dios de los ejércitos te premie el acto de piedad que deseo ejerzas en favor mío.

—¿Qué quieres, noble cristiano?

—Que perdones á Mahomad Zegrí, lo dejes en libertad, le devuelvas su antiguo poder, y le permitas que en la guerra pague sus delitos anteriores, ó se haga digno de tu aprecio y consideración.

El califa miró con asombro al conde, y luego le preguntó:

—¿No es ese terrible Zegrí el que, des-

pués de cometer varios crímenes, se sublevó contra mí, y os quiso asesinar varias veces?

—Señor, ni tu hermano ni yo recordamos lo que fué; sabemos solo que se halla en un oscuro calabozo, padeciendo horriblemente, é implorando en silencio tu piedad.

—¿Y te parece que hice poco al perdonarle la vida á ruegos de mi hermano?

—Sí; fué una grande acción practicada á medias, y los hombres grandes, los poderosos monarcas como tú, nunca dejan sus obras á la mitad.

—Cristiano, ¿que hicieron tus soldados con el infante D. Juan al asaltar la torre de Ismael?

—Por orden mía lo respetaron, sin que ninguno se atreviese á atentar contra su persona. Y si esto te parece poco, añade á tal acción, la de haber perdonado la vida á la mayor parte de los sicarios que lo defendían.

—Mucho hablan de tu nobleza, Lara, pero es muy poco lo que dicen de ella.

—¿Y cómo ha de ser menos que yo el gran califa de Granada?

—Perdono al Zegrí, y le concedo la libertad que desees; mas no le devuelvo su antiguo poder; sería darle un arma que podría mañana esgrimir contra tí y contra mí.

—Eso es dejar incompleta una grande obra, y demostrar al Zegrí un temor que tú no tienes, poderoso rey. Dale cuanto le has quitado, déjalo que ostente su opulencia y poderio; que si su pecho encerrase todavía ingratitud contra su noble amo, contra monarca tan magnánimo, te juro que la moharra de mi lanza hará pedazos su menguado corazón. Sepa el mundo que Mahomad Zegrí fué tan criminal como grande y generoso Mohamad II.

El califa gritó:

—Emir, una orden poniendo en libertad al jefe Zegrí, otra rehabilitándolo, y otra nombrándole alcaide de Mollina. ¿Qué más quieres, cristiano?

—Que dispongas de mí, de mi sangre, de mis vasallos, de mis tesoros.

—Gracias, sólo te exijo la honra de que comas hoy á mi lado.

—Esa es otra merced más que te debo, señor.

—Hasta luego, conde; á las cuatro te espero en mi mesa.

—No faltaré, y que Dios te premie el bien que acabas de otorgarme.

Salió el califa seguido de sus cortesanos, y quedaron Muza y Lara en el salón. Poco después volvió el emir, y le entregó al segundo tres pergaminos que contenían las órdenes firmadas por Mahomad II: el generalísimo se retiró, y el conde, rebosando alegría, le dijo á su amigo:

—Príncipe, ¿me das un guía que me acompañe al encierro del Zegrí?

—Sí: ¿Cuándo quieres volver á mi lado?

—A las cuatro.

—¿Cuándo partiremos?

—En la madrugada próxima.

—¿A dónde voy á buscarte á aquella hora?

—Al calabozo de Mahomad.

—Está bien: pon en libertad al preso, y cuando tú lo dispongas, que marche á mi palacio, donde le tendran preparadas estancia, mesa, ropas y cuanto necesite. Fuera del encierro esperarán dos caballeros de mi escolta para acompañarlo á mi casa.

—Gracias, amigo mío.

Y salieron de allí. Muza dió la orden para que dejasen al preso á la disposición de Lara, y partió en busca de su hermano.

El conde siguió á un capitán de guardias del califa, el cual le hizo bajar por una escalera estrecha, oscura y de difícil pendiente; luego entraron en un pasillo angosto y largo, descendieron por otra escalera mas estrecha y más oscura que la anterior, y penetraron en un callejón húmedo, y alumbrado por un farolito que había sobre la puerta de hierro de un calabozo situado al extremo de aquél. Al llegar allí se detuvo el jefe, y le dijo:

—Esa es la prisión, y aquí tienes las llaves. ¿Quieres algo más?

—Gracias, puedes retirarte cuando gustes.

El moro saludó, y marchó por donde había ido. Lara miró las dos llaves que le entregaron, cogió la mayor, la introdujo por la cerradura de la férrea puerta, abrió ésta, se guardó aquellas, y entró. ¡Un cuadro, el más triste y desgarrador se presentó á sus ojos! El poderoso Mahomad

Zegri, el gran moro, el altivo alcaide ó gobernador de Mollina, se hallaba amarrado con una gruesa cadena, sentado sobre un misero y duro jergon, leyendo á la opaca luz de una ennegrecida lámpara un capítulo del Korán. El padre de Fátima estaba completamente calvo, tenía el rostro demacrado, su mirada era vaga y triste, su cuerpo había enflaquecido, y su altiva frente presentaba ahora la humildad y resignación de un mártir. El calabozo era pequeño, brotaba la humedad por su suelo, las paredes estaban completamente negras, despedía fetidez, y no contenía más objetos, á los ya dichos, que un jarro de agua y unos mendrugos de pan. El preso cubría sus carnes con un tosco sayal, muy áspero y ennegrecido por el uso.

Mahomad se hallaba tan absorto cuando penetró allí Lara, que no notó su presencia. El conde lo miró con mucha compasión, observó su triste estado y la misera condición á que le redujeron sus crímenes, recordó que era el padre de su amada, y con acento tierno le dijo:

—Mahomad Zegri, alza tu frente y mírame.

El preso se estremeció al escuchar aquella voz, se fijó en el conde, y le contestó:

—Noble cristiano, si continuas siendo tan bueno como malo fui yo para tí, te suplico que olvides mis faltas, me perdones mis delitos, y me digas qué es de de mi querida hija, de mi pobre Fátima. Contéstame, y que entre luego el verdugo, si es que vienes á anunciarme mi sentencia de muerte.

Lara se fijó nuevamente en él, y asomando á su rostro la compasión mezclada de ternura, le respondió:

—Veo con placer que estás arrepentido de tus pasadas faltas, y que, al parecer, puedes todavía ser bueno y hacer la felicidad de algunos de tus semejantes.

El preso inclinó la cabeza, meditó, y con acento melancólico le dijo:

—Cristiano, para mí solo guarda el mundo un calabozo, y á falta de éste, el verdugo y el patíbulo. ¡Ay, si al menos consiguiera el perdón de tí, de mi hija y de aquellos infelices que he ofendido, moriría tranquilo!... ¡Mas, todos me aborrecen; hasta mi hija me maldecirá!

Y rodaron por las descarnadas mejillas

del anciano árabe varias lágrimas que el conde miró con dolor. El altivo, el irascible Mahomad Zegri era ya únicamente un pobre viejo atormentado por crueles remordimientos; estaba ansioso de morir y creído que iría al otro mundo llevando delante y en pos la maldición del género humano. El hidalgo Pedro se acercó á él y abriendo el candado que lo amarraba á su cadena, arrojó ésta lejos de sí, y se sentó en el lecho. Asombrado el prisionero, le preguntó:

—¿Qué haces, conde de Lara?

—Dejarte libre de esos pesados hierros para que puedas hablar con mas comodidad.

—Noble señor, si el califa sabe lo que acabas de practicar, te puede costar la vida. Vuelve esa cadena á su sitio, y no te comprometas por un hombre que sólo merece tu desprecio.

—Mahomad, muy pocos son los seres que no han delinquido; los que se arrepienten y enmiendan deben ser perdonados y hasta queridos de aquellos á quienes ofendieron.

—¡Yo no puedo esperar de mis semejantes ese bien!... ¡Fuí muy malo!... Mis crímenes no serán nunca olvidados, ni á ellos se acercará jamás la caridad de los hombres!

—Anciano, yo te he perdonado, y Muza, y el califa: tu hija te ama, te espera, y eres otra vez el alcaide de Mollina, el poderoso señor de vidas y haciendas. Alza la frente, enjuga esas lágrimas que bañan tu rostro, dale á Dios las gracias, y hazte digno de los beneficios que acabas de obtener. Ahí tienes la prueba de lo que te he dicho.

Y le alargó las tres órdenes que le entregó el emir. Mahomad las cogió, se enteró de su contenido, besó las firmas, y prorrumpió en un llanto hijo del placer que sentía: luego alzó los brazos, y agitado por una convulsión indescriptible, exclamó:

—¡Lara, hijo mío, así tratas á tu asesino, al cobarde que tan villanamente atentó contra tu vida!... ¡Qué he hecho yo nunca para merecer este premio!... ¡Qué corazón es el tuyo, hombre el mas leal, generoso é hidalgo que existe!... ¡Me va á matar la alegría!... ¡Permíteme, señor; deja que bese tus piés; que riegue con

llanto la ropa que te cubre!... ¡Que aspire aliento puro y pueda comprender lo que vales, lo que has hecho por mí!

Y el infeliz anciano forcejeó con Lara hasta que consiguió besar sus manos y pies; regando con sus abundantes lágrimas el manto blanco del nazareno. No pudiendo sufrir por más tiempo el noble conde la emoción que le causaban las palabras y actitud del Zegrí, lo cogió por debajo de los brazos, lo levantó en alto, y cuando lo tuvo de pie le obligó á que apoyara la cabeza sobre su pecho, y teniéndole abrazado le dijo:

—Llora, musulmán; desahoga tu corazón, que con esas lágrimas salen y huyen lejos de tí tus delitos.

—¡Hijo, voy á morir de placer! ¡Yo no quiero honores, riquezas ni poderío; todo lo desprecio, yo sólo ansío vivir á tu lado, contemplarte, bendecirte, imitar tus acciones y ser tu esclavo mientras dure mi existencia! ¡Hijo, hijo mío, no me niegues esta gracial!...

—Si lo deseas, vivirás cerca de mí y de tu hija Fátima; de ese ángel tan santo como el sér más privilegiado por Dios.

—¡Mi hijal... ¡Viviré al lado de mi hija!... ¡Poder besar su casta y pura frente!... ¡Oír su voz y mirar sus hechizos!... ¡Ah, me hace más daño esta dicha que los pesados hierros que me has quitado!

En este instante se oyó una voz dulce y amiga que, dirigiéndose al Zegrí, le dijo:

—Bien, Mahomad, muy bien; te has hecho digno del perdón que debes al conde de Lara, y yo me felicito de ello.

Era el valiente Muza que á la puerta de la prisión había escuchado desde el principio la escena que estaba teniendo lugar, y no pudiendo contenerse por más tiempo, expresó las frases que acabamos de oír. Mahomad se acercó á él y cayó de rodillas á sus pies; mas entre éste y Pedro lo levantaron y quedaron los tres aprazados, llorando el uno y tan conmovidos los otros, que en más de diez minutos no halló ninguno nada que decir. Por fin se fueron serenando, y haciendo uso de la palabra el Temerario, exclamó:

—Tranquilízate, padre mío, que pueda perjudicar á tu salud el terrible estado en que te hallas; recuerda que tu hija suspi-

ra por tí y que te espera con los brazos abiertos.

La memoria de Fátima hizo alzar la cabeza á su padre; cesó de gemir, y dijo:

—Sí, tienes razón; corramos en busca de mi hija.

—Antes—le replicó Muza—es preciso que vayas á mi palacio, te tranquilices, te vistas según tu clase y te despidas de mi hermano.

—Sí, es necesario que yo vea al califa; tengo precisión de hablarle; pero ahora, amigos míos, quisiera que me enteráseis del estado político de los reinos de Castilla y de Granada. Ya veis que me voy serenando y que puedo oíros sin violencia.

Lara entonces le reasumió cuanto había pasado y estaba próximo á ocurrir, no omitiendo el robo de Fátima, sus consecuencias y el feliz resultado de aquel terrible hecho. Durante el relato del conde prorrumpió en llanto nuevamente el Zegrí, exclamando á cada momento:

—¡Yo tengo la culpa de que se verificase ese rapto, de que la guerra civil haya tomado ese incremento, de que hayas padecido tanto, hijo mío; de que mi pobre Fátima estuviese expuesta á ser deshonrada y muerta!... ¡Yo, el más vil de los hombres!... ¡Yo, el autor de todos los males que afligen á Castilla!

El príncipe y su amigo procuraron distraer á Mahomad, consiguiendo al fin volverlo á tranquilizar en parte. Después lo acompañaron hasta la puerta de la Alhambra, y desde allí, entre dos caballeros alabes, partió al palacio de Muza, donde le dieron cuanto le hacía falta. El granadino y el montañés subieron al alcázar, preguntando el último:

—Creo, amigo mío, que te has adelantado á la hora en que habíamos convenido, ¿no es cierto?

—Sí; comprendí lo violento de la escena que estabas presenciando y corrí en tu auxilio; tengo, además, otro pensamiento que me lo has de agradecer. Mi hermano nos espera para comer en el Generalife son las tres nada más, y durante esa hora que nos resta quiero que conozcas la nueva y opulenta morada que el califa acaba de construir, y que es, indudablemente, la primera del mundo.

—Sí, veamos esta encantadora mansión que ya he empezado á admirar.

Y los dos amigos fueron examinando habitación por habitación, patio por patio, deteniéndose en el Mesuar, en el patio de los Leones, en los baños del rey, de la reina y de sus hijos, en el gabinete de la segunda; subiendo, por último, á la parte más alta de la Alhambra, desde donde vieron el panorama más pintoresco del orbe. Granada, la ciudad más poética del mundo, se extendía á los pies del alcázar moruno, salpicada de fuentes, jardines, palacios y mezquitas. Las aguas del Darro y del Genil rodeaban la Alhambra, y una hermosísima y dilatada vega circundaba el palacio y la ciudad, embalsamando con el azahar de los naranjos y el aroma de las flores la suave brisa que, juguetona, corría besando las hojas de los árboles y las preciosas frentes de las granadinas. Lara contemplaba con asombro aquella grandiosa obra de Dios, embellecida por el arte, y exclamaba á cada momento:

—¡Este es el paraíso terrenal!

A las cuatro en punto montaron á caballo los dos amigos, salieron de la fortaleza, y poco después subieron al monte donde se hallaba el famoso jardín del Generalife. Este nuevo, suntuoso y poético palacio era la casa de campo destinada por el califa para pasar en ella la primavera y los días en que deseaba descansar de los asuntos de Estado; era por el estilo de la Alhambra, más pequeño; pero tan suntuoso como aquel alcázar.

El rey, la reina y toda la familia real recibieron en un salón principal á Pedro el Temerario, le hicieron sentar, le contemplaron con cierta admiración, exclamando el califa:

—Aunque hemos sido enemigos, tenía muchos deseos de conocerte y hablar contigo, pues la fama de tu valor, talento y temeridad corren por el mundo, sin que nadie se atreva á empañarla.

El conde, siempre modesto, observador y cortés, contestó demostrando el agradecimiento que le inspiraban las lisonjeras frases del monarca musulmán, excitando el agrado de todos los individuos de la familia real, pues creyeron hallar en él un hombre altanero, de modales bruscos y de terrible mirada, y se encontraron con un

cumplido caballero, fino, atento, cortés, dulce en el mirar, tierno en sus frases y que hablaba el árabe con la misma facilidad y conocimiento del idioma que los maestros de Granada. Discutieron, pues, sobre la guerra, la corte, la situación de Mahomad, su arrepentimiento, y, por último, pasaron al comedor, donde comenzaron á servirles los manjares más exquisitos que se conocían; tenían delante vinos y licores de Italia, de Alemania, de Francia y de Cataluña, de los que sólo el Temerario probaba; el rico faisán, jabalí, frutas de Oriente y todo aquello, en fin, que era posible transportar á Granada desde los países más lejanos. Cuatro pebeteros exhalaban gratos aromas y embalsamaban aquella deliciosa mansión, mientras dos músicas entonaban alegres melodías, formando armoniosos acordes con la unión de los instrumentos modernos y los antiguos cistros, tiorbas y chirimías. El rey, la reina, los príncipes y las preciosas huries que tenían la misma sangre que el califa, obsequiaban á Lara y éste devolvía tan delicadas atenciones con tiernas y sentidas frases, que halagaban á los individuos de la real familia.

Por último, concluyó la comida, y después de pedir y obtener el conde permiso para retirarse y volver á las nueve de aquella noche, con objeto de presentar á Mahomad y despedirse, salió de la sin igual morada de encantos acompañado de su amigo Muza.

Eran las siete de la tarde cuando el granadino y el castellano corrieron hasta entrar en Granada por un inmenso bosque de naranjos, limoneros, arrayanes y multitud de otros árboles, que embellecían y poetizaban los alrededores del pueblo rival de la más pintoresca ciudad de Oriente. Penetraron, pues, en el palacio del príncipe, se apearon y fueron en busca del anciano Zegrí; mas éste, según les dijeron, llegó, se puso nuevas vestiduras, y cuando se hubo aseado lo necesario marchó solo á la gran mezquita. Muza dió algunas órdenes, y cogiéndose del brazo del conde, se dirigieron al sitio donde estaba Mahomad, diciéndole:

—Mientras hallamos á ese anciano, daremos tiempo á que mi hermano regrese

á la Alhambra, y al propio tiempo verás otra maravilla del arte.

—¿Vuestra gran mezquita?

—Sí, el primer templo del mundo.

—¿Mejor aún que el de Córdoba?

—Aquel fué superior á cuantos existían y puedan existir; mas vosotros los cristianos tenéis un placer en destruir lo grande y bello que no es de vuestra religión ó de vuestros usos y costumbres. Pero hoy no tiene rival el de Granada.

—¿Y no está prohibida la entrada á los cristianos?

—Para tí no, puesto que voy yo en tu compañía.

—Es que no tengo pantuflas, ni tengo la costumbre de andar descalzo.

—Entra como quieras que nadie te dirá nada.

En este momento dieron vista á la mezquita y penetraron en ella. Lo primero que hallaron á su paso fué una gran verja que atravesaron, entrando luego en un deliciosísimo jardín poblado de árboles altísimos y de una gran corpulencia; éstos formaban calles, por entre las cuales corrían arroyos cristalinos, en cuyas márgenes se elevaban bosques de rosas de muchas clases y variedad de colores; mas á pesar de la poesía y belleza que allí había, infundía tristeza y recogimiento aquel lugar, sobre cuya superficie penetraban con dificultad los rayos del sol, pues les cerraba el paso la gigantesca arboleda de que estaba poblado. Después entraron en un gran patio salpicado de cipreses, y en cuyo centro existía un estanque, y en medio de éste se alzaba una preciosa fuente de mármol. A este sitio llamaban los granadinos «El Lavatorio», y desde el cual penetraron los dos en el templo. Cuatro grandiosas naves se presentaron á la admiración de Pedro, ochocientas columnas y más de mil lámparas. El piso, las paredes, las bóvedas, todo, en fin, era de jaspe y mármol; y la plata y el oro lucía en relieves, arañas, mosaicos y adornos de cien clases y con una variedad sorprendente. El conde quedó nuevamente maravillado, y como absorto, contempló largo tiempo la magnificencia oriental que tenía ante sus ojos. El príncipe dejó á su amigo que reconociera á su

antojo la mezquita, se postró en tierra y oró.

Cuando Pedro se cansó de estudiar el arte sarraceno, miró en torno y vió cerca de él á Mahomad que, humillado hasta el punto de estar su frente tocando con el mármol del pavimento, bañaba éste con las muchas lágrimas que vertían sus ojos. El Zegrí se hallaba practicando uno de esos actos de fervorosa contrición que son indescriptibles. Lara le estuvo observando largo rato, viendo con placer el verdadero y gran arrepentimiento del padre de su amada. Poco después se acercó Muza, dió un golpecito en el hombro de Mahomad, y comprendiendo éste la indicación, alzó su frente, exhaló un suspiro, se limpió los ojos y se puso en pie. Luego salieron los tres de la mezquita y se dirigieron al real alcázar. Eran las nueve en punto de la noche, y el anciano, apoyado en Pedro de Lara, caminaba con paso lento, como meditando, si bien de vez en cuando alzaba los ojos al cielo y suspiraba.

Llegaron por fin á la Alhambra, se anunciaron y acto continuo penetraron en la cámara del califa; éste los recibió solo y de pie; al verlo el Zegrí, cayó á sus pies llorando y prorrumpiendo en estas exclamaciones:

—¡Perdón, gran señor; perdona á este miserable que tanto te ha ofendido!... ¡Cómo podré yo pagarte el bien que me has hecho!... Gracias, amo mío, y que Alá te premie la inagotable bondad que germina en tu corazón.

Y á todo esto besaba los pies del califa, daba fuertes gemidos y corrían las lágrimas por sus mejillas. El rey le obligó á que se levantara, y cuando vió que se había tranquilizado algo, le dijo:

—Mahomad, el bien que te he hecho solo lo debes al conde de Lara; con cien vidas no podrías pagarle el interés que se ha tomado por tí, la bondad con que te ha tratado.

—Los tres habéis sido ángeles para mí; ¡yo sólo soy aquí el miserable, el infame, el villano, indigno de vuestra consideración!... Sé, gran señor, lo que ha hecho por mí este noble é hidalgo mancebo; por él acepto la libertad que me ofreces, mis honores y riquezas; mas no así el poder que

me otorgas sobre tus vasallos de Mollina; ruego á tu Alteza retires ese pergamino y me permitas concluir el resto de mi débil existencia pidiendo á Alá me perdone, haciendo el bien de mis semejantes y contemplando á mis hijos el conde y la futura condesa de Lara. Yo no puedo mandar á nadie, mis riquezas son para mis hijos; á mis ojos les queda que ver muy poco, que llorar mucho; y á mi voluntad no le resta otra cosa que obedecer. ¡Poderoso señor, no me niegues esta gracia!

—Conde de Lara, ¿qué hago?—preguntó el califa.

—Ruego á tu Alteza le concedas lo que pide. Vivirá á mi lado y se hará digno del perdón de Dios y de tu aprecio.

Y Mahomad II cogió el pergamino que le alargaba el Zegrí, replicando:

—Sea así, puesto que ambos lo queréis.

Después hablaron los cuatro del porvenir, se despidieron del rey, de los individuos de su familia, y, por último, partie-

ron al palacio de Muza, donde descansaron hasta la madrugada del día siguiente que montaron á caballo y se dirigieron á Ecija. El anciano criminal Zegrí, arrepentido ahora y muy agradecido á los inmensos beneficios que debía á su futuro hijo político, contemplaba á éste con fraternal cariño, besaba continuamente sus manos, lo bendecía y se alegraba cuando el conde reía. Desde el momento en que Mahomad salió de la Alhambra, cenó y descansó, parecía que comenzaba á rejuvenecerse su demacrado rostro; sus lágrimas se fueron secando y cobró fuerza su entumecida musculatura. Montó pues, á caballo, y dando la derecha al príncipe, corrió al pronto con alguna incomodidad, y luego con la soltura y seguridad de un hábil jinete. De este modo llegaron á Ecija, tardando veinte horas en la travesía, y sean cuatro más que emplearon á la ida el granadino y el castellano.

CAPITULO XXXI

Padre é hija.—Gran revista.—A Córdoba.

Eran las doce de la noche cuando Lara, Muza, Mahomad, Correa y caballeros de la escolta entraron en la torre de Ismael, después de ser reconocidos varias veces por las avanzadas y cuerpos de guardias que vigilaban y defendían la ciudad y la fortaleza. Al pie de ésta se despidió el príncipe y partió á su alojamiento; el conde y el anciano Zegrí subieron al castillo y anduvieron por él hasta entrar en las habitaciones de Fátima. La preciosa huri los esperaba aquella noche y se hallaba en estos momentos vestida, rodeada de sus damas y más hermosa que nunca. Su estancia tenía el pavimento alfombrado con hojas de flores, dos pebeteros exhalaban deliciosos perfumes y cuatro arañas alumbraban profusamente aquel recinto. Por último, se abrió su gótica puerta y apareció Mahomad seguido de Pedro.

—¡Padre mío!...

—¡Hija del alma!...—exclamaron, y la huri y el anciano se estrecharon, prorrumpieron á llorar y continuaron así bastante tiempo.

El conde los contempló sin desplegar sus labios, hasta que, pasados aquellos primeros instantes de ternura, le dijo á su amada:

—Adios, Fátima, consagra la noche á tu padre; mañana me concederás á mí una hora.

Y los dos le alargaron sus manos, exclamando:

—Descansad, noble señor.

Pedro se retiró á su estancia, habló con Rueda, Isac y varios de los grandes y principales jefes de su ejército; y por último, después de ser reconocido por el mago, se acostó y durmió tranquilamente. Sus heridas estaban perfectamente cic-

trizadas, y su naturaleza de hierro parecía fortalecerse cada día más.

A la mañana siguiente, vistieron á Lara, y acto continuo se dispuso á salir; mas al ir á verificarlo entró uno de sus caballeros, y le dijo que el infante deseaba hablarle. Pedro, admirado, le preguntó:

—¿Qué quiere de mí ese hombre?

—Lo ignoro, señor, replicó el otro; pero continuamente pregunta por vos, y al saber hoy vuestro regreso, me ha encargado participaros su gran deseo de que os dignéis recibirlo.

queja, viejo astuto y sagaz; tus sesenta años no han corrido sin provecho.

Lázaro se sonrió, y le replicó:

—Viejo ¿eh? Si me hubiese hallado contigo el día que te hirieron, acaso, acaso librases mejor.

—Sí; tus huesos, al cabo de tantos años, serán de hierro, y pudiste muy bien servirme de escudo.

—¿Te has empeñado en suponer que soy viejo!...

—Y tú en dar por hecho que eres joven.

—Y tengo razón.

—Rueda, cuando yo nací contabas ya lo menos treinta y cinco años, aumenta veinticinco y medio, y...

—Ni había cumplido entonces los veinticuatro. Si era un muchacho sin pelo de barba...

—¿Sabes, Lázaro, que te vas haciendo embustero?

—Tú tienes la culpa.

—Yo no miento nunca.

—Es verdad, mas por tí entré en esa torre, y allí...

—¡Cuánto te verías obligado á fingir, pobre amigo mío! ya me contarás esa historia, pues juzgo que será peregrina. Entre tanto, y en mérito á tus padecimientos en Ismael, te perdono tu monomanía de querer ser joven, y hasta te toleraré que digas con el aplomo de costumbre: «Voy á cumplir pronto cuarenta

años.»

Nuestros dos guerreros iban seguidos de varios jefes y caballeros; habían concluido sus reconocimientos, y en este momento entraban en la plaza principal de Ecija, con objeto de visitar á Muza y á Abenamar, que habitaban un palacio situado allí; más de pronto fueron sorprendidos por muchos ayes y lastimeros quejidos exhalados cerca de donde estaban. Pedro corrió al sitio, y vió con dolor á más



El conde los contempló sin despegar sus labios...

—Está bien: decidle que luego pasaré á su habitación.

Y sin detenerse partió, y fué visitando los hospitales, y uno por uno á todos los heridos, animándolos, y dejándoles palabras de consuelo, que ellos escuchaban conmovidos. Después reconoció los depósitos de provisiones y de armas, y satisfecho de cuanto veía, le dijo á su amigo Marcia, que le iba acompañando:

—Nada falta, ni encuentro motivo de

de doscientas personas escualidas, debilitadas por falta de alimento, y casi desnudas, que invocaban su nombre y le pedían amparo y protección. El noble y generoso joven penetró en medio de aquellos desgraciados, y con tierno acento les preguntó:

—¿Quién me llama? ¿Por qué lloráis? Yo soy el conde de Lara, el padre de todos los devalidos; pedidme lo que os haga falta.

A pesar de la escasez de fuerzas de estos infelices, se apiñaron en torno de Lara, besaron su manto, y en confusa gritería exclamaban:

—¡Pedro, señor! Tenemos hambre. ¡Todo nos lo han quitado! ¡Salvadnos! ¡Vos que sois tan bueno, amparadnos!

—¿Quién os ha robado? ¿Por qué estáis desnudos y hambrientos? Que hable uno solo.

A estas palabras callaron, y alzando su voz un joven de ardiente mirada, y el que, al parecer, se hallaba menos débil que sus compañeros, le dijo:

—Señor, estos que véis aquí, y muchos más que no han podido llegar, vivíamos en el campo labrando la tierra y ganando el sustento con el sudor de nuestra frente. Eramos felices, poderoso señor, porque somos honrados, y porque nadie atentaba contra nosotros: mas llegaron los bárbaros que manda el rey de Fez, se extendieron por nuestras tierras, talaron nuestros campos, nos robaron hacienda y honra, y tuvimos que huir, como véis, para no perecer. Si os hubiera de contar lo que han hecho, las infamias que han practicado, las tropelías cometidas, no acabaría nunca. Supimos que os encontrabais aquí, y como todos comprendemos lo bueno que sois, corrimos en busca del generoso señor en quien hoy se fundan nuestras esperanzas.

El rostro de Pedro se encendió á impulsos de la ira, y lleno de indignación, les preguntó:

—Es decir, que los parciales de Alonso X robando á los castellanos y deshonorando á sus mujeres é hijas, ¿no es eso?

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Con que esos miserables no son guerreros, son una horda de ladrones, no es cierto?

—¡Sí! ¡Sí!

—Pues por María y la Cruz que han de pagar caros sus delitos. Decidme, ¿y los soldados castellanos les ayudan en su tiránica empresa?

—¡Algunos! ¡algunos van con ellos!

—Pardiez que antes de ocho días estáreis libres de todos. Entre tanto, que os den ropas y alimentos y cuanto necesitéis: vos, Rodrigo, dictad las órdenes para que al momento se les facilite lo que acabo de mandar: y tú, señor de Marcia, redacta un bando llamando á cuantos desgraciados estén en el caso de éstos; incorpora los hombres al ejército, y déjalos que venguen los ultrajes que han recibido: á sus mujeres é hijos dales casa, alimento y ropas.

Y Lara entró en el palacio de Muza despidiendo fuego sus ojos, partido el corazón del dolor que le causaba la vista de las víctimas, y ansioso de exterminar á sus verdugos.

Lázaro volvió á la torre, y sin pérdida de tiempo escribió el siguiente bando:

«El muy poderoso Sr. D. Pedro de Lara, conde y grande del reino, general de los ejércitos de S. A. el rey D. Sancho IV, señor de Sales de Lara, de Osuna, del Saucejo, de Miranda, de Ecija, de Guadaira y de varias ciudades, castillos, villas, pueblos y aldeas, etc., etc. Manda: que todo aquel que se hallare sin hacienda acuda á Ecija, donde se le dará alimento, ropas, y armas si desea vengar las vilezas cometidas por los foragidos que siguen al ejército contrario al rey D. Sancho IV. Y ordena: el valeroso y noble conde que este bando se pregone en estas tierras para que llegue á noticia de todos, y sean socorridos y amparados los hombres, las mujeres y los niños.»

Inmediatamente salieron varios ecijanos é hicieron pregonar el edicto en aquella comarca, lo que dió lugar á que acudiesen más de tres mil hombres, y seis ó siete mil entre ancianos, mujeres y niños, los cuales fueron al instante vestidos y alimentados. En cuanto á los varones útiles, no quedó uno que rehusase tomar las armas y vengar las ofensas que habían recibido; pronto el Temerario les proporcionó la ocasión que ellos anhelaban; y aunque no muy duchos en el arte de la guerra, siguieron á los montañeses, y pe-

learon con un valor superior á su inexperiencia y falta de costumbre.

Lara visitó á sus amigos granadinos, á varios grandes, almorzó, y seguidamente entró en la habitación de su amada: el padre estaba rezando, y la hija le preguntaba por quinta vez á Alí, el por qué tardaría tanto en regresar á la torre el intrépido Pedro. Al verlo llegar se pusieron en pie el anciano y la joven, le cogieron cada uno de una mano, y le preguntaron:

—¿Por qué has tardado tanto?

—Gracias, amigos míos: hacía mucho tiempo que no os veíais, y he supuesto que tendríais mucho que hablar.

—Hijo mío, le replicó Mahomad, todo puedes oírlo tú. Te debo la vida, la felicidad y el contemplar á este ángel de hermosura y candor.

Y el infeliz anciano llenó de besos y lágrimas la frente de su hija.

—Todo se lo debemos padre mío, añadió Fátima gimiendo también: si no fuese por él, ¿qué sería de tí y de mí?

—Dejáos de llorar, que harto sufrísteis los dos. Sentémonos aquí, y hablemos de otra cosa. ¿Sabéis que he reunido cerca de cincuenta mil hombres en poco mas de tres días?

—De lo cual deduzco yo que vas á la guerra; me dejarás otra vez, y volveré á temer por tí.

—Mal hecho; debes deducir que con tanta gente acabará en pocos días con mis contrarios, tornaré á tu lado, y me casaré contigo, si tu noble padre me lo permite.

—Mi única desgracia hoy sería que rehusases enlazarte á mi adorada Fátima. Ya que yo no he podido ni sabido hacerla feliz, procúralo tú, que tanto bien nos has proporcionado, que eres tan bueno. Aunque tarde, he conocido por fin lo que vale un corazón como el tuyo; ¡un alma que sólo abriga nobleza é hidalguía!... ¡Lara, naciste mas feliz que yo; educado en la opulencia, acostumbrado al capricho, y en brazos de pasiones que jamás supe combatir, fui siempre malo, cruel é injusto, y lo conozco, y aprendo á distinguir la virtud del vicio, la grandeza de la pequeñez, cuando llego á la cúspide de la perversidad, á los bordes del sepulcro!... Hijos míos, sed vosotros felices; hablad de vuestra dicha, de vuestro brillante porvenir,

mientras yo voy á rezar, interin aprendo á morir.

Y levantándose Mahomad, huyó de allí apresuradamente. Los jóvenes le miraron con tristeza, hasta que Pedro, estrechando una mano de Fátima, la dijo:

—Dejémosle que se entregue á sus oraciones y consiga el perdón de Dios. Supongo que estará contigo como el padre más cariñoso.

—Sí, pero nos aguardan muchos disgustos.

—¿Qué dices, Fátima?

—Que Mahomad Zegrí ha de ser cristiano, y no he de parar hasta que lo consiga.

—Eso es muy difícil, y te va á ocasionar, efectivamente, muy malos ratos. Tu padre es fanático como la mayor parte de los musulmanes, y á su edad...

—Pedro, fué muy malo, y para que Dios le perdone, es necesario que se lo pida á Dios, al verdadero Dios; y lo he de lograr, aun cuando estemos cuestionando hasta entonces.

—Persuades con facilidad, tienes talento, y amas al Supremo Hacedor; por consiguiente debes intentarlo. Ahora, me permitirás que me retire.

—¿Ya te marchas? ¿para qué has venido?... ¿por qué huyes de mi lado, cuando podías estar cerca de mí?

—Porque deseo no separarme nunca, y debo procurar que llegue pronto ese anhelado instante.

—¡La guerra, el ejército, la lucha y el exterminio! eso te agrada más que tu pobre Fátima.

—¡Angel mío! ¿qué me halaga á mí en el mundo á excepción de tu faz, tu voz, tu aliento y tu belleza? ¿Qué hay sobre la tierra comparable á tí, á tus encantos, á la dicha de mirarte y hablar contigo? Mas tengo empeñada mi palabra, y millones de séres confían en mí; y lo mismo el rey, el grande, que el caballero y el plebeyo miran á Lara; y sus vidas, haciendas y porvenir los ven en su espada, en su ardimiento, en su honor comprometido. ¿Quieres que destruya la esperanza de un pueblo, que falte á mi palabra, y que deje á mis enemigos que destruyan á Castilla y á todos nosotros? ¿Quieres que haga esparar más á mi domeñado enemigo el in-

fante D. Juan; que ha tiempo me rogó le concediese una audiencia?

Fátima suspiró, miró con ternura á su amante, y le contestó:

—Vé á visitar á tu prisionero; cumple con todos tus deberes, y si necesitas de mí, mi vida, mi sangre, tuyas son, dispón de ellas. ¿Mas cuándo podré verte con tranquilidad?... ¡Tengo tantas cosas que decirte!...

—Adiós, Fátima, esta noche á las diez volveré aquí, y permaneceré á tu lado todo el tiempo que quieras.

—¿No puede ser antes?

—No.

—¡Pues hasta las diez, dueño ingrato!—
Hasta las diez, tirana encantadora.

Salió Pedro, y seguidamente penetró en la estancia de D. Juan, haciéndose anunciar acto continuo.

A la llegada de Lara se hallaba el infante todavía en cama, acompañado de un mago, de dos criados y de un caballero de los del Temerario, el cual día y noche permanecía á su lado. Cuando le avisaron la aproximación de su enemigo, exclamó:

—Rogadle de mi parte que entre al instante.

Y sentándose sobre la cama, arreglo un poco su melena, y mandó que acercasen un sillón.

El Temerario penetró, hizo un saludo al enfermo, y dijo á los que acompañaban á éste:

—Retiráos todos hasta tanto que yo salga de aquí.

Y obedecido que fué, se miraron los dos rivales, bajó la vista D. Juan, y articuló:

—Señor conde, os he molestado porque tenía precisión de hablaros: perdonad si abuso de vuestra paciencia. ¿No os sentáis?

Lara se arrellanó en el sillón que habían colocado al lado de la cama, y esperó; la actitud de éste era severa, pero digna, la del otro humilde y embarazosa: el primero continuó:

—Me tenéis prisionero, é ignoro que suerte me aguarda. No os voy á pedir gracia alguna, pues sé que no la merezco: os debo ya mucho más de lo que se podía esperar de vuestra hidalguía y nobleza; no tengo, pues, derecho á nada para con vos; mas debo suplicaros os dignéis siquiera

decirme qué pensáis hacer conmigo, qué suerte, en fin, me espera en lo sucesivo.

—¿No os he dicho que os perdonaba?

—Sí; pero ignoro si me dejaréis ó no en libertad.

—¿Cuándo opina vuestro mago que podéis montar á caballo?

—Hoy mismo, si preciso fuera.

—Es decir, que os será fácil caminar hasta Córdoba.

—Sí, señor.

—Pues bien, mañana por la noche os entregaré al rey D. Sancho IV. Como enemigo y jefe, os perdono y os desprecio: como vasallo de mi rey, os presento á él para que os juzgue, en el caso de que hayáis faltado ó contravenido sus órdenes. Soy general de todos sus ejércitos, os he cogido en medio de los enemigos del monarca, y no puedo prescindir de dar este paso. Si en Ecija no representase á don Sancho, y no fuese ante él responsable de todas mis acciones como jefe del gran partido nacional, en el momento de cogeros hubiérais quedado libre y en disposición de poder atentar contra mí. Si Dios ha dispuesto que murais á mis manos, se cumplirá su voluntad aun cuando os perdonara cien veces.

—Conde de Lara, he sido malo para con vos, lo conozco, y también para con otros muchos; mas juro por el alma de mi madre no volver á hacer armas contra vos. ¡No me importa la terrible herida que me hicisteis; no temo á vuestro inmenso poder, valor y bizarría; pero me asustan las humillaciones que he sufrido por vos!... Sería capaz de desafiar á todos los poderes del mundo, y con bueno ó mal arte me defendería, y hasta puede que atacase á mis contrarios; pero ante vos, lo confieso, tiembla mi corazón, se enervan mis fuerzas, decae mi ánimo, y me considero más débil que una mujer. Reunís tantas y tan grandes cualidades, que sois irresistible batiéndoos; hablando, cuando perdonáis, y hasta mirando. Conde, lo creáis ó no he dejado de ser enemigo vuestro; ni volveré á ofenderos, ni á nadie que os pertenezca.

—Haréis bien, pues hay sobre la cabeza de todo hombre que obra como yo, un ángel que vela por su vida y confunde á sus enemigos.

—Ya lo he visto.
 —Entonces, ¿por qué no sois bueno?
 —Quisiera serlo.
 —Intentadlo.
 —¿No será tarde?
 —Infante, Dios jamás les cierra la puerta á sus hijos interin éstos respiran.
 —¿Lo creéis así?
 —Estoy seguro.
 —Empiezo pidiéndoos perdón y medio de reparar los males que os he causado.
 —Amad á Dios, y que él os perdone; yo ya lo hice.
 —Desearía conseguirlo también de Fátima.
 —Id á su aposento y demandadlo; allí la encontraréis acompañada de su padre.
 —¿No ha muerto Mahomad Zegrí?
 —No: por mí conserva la vida, y le han devuelto sus títulos, honores y riquezas.
 —¿Conde, ese hombre os va á asesinar!
 —Infante, hablad con él, imitad su arrepentimiento, y estad seguro del perdón de Dios.

—Sí: vuestra generosidad lo habrá vencido como á mí.

—¿Queréis algo más?

—¡Me habéis dado ya hasta lo que creía imposible!

—Mañana al medio día partiréis conmigo á Córdoba.

—Señor conde, os juro no atentar contra vuestra vida, hallándome siempre dispuesto á devolveros los beneficios que me habéis otorgado; y este juramento que acabo de repetir será sagrado para mí, no lo dudéis.

—El cielo os oiga y perdone.

—¡Dios os acompañe y proteja como hasta aquí, hombre el mas grande y noble que he conocido!

Y salió Lara, quitó al infante el centinela de vista y guardia que tenía, encargó á los criados y mago que lo cuidasen. y se retiró á su estancia, donde pasó el día dando órdenes, y recibiendo á varios de sus jefes de ejército.

Por la noche volvió al lado de Isac á reconocer los hospitales, y á las diez en punto tornó á la torre, y seguidamente pasó á visitar á su amada. Esta se hallaba reclinada en un precioso diván forrado de damasco azul; cubría sus carnes con un elegante traje á la turquesa, el cual deja-

ba ver sus brazos, la garganta y parte del pecho; llevaba el pelo hecho trenzas, cogidas á la mitad con flores de brillantes, rubíes y esmeraldas, y en su blanco y torneado cuello lucía un magnífico collar de perlas negras y ópalo salpicado de diamantes. Su estancia estaba profusamente alumbrada, los pebeteros exhalaban ricos perfumes, y veinte jarrones ostentaban multitud de flores y azahares, cuya fragancia, mezclada con el aire, formaban una atmósfera deliciosa. La hurí, recostada en el diván y en el centro de este eden, parecía la diosa del amor convidando á los hombres á humillarse ante su encandora beldad. Aquel salón con sus flores, luces, riqueza y Fátima, era en estos momentos esa mansión ideal que el hombre se imagina y no alcanza á ver nunca. Desde un rincón de la estancia contemplaba el padre á la hija, gozaba viéndola tan bella, y daba gracias á Alá por los beneficios que le otorgaban. En otro extremo, y tendido sobre el alfombrado pavimento, se hallaba Ali, mirando á su señora y sonriendo con ella, al recordar el cambio que había sufrido la feliz prisionera de ayer.

Lara entró llevando sólo un doliman de terciopelo carmesí, sujeto á la cintura con cordones de oro, peinada su larga, negra y preciosa cabellera, y una pequeña daga inclinada al lado izquierdo. Su rostro tenía un tinte sonrosado que hermoseaba notablemente su varonil belleza. Llegó con paso lento, se acercó á Fátima, besó su mano derecha, y luego estrechó la del anciano Mahomad. La hurí se incorporó, él se sentó á su lado, diciéndole al negro:

—Mi querido Ali, acerca un sillón á tu amo, y que se siente al lado de Fátima; pon otro inmediato á mí, y avisa á Rueda para que lo ocupe, y cuando vuelvas aproximas un cojín para tí; quiero estar rodeado de los cuatros seres que mas estimo en el mundo.

Poco después penetraron Lázaro y el africano, y ocuparon sus puestos. Mahomad, haciendo uso de la palabra, le dijo á Pedro:

—Hijo mío, esta mañana se anunció el infante D. Juan, le dimos permiso para que entrase, lo hizo, y pidió perdón á Fátima de sus ofensas anteriores; me parece sincero su arrepentimiento; pero es muy jo-

ven, no sabe dominarse, y es de temer vuelva á atentar contra tí. Conde, no te fies de ese hombre.

—¡Quién sabe!... Acaso se enmiende, y hayamos mandado otro más á las filas de los buenos. Por mí permaneced tranquilo, que, aun cuando atentase, estoy prevenido y no me sorprenderá. Oídme ahora los cuatro: mañana al medio día parto á Córdoba; antes de ocho días habré derrotado á los enemigos de D. Sancho y asentaré á éste en su trono, según le ofrecí; verificado ésto, volveré aquí, partiremos á Osuna, se hará cristiana Fátima, y nos uniremos para siempre. Desde ese día me consagraré á labrar vuestra felicidad y la de mis vasallos, montañeses y colonos; concluiré de pelear, y pasaré á vuestro lado el resto de mi vida. Entre tanto, os quedaréis en esta segura torre, tú, Fátima, tu padre, Ali, dos mil hombres, veinte jefes, el valeroso y entendido capitán Vivar y la servidumbre que hoy tenéis. Todos los días irá y volverá un caballero de los que os dejo, para que sepamos unos de otros. De este modo, y en una fortaleza inexpugnable, quedáis seguros, y yo me marcharé tranquilo. Tú, Mahomad, puedes, si gustas, en ese tiempo partir á Mollina, volver á tomar posesión de tus estados y bienes, y arreglar los asuntos que tengas allí pendientes. Te acompañarán quinientos hombres y cuatro jefes; pues con Ali, Vivar y la fuerza restante, basta y sobra para custodiar á Fátima.

Todavía permanecieron hablando cerca de dos horas los cinco, en cuyo instante unos y otros se retiraron á descansar.

A la mañana siguiente se reunieron en los llanos de Ecija las fuerzas de que disponía el conde de Lara, á las que pasó

una gran revista, quedando muy satisfecho de la clase de gente que tenía á sus órdenes y del ardimiento y entusiasmo que se notaba en todos ellos. Era tan extensa la aureola de gloria que ostentaba ya la hermosa cabeza del mancebo, que grandes y chicos, nobles y plebeyos deseaban ser mandados por él, seguirle á los combates, y pelear con él y por él seguros del triunfo.

Vestuario, armamento, repuesto de provisiones y cuanto era menester, todo lo halló el Temerario admirablemente dispuesto y ordenado por el entendido señor de Marcia y demás jefes encargados.

Pedro, en medio del príncipe de Muza y de Abenamar, recorrió la línea, reconoció las diferentes clases de hombres que componían sus huestes, las arengó, habló en árabe á los abencerrajes, zegríes, alabeses, etc.; prestó á todos el fuego que despedían sus ardientes miradas, se despidió de Fátima, Mahomad, Ali y Vivar, dejó la guarnición suficiente en la ciudad y la torre, y llevando en medio á D. Juan y restantes prisioneros que no estaban heridos, partió á Córdoba, seguido de veinticinco mil peones y quince mil jinetes. Pedro iba rodeado de Muza, Abenamar, Isac, Correa y cien mas entre grandes, jefes y caballeros cristianos y árabes.

Dos horas antes habían partido en la misma dirección Rueda y D. Rodrigo al frente de cuatro mil montañeses, seiscientos vasallos y cerca de cinco mil campesinos armados, de aquellos que los marroquíes habían arrojado de sus casas y tierras. Estos diez mil hombres, proximate, formaban la vanguardia del ejército de Lara, y llevaban órdenes terminantes de lo que debían hacer.

CAPITULO XXXII

Situación de los ejércitos de Alonso X y de Sancho el Bravo.—Los sitiadores quedan sitiados.—Desafío notable.

Desde el momento que circuló la noticia por Castilla y León de la aparición en campaña de Pedro el Temerario y de la toma de Eciija y torre de Ismael, varió completamente la situación política de los partidarios del pretendiente. Hasta este instante, triunfantes en todas partes los defensores de Alonso X, habían reducido casi á la nulidad á los de Sancho IV; pues á excepci3n de los encerrados en Córdoba, permanecían los demás escondidos en sus castillos ó vagaban errantes, mientras sus contrarios corrían en diferentes direcciones, siendo dueños de Castilla y de León. Así es que, sin gran trabajo, pudieron cercar la ciudad con setenta mil hombres de todas armas, hasta el punto de incomunicarlos completamente con el resto de la nación. D. Sancho salió tres veces y acometió á sus enemigos, hizo prodigios de valor é intentó imitar el arrojo y bizarría de Pedro el Temerario; mas sus briosos esfuerzos se estrellaron ante las numerosas huestes de su padre, y muy particularmente contra los feroces rifeños y marroquíes que mandaba el rey de Fez, no consiguiendo otra cosa que adquirir nuevamente el renombre de Bravo, ser herido, aunque no de gravedad, y volver á entrar en la ciudad con gloria; pero siempre en retirada, acosado por el número de contrarios.

Esparcida la noticia de la presencia de Lara en Eciija y de su maravillosa sorpresa, tembló Alonso X, se asustaron sus parciales y el pretendiente exclamó:—¡Salvé mi honor y la corona que ciño á mis sienes!

En tal estado, llegó el día 29 de Junio. Eran las cinco de la tarde, el ejército sitiador descansaba sobre las armas, sin hacer ni intentar nada contra la plaza y las mu-

rallas de ésta; las torres, azoteas y puntos elevados se hallaban llenos de soldados, nobles, caballeros y grandes, mirando todos hacia el Sur, mas sin que la vista alcanzara á distinguir el objeto anhelado. En el campo sitiador reinaba un silencio pavoroso; en los de la capital una ansiedad creciente; los unos aguardaban, y los otros suponían lo que iba á acontecer, deduciéndolo de la actitud y aglomeración de aquéllos. Transcurrió media hora más de terrible incertidumbre y desasosiego, hasta que, por último, divisaron en lontananza unos y otros una inmensa polvareda, y en pos de ésta multitud de Caballería é Infantería que se dirigía hacia Córdoba corriendo los caballos y siguiendo el paso de éstos los terribles peones. Era la vanguardia del ejército de Pedro, mandada por el señor de Marcia y D. Rodrigo de Buitrago. Cuarenta mil pañuelos blancos saludaron desde la plaza á los que venían, mientras que en el campamento sonaron las bocinas, trompetas y timbales, yendo de un lado para otro muchos jinetes y quedando, por último, los setenta mil sitiadores preparados á la defensa contra los que pudieran atacarles de los de dentro ó de los de fuera de la ciudad.

Lázaro, D. Rodrigo y sus soldados siguieron corriendo hasta que llegaron á quinientos pasos de los sitiadores; allí se detuvieron y Rueda gritó:

—¡Castilla y León por D. Sancho IV!

Diez mil voces le contestaron:

—¡Castilla y León por D. Sancho IV! ¡Viva el conde de Lara! ¡El Temerario! ¡El Temerario!

Y estas exclamaciones estremecieron al poderoso enemigo á quien iban dirigidas, y fueron repetidas por los soldados que se

apiñaban sobre las murallas de Córdoba.

Acto continuo quedaron frente á la ciudad seiscientos vasallos de Lara armados de punta en blanco, en tanto que cuatro mil morizñeses del Saucejo y cinco mil campesinos tomaron, unos, todas las ave-

otros y todos con gran deseo, acierto y admirable prontitud.

Los de la ciudad veían alegres el aspecto brioso y hasta feroz de aquella vanguardia, sin perder uno de sus movimientos; y los de Alonso X se fueron replegando hasta formar en batalla, y en una línea que comenzaba en Occidente y concluía en la parte septentrional, dejando libre la mitad próximamente del cerco que antes tenían puesto á Córdoba.

Eran las siete de la tarde y todavía el sol lucía, aunque en retirada á Poniente, cuando se presentó á la vista de los cordobeses el ejército del conde de Lara. Sus soldados, jefes y caballeros descansaron á un cuarto de legua, y Pedro, en medio de Muza y Abenamar, seguido de cien caballeros castellanos cubiertos de hierro, cuarenta zegríes, cincuenta abencerrajes y treinta alabeses, se dirigió á la plaza, hasta llegar al pie de las murallas por la parte Sur. El Temeraria lucía una preciosa armadura con su escudo y relieves de oro, la pluma negra que ya conocemos, y el manto blanco con la roja cruz de Calátrava; llevaba alzada la celada de su casco y su hermoso y varonil rostro estaba encendido, demostrando en él satisfacción y alegría. Muza, sobre su traje de guerra, llevaba el manto de príncipe granadino, turbante forrado interiormente de acero, la media luna morisca y las armas reales. Abenamar y sus aben-

cerrajes ostentaban los turbantes aleonados, y los caballeros zegríes y alabeses vestían los colores de sus respectivas tribus.

Otra vez volvió á reinar silencio en el campo y la ciudad. Lara y su acompañamiento seguían caminando hacia Córdoba; mas en el momento que fué reconocido por los soldados de Sancho, se agitaron las



... y fueron repetidas por los soldados...

nidas de la parte Sur, Levante y Occidente de la plaza, y otros comenzaron á preparar un campamento para cincuenta mil hombres. Los de Lázaro, armados de hachas, cortaban árboles, arrancaban las ramas, formaban atrinchamientos, fijaban palos y colocaban tiendas; y esto lo hacían bajo la dirección de Rueda y de sus jefes respectivos, cantando unos y amenazando

banderas, las armas, y por orden del rey, comenzaron á entonar las músicas alegres melodías y todas las campanas se echaron á vuelo.

El conde llegó á cien pasos de la muralla y empezaron á caer á sus pies hojas de flores que le arrojaban desde los muros con gran profusión, hasta el punto de cubrirlos y alfombrar el piso por donde iban cruzando. Se abrió, pues, la puerta de la ciudad que daba al Sur, y entraron, siendo recibidos con una aclamación unánime del ejército sitiado, del pueblo y hasta de los grandes y caballeros. Lara y Muza saludaban cortesmente á cuantos veían á derecha é izquierda, y por entre una masa inmensa de gente, caminaron en dirección del real alcázar. Hombres, mujeres y niños, ancianos y hermosísimas jóvenes, aclamaban y dirigían cordiales saludos al invicto guerrero, cuya presencia había bastado para que se abriesen las puertas de la ciudad y tornase en sus habitantes la alegría, la confianza y la seguridad. El nombre de Pedro el Temerario corría de boca en boca y todos lo repetían con placer, siendo ahora la égida de un pueblo que poco antes se veía humillado y abatido. Las flores continuaban alfombrando el piso, las campanas seguían tocando y las músicas entonando guerreras y entusiastas marchas, mientras el conde, rodeado de toda la corte, era estrechado por sus reyes y adulado por los cortesanos. El valeroso Pedro, siempre modesto y agradecido, demostraba con sentidas frases el efecto que causaban en él tan tiernas palabras. Cuando hubo conversado con los monarcas, se volvió y le dijo á uno de sus caballeros:

—Ricardo, los prisioneros. Y éste saludó, partió de allí, montó á caballo y se dirigió al campamento.

Sancho y su esposa se retiraron, cogido el primero del brazo de Lara, y la segunda del príncipe Muza; entraron luego en el despacho del rey, donde permanecieron hablando sobre acontecimientos futuros, hasta el momento en que se presentó á la puerta D. Ricardo y le dijo al conde:

—Señor, en la plaza de palacio aguardan los prisioneros.

Entonces se levantaron Muza y Lara, y estrechando las manos de D. Sancho y de

doña María Alfonsa de Molina, dijo el segundo á los últimos:

—Con vuestro permiso nos retiramos al campamento, del cual no marcharemos ya hasta que, vencidos y derrotados los enemigos de VV. AA., no quede uno de ellos en los alrededores de Córdoba. Interin os dejo á las puertas de vuestro alcázar de ocho á nueve mil prisioneros hechos en Ecija, con sus jefes y vuestro hermano el infante D. Juan, que cogí en medio de ellos. De unos y otros pueden hacer VV. AA. lo que estimen conveniente.

Reconocidos los reyes á Pedro y al príncipe Muza, los despidieron con el más tierno interés; éstos montaron á caballo y partieron por donde habían venido, siendo acompañados por cuatrocientos hombres que con hachas encendidas los siguieron, yendo delante, detrás y á los costados, hasta que llegaron al campamento. El granadino y el noble montañés recorrieron las posiciones tomadas por los suyos, y luego se dirigieron á la línea enemiga y reconocieron también, á la luz de las hogueras, los puntos y la situación que ocupaban los contrarios. Acto continuo se retiraron á sus respectivas tiendas y descansaron de las fatigas del día. Eran las nueve; las campanas y músicas cesaron de tocar, y sólo era interrumpido el silencio de la noche por el monótono alerta de los centinelas, repetido cien veces en las murallas de Córdoba y en los dos campamentos situados en los alrededores de aquélla.

No podían imaginar los parciales de Alonso X que Lara hubiera conseguido reunir tanta gente en tan poco tiempo, y menos que se hallase dispuesto á caer sobre ellos con la brevedad y osadía que el Temerario lo había hecho. Así fué que, al verlos venir, creyeron distinguir muchos más de los que en realidad traía, por lo cual se apresuraron á levantar el sitio y formaron en batalla, juzgando que el enemigo trataba de batirlos en el momento mismo de llegar. Convencidos luego de que el general contrario, lejos de hacer uso de su proverbial arrojo, se presentaba con mucha calma y tranquilidad, acamparon entre la parte occidental y septentrional de la plaza é imitaron á los que tenían al costado y de frente, respecto de las seguridades y vigilancia que establecieron. Segui-

damente se reunieron en la tienda del rey de Fez el valeroso Ponce de León y principales jefes y caudillos del ejército sitiador y comenzaron á discutir sobre la llegada de Lara, el estado en que se encontraban y lo que debían hacer. Habló el monarca marroquí, el célebre capitán Ponce y varios otros grandes del reino, y después de conferenciar largamente, convinieron en permanecer á la defensiva, sin hacer otra cosa hasta saber y conocer el intento, clase y número de los enemigos. **Había** entre los individuos que componían aquel consejo un caballero leonés llamado D. Enrique de Robla, señor del pueblo que llevaba su nombre y de muchas villas, castillos y lugares del reino de León, en el cual era uno de los más poderosos y grandes señores. Este hombre debía un señalado favor á Alonso X, y en el momento que tuvo noticia de la rebelión de Sancho, reunió á sus amigos, parciales, soldados y vasallos, y juntando cerca de seis mil hombres, partió á Sevilla, dispuesto á pelear en unión con los suyos, en defensa de su anciano y querido rey. Era D. Enrique hombre de gran valor, de una osadía sin límites, de voluntad virgen y de un carácter indomable; adoptada por él una resolución, no había medio alguno de hacerle desistir de ella. No estaba práctico en la guerra, mas en las pocas veces que se batió con los moros, no fué vencido ni volvió la espalda jamás; esto hizo que se creyera incontrastable ante sus enemigos; bien es verdad que el leonés tenía una dosis de amor propio tan grande como su osadía.

Durante la conferencia que acababan de efectuar los partidarios del anciano rey, había permanecido mudo el atrevido don Enrique; mas en el momento que se adoptó el plan de que se ha hecho mención, se atusó el bigote, irguió la frente, ahuecó la voz y con su acostumbrado énfasis dijo:

—Señores, no estoy conforme con la determinación que acabáis de tomar; me parece cobarde esperar así, y hasta perjudicial, pues daremos al enemigo una importancia que no tiene; nuestro soldados murmurarán de nosotros, y acaso se debilita la gran fuerza moral que habían conquistado al rechazar tan valerosamente, como

lo han hecho, las brascas acometidas del pretendiente.

Robla calló, los congregados se miraron unos á otros; pero todos guardaron silencio, hasta que el rey Jacob le contestó:

—Si tú alcanzas otro medio mejor que el adoptado, dilo, que para eso nos hemos juntado aquí.

El leonés volvió á atusarse el bigote, y alzando nuevamente la voz, añadió:

—Señores, aun cuando nuestros enemigos nos aventajén en número, no será grande la diferencia, y de seguro no pueden igualarse á vosotros en valor, denuedo y bizarría; luego estamos en el caso de tomar la iniciativa. Yo no conozco, ni sé quién es ese Pedro de Lara que los manda; mas teniendo en cuenta la mucha importancia que dáis á sus hechos, á su temeridad, á su suerte y al influjo y predominio que ejerce sobre los defensores de Sancho, juzgo que ese hombre vale tanto por sí solo como la mitad de su ejército; ¿no es eso?

—Sí—le respondieron varios.

—Pues entonces he aquí mi plan: mañana se le mata y acto continuo caemos sobre sus huestes y la plaza, y en el resto del día batimos y exterminamos á los partidarios del pretendiente.

—¿Y quién es capaz de herir á Pedro el Temerario?—preguntó con calma el caballero Ponce de León.

—Yo,—dijo secamente el leonés—; y un murmullo general se oyó, retratándose la admiración en los rostros de los circustantes. Ponce volvió á preguntarle:

—¿Y cómo lo vais á matar?

—Pardiez, desafiándola, buscándolo en el palenque con las armas que quiera y como se mata, en fin, á un caballero. ¿Creéis acaso que no admitirá?

—No tengo noticia de que haya rehusado combate alguno pero os advierto que el conde de Lara es el hombre más valiente, hábil, fuerte y práctico en la guerra de cuantos conozco en Castilla. Se está batiendo desde la edad de doce años contra la poderosa tribu Zegrí, cuyos caballeros pasan por los más denodados y bizarros del mundo, y siempre los ha vencido en toda clase de luchas. Ese extraordinario sér peleó solo en varias ocasiones contra uno diez, y hasta creo que contra vein-

to, y siempre salió ileso. Si persistís en llevar á cabo vuestro deseo, no hallo inconveniente en que le desafíeis.

—Pues no he de persistir! Pardiez, un hombre así debe morir á nris manos.

A esta afirmativa todos se miraron sorprendidos; el rey Jacob añadió:

—Rétales cuando gustes; si admite, batíos; si rehusase, perderá en su crédito y en la fuerza moral que da á sus parciales, y esto es algo; desafíale, sí; la causa que defiendes es justa; tú eres valeroso, y Alá puede que te ayude y defienda en ese duelo.

Por unanimidad aprobaron la determinación, pues suponían, y no sin fundamento, que de morir Lara, todo se habría ganado, y de perecer D. Enrique poco ó nada se perdería. Redactaron, pues, el cartel de desafío, designaron el heraldo que lo debía llevar, y visto que el enemigo no hacía demostración alguna hostil, se retiraron á sus respectivas tiendas, después de estrechar afectuosamente al osado retador.

Durante el resto de la noche no ocurrió nada que de contar sea, si bien notaron los enemigos de Lara que sus contrarios trabajaban, se movían y corrían de un lado para otro; mas como ninguno se aproximaba á sus centinelas avanzadas, permanecieron tranquilos.

Amaneció el siguiente día, y unos y otros se miraron, notando con gran sorpresa los de Alonso X que el ejército contrario se había corrido y atrincherado en una extensión dilatadísima, dejándolos encerrados entre las murallas de la plaza y la línea que aquéllos formaban. El trabajo que los de Lara hicieron el día anterior fué destruído por la noche durante la cual se trasladaron al paraje indicado, y en el que ocupaban posiciones estratégicas y muy ventajosas. Al mirar este cambio el entendido Ponce de León, no pudo menos de exclamar.

—¡Por mi vida, que Pedro de Lara sabe más de lo que yo creía! ¡Nos ha sitiado, y es imposible penetrar en su campamento sin perder antes veinte mil hombres!

En este instante se hallaba el noble y valeroso conde á la puerta de su tienda, colocada sobre una altura que dominaba más de una legua en derredor, conversando agradablemente con Muza, Abenamar y

varios grandes y caballeros de Castilla; Lázaro, D. Rodrigo y otros entendidos jefes presenciaban lo poco que faltaba para concluir aquel hábil campamento, cuya idea y principal dirección fueron hijas única y exclusivamente del amante de Fátima. Sus montañeses trabajaban, comían y cantaban, y el resto de sus compañeros los imitaban admirablemente.

Eran las seis de la mañana cuando se acercó á Lara un caballero de los destinados á la primera avanzada y le dijo:

—Señor conde, se acaba de presentar un heraldo, que ha llegado del campo enemigo, con bandera blanca, trayendo á la vez un gran cartel en la mano; dice que, con permiso del rey de Fez y del general Ponce de León, le manda llegar hasta vos el muy poderoso señor D. Enrique de Robla.

—Que se acerque al instante—respondió Pedro.

El caballero partió, y aquél, dirigiéndose á los que le acompañaban, añadió:

—Desafío tenemos, y por María y la Cruz que no ha de ser desairado el que con tal honra nos favorece. Ya estoy deseando saber quién es el afortunado elegido por el señor de Robla.

Poco después llegó el heraldo, preguntó por el conde de Lara, y otorgado el permiso que pedía, comenzó á leer lo siguiente:

«D. Enrique de Robla, grande del reino, señor de varias villas, pueblos y castillos, defensor hasta morir del trono y derechos de S. A. el rey D. Alonso X, llama, emplaza y provoca al famoso Pedro de Lara y lo reta en campo abierto y con iguales armas á un combate á muerte; y le ruega y espera que, como buen caballero, que no temió á nadie, acepte y venga al paraje que designen los padrinos que nombraremos al efecto, cuidando al partir de encomendar su alma á Dios para que le perdone las faltas cometidas contra su rey y señor y las otras de que yo no tengo conocimiento ni me importa.—En el campamento del rey, á 30 de Junio del año del Señor, y á presencia del hidalgo y noble monarca de Fez y de los principales grandes y caballeros de Castilla, León y Marruecos.—*Enrique de Robla.*»

Todos los circunstantes, desde el príncipe Muza hasta los centinelas que guarda-

ban la tienda del conde, soltaron una carcajada al escuchar el ampuloso y pedante reto; Lara se sonrió también, y dirigiéndose al heraldo, le dijo marcando mucho sus palabras:

—Contestad á vuestro amo, que acepto el desafío, y que le doy las gracias por la honrosa elección que le he merecido. Esto en cuanto á la idea; respecto de la forma con que ha redactado el cartel, decidle de mi parte que ha hecho muy bien en desafiarme, porque de ese modo morirá á mis manos, librándole este reto el perecer mañana á las de uno de mis montañeses; que ha estado torpe, pues lo mismo que admito su demanda, la hubiera aceptado solo contra los treinta valerosos capitanes que le rodean, y entonces me sería menos fácil herirlo. En cuanto á las faltas que supone cometidas por mí, es tan grande mi arrepentimiento, que cuando concluya con él haré propósito de enmienda, destruyendo á todos los parciales del miserable viejo á quien defiende, arrancaré á éste de su trono y asentaré en él al noble y valeroso D. Sancho IV. Y añadidle, que eso se lo dice el que jamás ha mentido ni faltado á su palabra. Partid.

Y marchó el heraldo; la noticia de su misión corrió como un chispazo eléctrico por el campo del conde, y el ejército de Lara despidió al enviado contrario con una carcajada, unida á muchos silbidos y á no poca algazara y gritería.

El Temerario se volvió á los suyos y exclamó:

—Abenamar, D. Ricardo, os nombro padrinos de ese duelo; partid inmediatamente y acordad los preliminares. Mis condiciones son: hora, la antes posible; sitio, el que vosotros designéis, y armas y traje, el que cada combatiente quiera llevar. Arreglado el duelo, entrad en Córdoba, tomad la venia de S. A., y conseguida ésta, venid al momento, trayéndome la agradable nueva de que el rey consiente mi desafío y que éste se verifica hoy mismo.

Y marcharon también los dos padrinos. Lara llamó entonces á Lázaro y le dijo:

—Rueda, que me limpien y preparen mi caballo Aliatar.

Y se puso á conversar con Muza y restantes amigos con la mayor tranquilidad.

Digamos cuatro palabras sobre las posi-

ciones que ocupaban unos y otros. Los de D. Sancho se extendían desde Occidente á Norte, según hemos dicho, á quinientas varas de la plaza; empezaba su línea á cuatrocientas del Guadalquivir y concluía en la misma falda de los montes Marianos, ó sea Sierra Morena. Tenían, aunque débil, un atrinchamiento, que en caso de ser atacados, podía favorecerles algo. La línea de Lara formaba un semicírculo que principiaba en la plaza, á orillas del río, é iba ensanchando y extendiéndose hasta encima de la sierra, cuya altura se habían apresurado á tomar; de este modo cogían al enemigo entre la ciudad, el río, el monte y el ejército del conde, el cual estaba distribuido y situado de un modo admirable. D. Sancho y sus más expertos capitanes quedaron sorprendidos agradablemente al contemplar el talento, destreza y prontitud con que el joven del Saucejo dispuso y llevó á cabo la situación de sus tropas y lo bien acorralados que tenía á sus contrarios. No había allí un solo hombre que no elogiara y ponderase el ingenio del caudillo castillano.

En tal estado dieron las doce. Hacía cerca de seis horas que Abenamar y D. Ricardo partieron, y el conde daba señales inequívocas de hallarse impaciente por la tardanza de aquéllos. Por fin vieron correr á dos briosos jinetes y poco después se apearon de sus espumeantes caballos á la puerta de la tienda de Lara Abenamar y D. Ricardo, diciendo el primero:

—Todo está arreglado, y á las seis en punto de la tarde se verificará el duelo. El rey y la reina se negaron tenazmente á otorgarte su permiso; mas comprendiendo el compromiso en que te hallabas y el disgusto que te causaría tal negativa, cedieron, para lo cual contribuyeron mucho nuestros ruegos y súplicas y el haberles expuesto los inconvenientes de que te he hablado antes. Y no sólo han aceptado y otorgado su venia, si que también han dispuesto que salgan de la ciudad veinte mil hombres, al frente de los cuales asistirán á tu desafío.

—Gracias, valiente amigo mío—replicó Pedro con placer.—Y puestas que los habitantes de Córdoba querrán imitar á su rey y presenciar la fiesta, yo procuraré que ésta ofrezca la diversión posible.



Y continuó hablando con sus amigos de cosas indiferentes. A las tres comió y á las cuatro, levantándose de la mesa, exclamó:

—Príncipe amigo, quedas de jefe supremo del ejército mientras dure mi duelo; puedes tomar las medidas convenientes para evitar toda sorpresa ó ardid de nuestros arteros contrarios; el momento se acerca, y no debes perder tiempo. Y vosotros, mis queridos padrinos, preparaos; y cuando se aproxime la hora, marchad á ocupar vuestro puesto sin esperarme, que yo no llegaré hasta el momento dado.

Y abrazando á los presentes, se cogió al brazo de Rueda y pasó á la tienda de éste, que se hallaba colocada á orilla de la línea y cerca del sitio donde debía verificarse la pelea, y en la que ambos se encerraron, permaneciendo así hasta el instante del combate.

Muza y restantes jefes montaron á caballo, pusieron al ejército sobre las armas, y dictando las medidas que juzgaron necesarias, cada cual ocupó su puesto.

A las cinco y media de la tarde se abrió una gran puerta de la ciudad, salieron de ella veinte mil hombres, entre jinetes y peones, formaron en batalla hasta unirse con los de Lara y en el centro elevaron un solio. A las seis menos algunos minutos, se presentaron en la línea neutral Abenamar y D. Ricardo, luego aparecieron á doscientos pasos al frente de éste D. Enrique, en medio de sus padrinos, y un momento después, seguidos de una brillante comitiva, salieron D. Sancho y su esposa, vestidos con traje de corte; y llegando al trono, se sentaron bajo el solio. Todo el ejército de Lara saludó á los monarcas y las músicas tocaron una armoniosa marcha, que cesó inmediatamente por orden de Sancho, quedando sumidos los campamentos en un silencio que nadie se atrevía á interrumpir.

Digamos algo sobre las nuevas posiciones que habían tomado unos y otros durante el desafío: los de Córdoba formaron junto á la muralla mirando á Occidente; los de D. Alonso, replegados al Norte, daban frente al Sur, y los de Lara, sin abandonar su semicírculo, miraban á Levante y Norte. Y en el extremo Sur estaba el campo neutral, elegido por los combatien-

tes á doscientas varas del rey y á otras tantas de los respectivos campamentos.

El cuadro que en estos momentos ofrecían los pintorescos alrededores de Córdoba era imponente, majestuoso y admirable; en el campo había ciento cuarenta mil guerreros divididos en dos bandos, formados en batalla y en disposición de caer unos sobre otros á la más leve señal de sus jefes; y sobre las murallas, torres, azoteas, ventanas y balcones de la todavía morisca ciudad, se apiñaban diez mil soldados, y hasta ochenta mil almas entre ancianos y jóvenes, mujeres y niños; y no obstante la inmensa reunión de tantos seres humanos, ni una voz, ni una palabra se escuchaban, ni se atrevían á hacer el más leve movimiento. Inmudecía la lengua y hablaba la ansiedad; callaban los hombres y latían los corazones. Iban á dar las seis; D. Enrique, sus padrinos y los de Lara, esperaban frente á frente, y éste no llegaba. Los cinco lucían sus más pesados y brillantes yelmos, y sus largas, gruesas y terribles lanzas presentaban las agudas moharras, sobre las cuales reflejaban los ardientes rayos del sol. Ninguno de ellos tenía miedo, ni le asustaba aquel aparato de muerte que veía en torno.

Por último, dieron las seis; D. Ricardo avanzó y el valiente Abenamar fué á salirle al encuentro, á falta del conde de Lara que no venía, cuando una robusta voz gritó:

—¡Pedro el Temerario!

Y á este aviso siguió un aplauso dado por cincuenta mil hombres.

En aquel mismo instante se presentó, efectivamente, el hijo del Saucejo montado sobre un ligero caballo que á escape tendido llegó á las gradas del trono, se arrodilló, y sin detenerse más, quedó parado frente á D. Enrique de Robla. Un ¡ay! profundo y vibrante siguió al aplauso, ay exhalado por cuantas personas había en Córdoba, por algunos de los que estaban en el campo y hasta por la misma reina. El rival de Lara y el potro que éste montaba se hallaban forrados de acero; el conde se presentó con un traje turco, llevando al aire sus brazos, parte de las piernas, la cabeza, que sólo cubría un ligero turbante y su pecho lleno de cicatrices causadas por recientes heridas. Así y todo,

parecía un Alcide ó terrible gladiador, cuya gigantesca y fuerte musculatura bastaba para imponer á sus enemigos. Su hermosísimo caballo tendría sólo siete cuartas y un dedo de alzada; era árabe, alazán tostado, con una estrella perdida en la frente, calzado de las extremidades anteriores, y su fina piel se transparentaba hasta el punto de descubrir la musculatura de aquel hijo del desierto. Tenía seis años, la cabeza ligera y descarnada, vivos los ojos, sensible de boca, cortas y claras la crin y la cola, y se veía, en fin, circular por sus venas la ardorosa y pura sangre de su privilegiada raza. Pedro guiaba á tan magnífico potro con unas riendas unidas en su parte superior y sujetas en la inferior á un bocado á la turca, cuyos extremos concluían en dos estrellas de oro; de modo que cuando el jinete necesitaba hacer uso de su mano izquierda soltaba las bridas, que estando sujetas, quedaban siempre sobre el cuello del caballo y dirigía entonces á éste con la voz, las rodillas y los talones. Aliatar, que así se llamaba el cuadrúpedo, estaba en pelo, comprendía á su amo de un modo admirable y se revolvía, giraba á derecha ó izquierda, atrás y adelante con una rapidez y soltura prodigiosas; caballo y caballero parecían un solo cuerpo en la postura y acompasados movimientos.

De este modo extraño, sorprendente y atrevido, se presentó en la liza el Temerario montañés. Y no era esto solo: sus armas de ataque y defensa se reducían á un bastón-lanza de dos varas de largo, cuya fiharra era ancha y corta, concluyendo el regatón en punta aguda y redonda; una rodela pequeña y jacerina, y una cimitarra que pendía de su cintura.

Su contrario lo vió de aquel modo, bajó la lanza, y pausadamente llegó hasta él, y le preguntó:

—¿Sois vos el conde de Lara?

—¿No veis la corona que ostenta mi turbante?

—¿Cómo venís con ese traje á pelear conmigo?

—Porque si llegara como vos, me avergonzaria de mataros.

—¡Mucha presunción tenéis!

—Antes de poco sabréis en lo que la fundo.

—Yo no puedo batirme con vos si no os armáis.

—Ya suponía yo que me teníais miedo; entre vosotros será difícil encontrar un valiente.

La cara de D. Enrique se tiñó de un subido carmín, replicando:

—¡Ese insulto es imperdonable!

—Lo traía preparado, con otros muchos, para obligaros á que os batiéseis.

—¡Váis á morir, temerario mancebo!

—¡Veámoslo, presuntuoso leonés!

—¡A la raya!

—¡A la raya!

Y colocándose en sus respectivos sitios, se saludaron y esperaron la señal de sus padrinos para acometerse.

En estos supremos instantes reinaba un profundo silencio; la reina y el rey, ansiosos y hasta azorados, se pusieron de pie, y los cordobeses y las cordobesas, jefes, caballeros y soldados miraban á Lara, tenían por él, sentían un interés y simpatía indescriptibles, contemplando la dulce sonrisa que brillaba en sus labios, su majestuoso y varonil rostro, sus chispeantes miradas y su briosa y gentil apostura. Con el ligero traje turco, su hermoso turbante, sobre el cual ostentaba la corona condal, y la dorada cimitarra, más que un guerrero parecía un bello tipo oriental, capaz de arrastrar en pos de sí á la más linda y desdeñosa mujer.

Por fin se oyó la fatal señal, y los combatientes partieron á escape, lanza en ristre D. Enrique, y Pedro, soltando las bridas, presentando el escudo y bajando el bastón-lanza.

Otro ¡ay! volvieron á exhalar ochenta mil personas, creció la ansiedad, y la mitad de los cordobeses, varones y hembras, retiraron la vista del sitio de la lucha. El silencio era cada vez más profundo, sin que hubiese alguno capaz de interrumpirlo. Muchos tenían por la vida de Lara, algunos, aunque pocos por la de D. Enrique, y la mayor parte creían que sucumbiría el primero, vista la temeridad con que se presentó casi desnudo, su caballo en pelo y con una semi-lanza, mientras que á su contrario sólo se le veían los ojos por entre las hendiduras de la celada que tenía su formidable yelmo.

El rey y la reina continuaban de pie,

pálidos, agitados y temerosos; sólo Lázaro, los hijos del Saucejo y los de Osuna, amigos del conde, estaban tranquilos, pues únicamente éstos conocían la habilidad y el arte de aquél sobre su adiestrado, ligero, bravo y obediente caballo Aliatar; jinete y animal parecían, efectivamente, dos amantes con un solo corazón, una voluntad y una comprensión. En una palabra, Pedro montaba ahora un potro edu-

defensa que la ligereza y habilidad con que se revolvían y manejaban la lanza ó el alfanje, la rodela y el caballo. Pero no adelantemos el discurso.

A la señal de los padrinos soltó Lara las riendas y ambos rivales corrieron; la formidable lanza del leonés dió en el escudo de su contrario, resbaló, y cayendo el Temerario sobre él le dió con el regatón de su bastón-lanza un golpe tan fuerte en el



... vista la temeridad con que se presentó casi desnudo...

cado por él hacía tres años, connaturalizado con él, acostumbrado á las luchas y su favorito en las empresas difíciles, arriesgadas y dudosas. Hoy confiaba la mitad de la jornada al noble instinto y destreza de su bridón; veamos si conocía ó no la fiera que domeñaba.

Lázaro y los hijos del Saucejo y de Osuna, comprendían que D. Enrique era la fuerza y el conde la habilidad; que la defensa del primero imposibilitaba el ataque por la pesadez de tanto hierro, mientras que el otro podía atacar y defenderse fiado sólo en la rapidez de sus movimientos y en la soltura de su traje; en lucha siempre con los zegríes, comprendían las ventajas del segundo sobre el primero, pues los individuos de esa valerosa tribu se batían casi siempre sin cota, armaduras ni otra

casco, que se lo hizo pedazos, dejándole descubierta y atontada la cabeza; y sin detenerse dió la vuelta, tornando á ocupar su puesto en la línea que le marcaron sus padrinos; le hizo luego una caricia á su potro, y el noble animal, comprendiéndola, torció la cabeza, la levantó, miró á su amo y abrió la boca. Los montañeses le dieron un aplauso, los zegríes, abencerrajes, alabeses y demás tribus lo repitieron, y en los rostros de la reina y el rey se pintó una mal disimulada alegría. Sancho le dijo muy quedo á su esposa:

—María, no temías; el conde matará á ese hombre cuando quiera; no lo ha hecho ya, porque no le dió la gana. ¡Jesús, qué habilidad y qué caballo!

D. Enrique vaciló sobre su potro, tembló creyéndose herido, y conforme se reponía,

se fué enrojeciendo su rostro, acreciendo el despecho y aumentando su coraje. Cuando pudo, volvió atrás y esperó en su raya á que los padrinos dieran nuevo aviso.

Desde este momento empezó á cambiar la opinión pública, creyendo ya la mayor parte que Lara podría vencer á su rival y todas las miradas se fijaron en él; pero sin disminuir la gran ansiedad que reinaba.

Los padrinos hicieron la segunda señal y los combatientes arrancaron; pero esta vez bajó el conde el escudo, y al ir á tocar la lanza de D. Enrique en su pecho, se tendió sobre el caballo, éste inclinó cuanto pudo su cuerpo y el arma fatal pasó por encima de ellos sin tocarlos; á la vez, y pegando el conde la cabeza de Aliatar á la barriga del cuadrúpedo contrario, comenzó á darle á su enemigo terribles golpes en la coraza con el regatón de su bronceado bastón, hasta hacerle pedazos parte de ella. Cuando el leonés pudo conseguir retroceder y acometer al otro, ya éste en dos saltos que dió Aliatar, estaba en su línea; no tuvo más remedio el bravo retardador que volver á su sitio y esperar, magullado su cuerpo, enseñando su ropa interior y espumeando su boca del coraje y la ira que germinaba en su corazón.

Tornó á oírse otro aplauso; pero ahora lo dieron los del campo de Lara, los de D. Sancho y toda la gente encerrada en Córdoba. D. Enrique sufría amargamente maldiciendo la agilidad, obediencia y fina comprensión del magnífico caballo de su rival. Este le hizo otra caricia á Aliatar, la que le fué devuelta por el noble alazán moviendo la cabeza y mirando á su amo con el ojo derecho.

Comprendiendo el señor de Robla que su formidable lanza era un estorbo para él contra el hábil y ligero competidor que tenía en frente, aprovechó los cortos instantes que le permitieron los jefes del campo, y arreglando un poco su destrozada armadura, cogió la lanza muy corta con el objeto de manejarla mejor y evitar de este modo el que Lara esquivase el golpe y se le echase encima como anteriormente lo hizo; adoptó también otra resolución bastante ingeniosa en la crítica situación en que se hallaba, y fué la de partir y quedar parado, interrumpiendo así una carre-

ra ciega y perjudicial para él. De este modo creía desconcertar el ataque de su contrario.

Llegó, pues, el fatal instante, sonó la señal de los padrinos y arrancaron los lidiadores; mas comprendiendo Pedro la idea de su rival, giró á la izquierda, luego á la derecha, después de frente, y en una de estas ligeras y hábiles evoluciones, dió un salto terrible su caballo, y él á la vez metió su corta lanza por uno de los agujeros que tenía la coraza de D. Enrique, sacó á éste de la silla, lo levantó en el aire y lo arrojó á larga distancia sin herirlo con el acero. Por un lado saltó la armadura, por otro su dueño y por otro la lanza de éste. Tan hábil, rápido y acertado juego fué digno del valeroso doncel que lo acababa de ejecutar; en aquel momento, formando un solo cuerpo caballo y caballero, parecían una centella que corría de un lado á otro, con una velocidad verdaderamente eléctrica; ni el leonés, ni ninguno de los presentes hubiera podido resistir ante aquel maravilloso juego, tan discreto como seguro en el resultado. D. Enrique besó el polvo, quedando, pues, vencido, sin conseguir siquiera tocar la ropa de su contrario.

Un murmullo general se oyó por todas partes; los unos vitoreaban al conde, otros le aplaudían y muchos de los de D. Alonso lo maldecían, juzgándose deshonorados al ver caer de aquel modo á uno de sus intrépidos jefes. Pedro el Temerario quedó parado, mirando cómo se revolvía en el suelo D. Enrique, cuando vino á llamar su atención el murmullo de que antes hemos hablado, y creyendo que sería otra cosa, volvió la cabeza hacia el campo enemigo y observó con atención los movimientos que distinguía en los partidarios del anciano rey. Tan pronto como el leonés notó la distracción del conde, ciego de ira, y en alas de un coraje que le dominaba completamente, tiró de su espada y, sin darle tiempo, le dirigió al costado izquierdo una mortal estocada que lo hubiera atravesado, á no ver y comprender Aliatar la acción de este hombre y dar un salto que esquivó el golpe dirigido á su amo, y lo llevó á cuatro varas de distancia de su contrario. Lara miró á Robla, comprendió lo inútil de su acción, pasó á su

mano izquierda el bastón-lanza, desnudó el corvo y afilado alfanje, y deteniendo con su escudo la segunda estocada que aquél le tiró, levantó el acero y de un terrible tajo le separó la cabeza del cuerpo, exclamando:

—¡Te había perdonado la vida; mas, por traidor, muere!

Estas palabras se oyeron á gran distancia, y un silencio sepulcral siguió al golpe de su cimitarra. Pedro envainó ésta y quedó frente á los padrinos de su víctima mirándolos con desdén; y visto que aquéllos permanecían inmóviles, hizo una caricia á Aliatar, cogió las riendas, volvió la espalda á sus contrarios y escapó, gritando á Abenamar y á D. Ricardo:

—Seguidme, que esto ha concluido. Y no paró de correr hasta que llegó á su tienda.

En el momento que expiró Robla, un heraldo del Temerario se adelantó hacia el sitio de la pelea y repitió tres veces:

—¡Queda el campo por el invencible conde de Lara!

Nadie contestó á estas exclamaciones; la mayor parte miraban con tristeza el mutilado cuerpo de D. Enrique, admirando, no ya la habilidad del joven del Saucejo, sino la fuerza con que había separado aquella cabeza, tan fuerte poco ha, tan arrogante y tan llena de vida.

El rey y la reina se retiraron, seguidos de su acompañamiento y soldados, y poco después llegaron cuatro vasallos del vencido, recogieron el cadáver y regresaron con él al campamento.

Una hora después todo había vuelto á su anterior estado, ocupando sus posiciones de por la mañana los dos ejércitos, sirviendo de pasto á las conversaciones el notable acontecimiento que acababa de te-

ner lugar; y lo mismo en Córdoba que fuera de ella é igualmente los jefes, caballeros, soldados, hombres y mujeres, elogiaban la habilidad, destreza, arrojo y fuerza del vencedor, á quien temían unos, y admiraban y querían los demás.

Al llegar el conde entre los suyos fué aplaudido y vitoreado con un entusiasmo que no tenía límites, siendo los más frenéticos los zegríes, abencerrajes, alabeses y demás tribus granadinas, pues todos ellos iban arrojando á los pies del caballo de Lara sus turbantes y armas. Muza, Abenamar, Lázaró, D. Ricardo y restantes grandes, jefes y amigos suyos, lo abrazaron y colmaron de elogios; los unos exclamaban:

—¡Qué lástima que no sea musulmán!

Y los otros decían:

—¡No tiene igual en el mundo este cristiano!

Durante las primeras horas de la noche fué honrada la tienda del conde con la presencia de su soberano, el cual pasó á su lado más de media hora, y luego fueron llegando los principales personajes y grandes de Córdoba y del ejército encerrado en la capital, en unión de algunas jóvenes, atrevidas y hermosas damas; y el monarca, los caballeros y las señoras se tuvieron por dichosos con estrechar aquella terrible mano derecha que no hallaba rival en Castilla; y unos y otras le dieron la enhorabuena, le felicitaron y no le escasearon tampoco los elogios.

El conde dió algunas órdenes, y fastidiado de tanto pláceme, se refirió al lecho en compañía únicamente del sabio Isaac, que dormía á los pies de su cama, sin que en toda la noche ocurriera nada que contar sea.



CAPITULO XXXIII

D. Ramiro y la reina.—Preparativos.—Gran batalla.—Derrota y completa dispersión.

Dos palabras sobre Fátima y su padre. Al marchar Pedro á Córdoba, quedaron la hermosa huri y el autor de sus días ocupando las principales habitaciones de la torre, ó sea aquellas en que estuvo el infante D. Juan. La damasquina estrechó á Lara y lo vió partir; sus ojos vertían lágrimas, su bello rostro demostraba el grave pesar que le atormentaba, y sus labios se abrían para dar paso á un suspiro escapado de lo más hondo de su corazón. Desde una reja que dominaba dilatada extensión miraron padre é hija cómo se alejaba el ejército, fija la vista en el casco blanco y pluma negra del valiente campeón, cuya cabeza sobresalía por encima de las de todos los que le acompañaban. Transcurrió un cuarto de hora más, y ya nada distinguieron; Lara y los cuarenta mil hombres que le seguían se habían perdido entre los extensos olivares y altas colinas, situadas al Norte de la ciudad de Ecija. Fátima sacó entonces un pañuelo, limpió sus ojos, se volvió á su padre, y fijando en él una mirada abrasadora, le dijo:

—Señor, el conde va á la guerra, y aun cuando es valiente y ostenta una cabeza privilegiada, puede que perezca.

—¿Su demasiado arrojo me hace temer por él!—contestó Mahomad con sentimiento.

—Sus enemigos, padre, son muy poderosos, y saben que matando á Pedro la victoria será para ellos.

—¿Es verdad!

—Lara no conoce el temor, y buscará por todas partes el sitio de más peligro.

—¿Tienes razón, hija mía, y si él sucumbe, moriremos nosotros de dolor!

—Señor, el conde es huérfano; no tiene padre, madre, ni siquiera un hermano

que á su lado vele por él, y le recuerde en los momentos de más peligro el nombre de Fátima, único que podría contentarlo, que le hace agradable la existencia.

—¿Todo eso es cierto!

—Creo, padre mío, que no lo volveremos á ver más si continúa así.

—Pidamos por su vida á Alá, y lloremos, hija del alma, por la suerte de nuestro bienhechor, de ese hombre cuyo pecho encierra un corazón de roca y un alma de ángel.

—¿Llorar! ¿Qué decís, señor? ¿Vos no soís todavía tan viejo que debáis llorar!

—¿Y qué he de hacer, Fátima?

—Al marchar el ejército que sigue al conde de Lara, he visto, padre mío, brazos menos robustos que el vuestro; rostros más demacrados, cuerpos más débiles, y ancianos de más edad que vos tenéis; y he admirado la majestad de sus severos semblantes, la erguida postura que llevaban sobre el caballo y el fuego que todavía despedían sus ardientes miradas, y me he preguntado: ¿habrá algunos, entre esos valerosos señores, que pueda contar los gloriosos hechos de armas de mi padre? ¿Podrá igualarse ninguna de esas lanzas á la del terrible Zegrí, vencedor siempre en Aimería, Granada y Murcia? ¿Y será posible, me he preguntado, padre querido, que aquella sangre zegrí tan ardorosa, aquellas fuerzas tan varoniles, aquella bizarría y arrojo sin rivales, hayan dejado de existir? ¿No le queda ya al poderoso señor de Mollina, al jefe de la primer tribu mulsumana, nada de lo que fué, ni aun aliento para dirigir á sus hijos?

Mientras Fátima pronunció las anteriores frases, tuvo fija la mirada en la de su padre, y parecía haberle prestado todo el fuego que encerraba el corazón de la in-

trépida y hermosísima huri; la cara de Mahomad se fué cubriendo de un subido carmín, se animaron sus ojos, irguió su cuerpo, y con voz firme y segura preguntó á su hija:

—¿Qué quieres que haga, Fátima?

—Nada, padre mío; pero si yo estuviese en vuestro lugar, correría á Mollina, tocaría mi bocina de guerra, reuniría á mis parientes, amigos y vasallos, y al frente de ellos partiría á Córdoba; me rodearía luego de la poderosa tribu zegrí, y exclamaría: «Nobles caballeros, aquí está vuestro jefe por derecho propio, que, anciano y todo, quiere mandaros y morir á vuestro lado, demostrando al mundo que nuestra raza no envejece nunca». Luego le diría al príncipe: «Señor, cerca de tí voy á pelear y á demostrar al califa, nuestro amo, que quiero hacermelo digno del aprecio con que me ha distinguido siempre». Y seguidamente buscaría al conde, y añadiría: «Hijo, tu padre no puede abandonarte, quiere velar por tí ó morir á tu lado.»

—Basta, Fátima; veo con placer que tienes mi sangre y mi poderoso aliento. ¡Que Alá te guarde, y te premie el bien que acabas de proporcionarme!

Y saliendo de allí, gritó:

—Capitán Vivar, mi escolta al momento. Allí, mi traje de guerra; ¡velad por mi huri los dos, que á mí me espera mi hijo en los campos de batalla!

Y poniéndose al frente de los quinientos hombres que Lara le había destinado, corrió á Mollina, cambiando el korán por el alfanje, y sus rezos y oraciones ascéticas por el bullicio, movimiento y algazara de la guerra. Mahomad siguió el consejo de su hija, y en brazos de un ardimiento que creyó muerto para él, se rejuveneció, volviendo á recobrar en parte su carácter fogoso, su energía é intrepidez, si bien quedaron muertas las pasiones bastardas que, en su anterior vida, lo condujeron hasta el crimen.

Tornemos ahora al campamento de Pedro de Lara. Este descansó de las fatigas del día durante la noche que siguió á su desafío; pero al amanecer se puso en pie, montó á caballo, y fué recorriendo la línea enemiga. A las seis de la mañana volvió á su tienda, á cuya puerta encon-

tró una escolta compuesta de caballeros cordobeses, una litera, retirados de allí sus centinelas, y á Lázaro que, al verle, cogió las bridas de su caballo, y le dijo al oído:

—Hace un rato que S. A. te espera, afortunado mancebo.

—¿Qué alteza?

—La reina, Pedro.

—Rueda, pues, debía mandarme llamar, y no exponerse de ese modo á torpes murmuraciones.

—¡Ese es el mundo! ¡Te viene á ver una mujer joven, hermosa, y la primera en jerarquía y posición, y aún no estás contento!

—Para mí, Lázaro, no hay en el universo más que Fátima; sólo tengo una palabra y una honra, y ni he faltar á la una, ni he de manchar á la otra.

—Bien hécho, hijo mío, bien hecho; pero entra, que te aguarda S. A.

¿Lara penetró en la tienda, y halló efectivamente á D. Ramiro y á doña María Alfonso de Molina. El uno en pie y la otra sentada; aquél se retiró, y ésta alargó su mano al conde, diciéndole:

—Sentáos, amigo mío, pues deseo hablarlos.

—Siento, gran señora, primero, que se exponga V. E. de este modo, y segundo, haberos hecho esperar un solo instante.

—Vuestros sagrados deberes os disculpan altamente de lo último, conde; respecto de lo otro, no teme jamás por su honor quien está segura, como yo, de no mancillarlo nunca. Podrán murmurar de mí lenguas fementidas y cobardes; pero como yo sólo escucho á mi conciencia, me cuido muy poco de esas vulgaridades, pues basta para confundirlas la mirada de una mujer honrada. Mas hablemos de lo que á ambos interesa. ¿Creéis posible la victoria contra las huestes enemigas?

—Sí, señora.

—¿Estáis seguro, conde?

—Es lo probable, señora.

—Qué, ¿intentáis caer sobre ellos de improviso, ó presentarles batalla?

—No es posible sorprender á setenta mil hombres; será un combate en toda regla.

Notad que al rey Jacob acompañan veinte

mil jinetes, más fieros aún que los terribles caballos sobre que van montados.

—Lo sé.

—Una carga de esos hombres es irresistible.

—Ciertamente, mas ya evitaremos el que no la den.

—¿Lo creéis posible.

—Sí, señora.

—¿Pensáis hacer uso de la gente encerrada en Córdoba?

—De toda ella.

—¿Quién intentáis que la mande?

—El príncipe Muza.

—No, mi esposo.

—¿A qué exponer su preciosa existencia?

—Sancho es valiente y hábil en la guerra, mas ha entrado en Córdoba tres veces seguidas perseguido por sus contrarios, y es necesario que vuelva un vencedor.

—¿Y si muriese?

—Vos velaréis por él.

—Os lo juro. Mas, ¿querrá aceptar mi plan?

—Sí; y sin haceros la más leve objeción.

—Pues que se bata, y al frente de sus hijos triunfe, y se haga digno del alto puesto que Dios le ha encomendado. Yo le cederé la gloria que pudiese adquirir en esa jornada.

—La admito. Al campeón de ayer le sobran coronas, y puede muy bien ceder una á su rey, sin echarla de menos.

—Gracias, señora; con gusto se las daría todas á mi amado soberano.

—Lo creo, pues soís más noble y generoso que valiente. ¿Nada necesitáis de vuestros monarcas?

—Sí; tengo que pedir á VV. AA. una gracia, pero aún no es tiempo.

Contad con ella desde ahora. ¿Cuándo acabaréis con mis enemigos?

—Pensaba esperar todavía algún tiempo, é irlos debilitando en ese círculo de hierro en que los tengo encerrados; mas si VV. AA. desean otra cosa, los batiré mañana mismo.

—Sí; cuanto antes mejor.

—Pues esta tarde visitaré á vuestro esposo, me pondré de acuerdo con él, y mañana

por la noche dejaréis de tener enemigos á la vista.

—Hacedlo así.

—¿Sabe D. Sancho que habéis venido á verme?

—No; pero si tenéis empeño se lo diré.

—Lo creo conveniente.

—Antes de una hora quedaréis complacido. Hasta la tarde, poderoso campeón.

—Hasta luego, mi reina y señora.

—Tenéis un caballo envidiable.

—Sí, mi Aliatar, el que se batió conmigo ayer: casi todos los de mis caballerizas son iguales á ese. ¿Me permitis que os lo mande?

—¿No os hará falta mañana?

—No pensaba montar en él; los tengo aún más fuertes.

—Entonces, acepto á Aliatar.

Y ambos se despidieron, partiendo inmediatamente la reina según había venido. En esta ocasión doña María Alfonsa de Molina fué para con Pedro sólo una reina entendida, valerosa é intrigante. Sabía que Lara no la negaría nada, y le obligó á que adelantase los acontecimientos y á que partiese con su marido la gloria de la próxima jornada.

El conde trabajó dos horas, después que la reina hubo marchado; almorzó luego, y encerrado seguidamente con el príncipe Muza, le enteró de la resolución que había tomado, adelantando al siguiente día la inevitable batalla, manifestándole su plan; al granadino le pareció excelente, hablaron sobre el mismo; y convenidos y encargada la mayor reserva para con todos, partió Lara á Córdoba, se encerró con el rey y la reina, y les hizo presente el modo y sabia combinación con que intentaba al día inmediato derrotar á sus enemigos. El monarca oyó con mucha calma y atención el relato de Pedro, creyó maravilloso su plan, sin hallar nada que añadir ó quitarle. El conde le dejó una copia para que pudiese estudiarlo mejor aquella noche, y acto continuo se retiró, dejando á SS. AA. muy alegres y complacidos.

Pasó el día sin que ocurriese nada de particular; mas en cuanto anocheció, se dieron las órdenes terminantes para que el ejército se retirase á descansar, quedando únicamente en pie las guardias y centinelas indispensables.

A las nueve se reunieron con Lara sus amigos y principales jefes de sus huestes, y allí pasaron el resto de la noche enterándose, primero, de lo que cada uno tenía que hacer al ser de día, y descansando luego; pero sin que saliese ninguno de la tienda de aquél; sólo á Muza le fué dado retirarse á su portátil aposento. A las doce se recostó Lara durmió hasta las dos, en cuyo instante se levantó, hizo poner en pie á cuantos le rodeaban, ratificó algunas órdenes y seguidamente partieron; y con el mayor sigilo y precauciones pusieron el ejército sobre las armas, situándolo convenientemente media hora antes de amanecer.

Lara se vistió con su mejor traje de guerra, montó á caballo, reconoció los puntos principales de la línea y esperó la llegada del día.

Sancho IV no durmió nada aquella noche; á la misma hora que al conde, le pusieron la armadura, estrechó tiernamente á su esposa, marchó de palacio, y al frente de todas las fuerzas que tenía en Córdoba aguardó la señal que el Temerario debía hacerle para salir.

Digamos algo sobre los parciales de Alonso X. El rey Jacob, Ponce y cuantos jefes, caballeros y soldados defendían la causa con Robla, y aun cuando al principio creyeron casi todos que debía morir el conde, bien pronto se convencieron de lo contrario, no quedando uno solo que en su interior dejase de admirar al invencible adalid, más hábil que temerario, tan entendido como valiente. En general, creían que Pedro era sólo uno de esos hombres que, fiados en sus muchas fuerzas y en brazos de un valor grande, atropellan por todo, sin reflexión, y con más osadía que conocimiento de lo que hacen; pero al verle presentarse sereno, tranquilo, buscando la ocasión, burlando la destreza, destruyendo el cálculo y haciéndose superior á todo lo conocido, temblaron y comenzaron á comprender que era un sér poderoso en talento, habilidad y denuedo, y que un hombre así al frente de un ejército tenía necesariamente que vencer. La comprensión de su caballo, la agilidad, fuerza y soltura, á la menor indicación de éste y hasta el modo de montar de Lara, les parecía maravilloso; y lo mismo los castellanos que los

marroquíes y rifeños que seguían al rey de Fez, quedaron sorprendidos y suspensos al acabar el combate. En una palabra: el desafío de D. Enrique causó un efecto malísimo entre todos los de su bando.

El que de un tajo segaba una cabeza, el que oponía sus aristocráticas carnes contra el acero y vencía y jugaba con su atrevimiento y resguardado rival, asustaba ya á los más valientes. Si algo le faltaba al popular nombre de Lara, este día lo adquirió hasta entre sus más encarnizados enemigos.

No era esto sólo; el rey de Fez acababa de recibir pruebas inequívocas de que Alonso X desconfiaba de él, y esto le tenía bastante disgustado; pues, en honor á la verdad, el poderoso marroquí no dió motivo para tan infamante duda. Algunos grandes murmuraban también del anciano rey, suponiéndole débil y poco experto en asuntos de guerra, dando lugar con sus vacilaciones á la llegada del conde y á que éste reuniese tan poderoso ejército. Pero se acercó el momento del peligro, y con más ó menos entusiasmos, todos se unieron y trataron de defender sus vidas y hasta de hacer triunfar la causa de don Alonso.

Amaneció, por fin; el bando de Lara había dejado atrás sus trincheras, y encima casi de su enemigo, se hallaba ahora formado en batalla y dispuesto á caer y aniquilar á las huestes que tenía de frente y á los costados. Esta operación la practicaron los de Pedro durante la noche, sin ruido ni excitar sospechas en el campo contrario.

Al primer albor de la mañana tocó Lara su bocina de guerra, repitieron los suyos la señal é instantáneamente se abrieron las puertas de la ciudad y salieron treinta mil combatientes mandados por don Sancho, los cuales ocuparon su puesto á la cabeza de la línea. El ejército del conde hizo los honores debidos á su bravo monarca, cruzaron algunas frases el rey, Muza y Pedro, volvieron á oírse las trompetas y cada cual tornó al punto que le estaba señalado.

El enemigo vió este aparato de muerte, aceptó la batalla, se dieron órdenes, y media hora después estaba dispuesto á recibir á sus contrarios de una manera dig-

na, valerosa y conveniente. Eran éstos setenta mil, y los otros ochenta mil próximamente; se hallaban, pues, equilibradas las fuerzas. Un rey había con unos; un monarca con los otros; el gran capitán Poncio de León estaba con aquéllos, el invencible Lara con éstos. Veinte mil feroces hijos del Rif y de Marruecos enseñaban



... llegó un caballero y le avisó...

sus agudas lanzas y afilados alfanjes, y diez mil hábiles y valerosos caballeros abencerrajes, zегries, alábeses, almoraides, vanegas, gomeles, abidbares, ganzules, abenamares, aliatares, reduanes y adradines lucían sus doradas y blancas cimarras, junto á catorce mil montañeses armados de picas, mazas y hachas. La muerte, en fin, ostentaba allí su más pavorosa enseña.

Una porción de ráfagas verdosas, azules y negras cubrían el sol, oscurecían la mañana y enlutaban el día, como presintiendo lo que iba á acontecer.

En este supremo instante en que Lara se disponía á dar la fatal orden, llegó un ca-

ballero y le avisó que por la parte Sur se acercaba una cohorte inmensa de moros; el conde suspendió la señal y mandó que se enterasen. Poco después entró en la línea Mahomad Zegrí seguido de cuatro mil sarracenos, lanza en ristre y alfanje en mano, gritando.

—¡Castilla y León por D. Sancho IV! ¡Viva el rey bravo! ¡Viva el califa de Granada! ¡Viva el príncipe Muza! ¡Viva el conde de Lara!

El ejército de Pedro y Sancho repitió estos vivas y recibió á los recién venidos con un saludo tierno y guerrero.

El anciano Mahomad pasó por delante de Lara y exclamó:

—¡Hijo mío, Fátima lo quiere así! Vengo á velar por ti y á hacerte digno del perdón y cariño de mi rey.

Y sin detenerse tomó la venia de Muza, éste se la dió, estrechando su mano con afectuoso interés, y acto continuo pasó al frente de la poderosa tribu zegrí, que lo aceptó por jefe con un aplauso general.

Otra vez volvió á reinar silencio y quedaron mirándose los ciento

cincuenta y cuatro mil combatientes. Por último, el conde de Lara bajó la celada de su casco y gritó con voz que penetró en el corazón de sus contrarios:

—¡Viva el rey D. Sancho!

Todos los suyos le contestaron, cayendo á la vez una gran parte sobre sus enemigos con mucho valor, pero con el mayor orden y acierto.

Sancho IV, veinte grandes y más de cuarenta jefes, seguidos de cincuenta y tres mil hombres, fueron los primeros que sucesivamente acometieron á las huestes de D. Alonso; éstas los recibieron con una inmensa lluvia de dardos que se estrellaron en el hierro que cubría á los jinetes, caba-

llos y peones. El bravo rey castellano dirigía, daba órdenes, se hallaba en todas partes y cuando era preciso embotaba también su terrible lanza en el pecho de sus contrarios; este admirable ejemplo hacía incontrastables á los que le seguían. Poco después se extendió la batalla por toda la línea, atacando y hasta arrollando D. Sancho á sus enemigos. Caballeros, jefes, soldados, jinetes y peones, en terrible tropel, se mezclaban, se confundían, é hiriendo, matando y defendiéndose, luchaban unos y otros con el valor de aquellos intrépidos gigantes de la edad media que tanto asombraron al mundo con sus hechos.

Lara, á mil pasos de la liza, rodeado de ochocientos caballeros y teniendo detrás á todos sus montañeses y servícolas al mando de Rueda, miraba impávido cómo atacaba y vencía su rey, dirigiendo de vez en cuando una tierna mirada á sus hijos de la montaña, los cuales, apoyados en las armas, presenciaban con glacial indiferencia el espantoso cuadro de muerte que veían tan cerca. Nada les mandaba Pedro, y poco les importaba lo demás; sus bríos, coraje y fiero valor, lo guardaban para el momento en que el padre los llamase y les dijera: «¡Seguidme!»

A la derecha del conde estaba el príncipe Muza en medio de Abenamar y Mahomad Zegrí; en pos tenían las poderosas tribus que ya conocemos, y unos y otros permanecían quietos, esperando el momento en que les ordenasen atacar. El padre de Fátima, hijo en Pedro, no perdía uno solo de sus movimientos, y por cierto que el viejo Zegrí se hallaba ahora tan dispuesto á entrar en la liza como en su mejor época. Así continuó más de una hora esta terrible retaguardia del ejército de Lara.

D. Sancho seguía avanzando y batiendo á sus contrarios, hasta llegar el caso de ponerlos en derrota. Para este momento reservaban los de Alonso los veinte mil caballos marroquíes. Tiempo era ya de que cargasen, pues de haber tardado un poco más, no sabemos lo que hubiera sido de los castellanos parciales del viejo monarca. Puestos á la cabeza de los rifeños el soberano de Fez y Ponce de León, acometieron á sus contrarios con una intrepidez sin igual, mientras que cien jefes

contenían á los primeros, que se pusieron en dispersión, los arengaban á todos y los obligaban á volver á la pelea. Desde este momento cambió completamente la faz de la batalla. D. Sancho no pudo resistir el feroz empuje de los marroquíes, secundados por los cincuenta mil castellanos restantes, los cuales se rehicieron y tornaron á combatir con más bríos que al principio. Los del bravo monarca comenzaron á huir unos, á desordenarse otros y á temer todos; Sancho hacía prodigios de valor; pero llegó el triste trance de no servirle de nada sus gigantescos esfuerzos.

El pueblo de Córdoba presenciaba con pavora desde las torres y azoteas el horrible cuadro que tenía ante su vista. Las murallas de la ciudad estaban desiertas; únicamente una valerosa mujer, seguida de cuarenta cortesanos, permanecía en ellas, mirando con ansiedad cuanto pasaba en el campo; era doña María Alfonsa de Molina, que, vestida de amazona y montada en el fogoso Aliatar, observaba la acción, buscaba á su esposo con la vista é intentaba profundizar los pensamientos de Lara. En este instante comenzó á palidecer la gentil matrona, tembló, y, por último, exhaló un ¡ay!, que fué repetido por los cortesanos que la acompañaban. Y la sobraba razón, pues su esposo, escolla y más de cinco mil jinetes acababan de ser cortados por los feroces marroquíes, y en este momento era acosado cada uno de ellos por cuatro ó seis de los otros.

Lara vió, con su anterior impavidez, la carga dada por Ponce y el rey de Fez, miró derrotadas sus huestes, y ni siquiera se movió; mas en cuanto distinguió que habían cortado á Sancho y que la vida de éste peligraba, se volvió y gritó á Rueda:

—No te muevas de ese sitio.

Y alzando más la voz, les dijo á sus ochocientos caballeros:

—¡Seguidme!

Y corrió, pasó por delante de Muza, le encargó que se aproximara; pero sin tomar parte todavía, y empuñando su terrible lanza, acometió á los marroquíes, mató é hirió sin cuento, rompió el círculo de hierro con que estaba cercado D. Sancho y halló á éste sin caballo, su lanza hecha pedazos, abierta su armadura y rodeado de cadáveres, que el valiente rey había dejado

tendidos. Pronto le dieron un potro y una lanza, y al lado de Lara comenzó á pelear nuevamente. Poco después estaba deshecho del todo el círculo rifeño. Sancho, rehaciendo los suyos, mientras que el Temerario, con sus ochocientos caballos y unos dos mil jinetes de los dispersos que se le unieron, contenía á los hijos del desierto.

El infatigable conde se salió entonces de la pelea y fué á partir; pero hallando detrás de él al valiente Mahomad que le había seguido en aquel atrevido lance, le dijo:

—Que cargue Muza con todos los suyos. Marcha.

Cinco minutos después el príncipe Abenamar, Mahomad Zegrí y sus catorce mil granadinos, dieron frente á los veinte mil marroquíes, y cayeron sobre ellos, mientras que D. Sancho, seguido otra vez de sus dispersas huestes, acorralaba y batía á los castellanos partidarios de su padre. En tal estado, salió Pedro del sitio de la lucha, después de haber dejado cuarenta hombres tendidos en tierra; y seguido solo de su escudero Correa, se incorporó nuevamente con Rueda y los que acompañaban á éste, quedando otra vez observando la batalla.

El rey conseguía batir perfectamente á sus contrarios, mas Muza y los suyos contenían con mucha dificultad, y á costa de bastante sangre, á las hordas de Fez, las cuales, más terribles que nunca, peleaban ahora de un modo feroz. Lara movió la cabeza con marcada señal de disgusto, y volviéndose á los del Saucejo, exclamó:

—Hijos míos, esos valientes granadinos no pueden con los bárbaros marroquíes; quería economizar vuestra preciosa sangre, pero ya no es posible alejaros por más tiempo sin que peligre nuestro honor y la suerte de esa batalla. ¡Hijos, María y la Cruz y á ellos!

Y Pedro, en medio de Rueda y de Correa, seguido de dos mil briosos jinetes selvícolas cubiertos de hierro y de doce mil montañeses forrados de baqueta, cayó sobre el ala izquierda de los marroquíes, penetró en el corazón de éstos, y él y los suyos, con una fuerza satánica, comenzaron á destruir á aquel valeroso ejército moruno; los selvícolas, en pos del Temerario, abrían paso á los montañeses, los

cuales tiraban sus picas, mazas ó hachas, saltaban como galgos, se subían á la grupa de los caballos contrarios, con la daga mataban al jinete, le quitaban su lanza y escudo, y quedando en su puesto iban acometiendo á los que aún existían montados.

Lara, los selvícolas y parte de los montañeses quedaron allí, mientras que Rueda se corrió á la izquierda con los restantes, y llegó hasta el centro de los castellanos de Alonso X. Tarde empuñaron las armas estos valientes; pero en cambio cada uno era un gigante que destruía y aniquilaba cuanto hallaba á su paso, sin miedo ni compasión. Juntos, esparcidos, jinetes y peones gritaban: «¡Lara y por Lara!» y á sus golpes se estremecía la tierra; temblaban sus enemigos y caían á cientos los cuerpos mutilados, los cráneos rotos, los brazos y piernas deshechos. El conde, irresistible como siempre, de cada bote derribaba uno, y más veloz que el huracán su potente lanza no cesaba un instante de matar contrarios, corriendo de un lado para otro, defendiendo á los suyos y extendiendo la muerte y el terror entre sus enemigos. Pronto fué reconocido por éstos y al grito de: «¡El Temerario!» huían desfavoridos sin orden ni dirección.

Hasta entonces no entraron en la liza los ciento cincuenta y cuatro mil hombres; pero en seguida que los últimos, ó sean los montañeses y selvícolas, se lanzaron al combate, comenzó á decidirse la acción en favor del conde de Lara.

Detrás de los de Pedro penetró también, por el costado derecho de los del rey de Fez, Mahomad Zegrí, con los cuatro mil moros que llevó de Molina, y ayudó grandemente á los primeros á descomponer y destruir las apiñadas hileras marroquíes. El conde, dejando á los suyos allí, corrió en distintas direcciones, abriéndose paso por todas partes, sembrando la muerte doquier, rehaciendo y animando á sus huestes y siendo el terror de los unos y la égida de los otros. Libró la vida á Muza, á Abenamar, al jefe de los reduanes y á varios almoradíes, abencerrajes y adoradines; mató tantos enemigos, que su camino se conocía por un reguero de sangre y dos filas de cadáveres. Y después de cinco horas de combate consiguió sobre

sus contrarios una victoria tan completa como él podía desear.

El rey de Fez, seguido escasamente de la mitad de los suyos, se vió obligado á adoptar la más vergonzosa huída, y no hizo mal, porque si continúa un poco más, no dejan los montañeses uno de los que le obedecían. Ponce de León y los restantes grandes y jefes de su bando escaparon en diferentes direcciones, temiéndolo tanto al conde de Lara como al mismo Lucifer.

El rey D. Sancho, después de cortar á más de cinco mil hombres, se entró con ellos en Córdoba, mientras Lara, Muza y cuantos jinetes tenían á sus órdenes, persiguieron á las desbandadas huestes de Alonso X, apresando á unos, matando á los que se defendían y acabando de hacer más espantosa aquella sin igual dispersión.

Dos horas después regresaba el conde y entraba en Córdoba, llevando cincuenta estandartes y siete mil prisioneros. Al penetrar en la ciudad le salió al encuentro el valeroso D. Sancho, y llegándose á él lo estrechó entre sus brazos. Pedro recordó el sueño que tuvo con la maga y se estremeció; pero continuó al lado del rey

hasta que dejó á éste en su palacio; luego saludó á la reina, les entregó los prisioneros y volvió otra vez á su campamento seguido de los suyos, esquivando elogios y ovaciones, tan merecidos como desdeñados por él.

Sobre el campo de batalla halló tendidos ocho mil cadáveres y diez y seis mil heridos de una y otra parte. Los primeros se quemaron, y los otros fueron trasladados, unos á Córdoba y otros á los hospitales de campaña que Lara tenía preparados. Isac curó al príncipe, á Abenamar, á Mahomad y á varios jefes cristianos y moros que, más ó menos ligeramente, habían sido heridos. Y, por último, se mandaron correos en todas direcciones, enterando á las autoridades del reino de la completa victoria que el hijo había obtenido sobre el padre. Esta batalla aseguró la corona en las sienes de Sancho IV. La espada de Pedro rompió este día el testamento por el cual Alonso X desheredaba á su rebelde hijo segundo. Otra vez más triunfó el derecho de la fuerza sobre la fuerza del derecho. Lara concluía de vengar de un modo terrible la conducta observada con él por el anciano monarca.

FIN DEL TOMO TERCERO

INDICE

	Páginas.
Capítulo XXIV. —Alí.—Temeridad de Lázaro. — La torre de Ismael.—Fátima.....	5
XXV. —Estado de Lara.—Mensajero.—El rey de Fez y su cohorte. — Otra vez el anacoreta.....	15
XXVI. —Nuevas del supuesto Jaime Merele.—La mujer misteriosa.—Preparativos de marcha.—El príncipe Muza.....	23
XXVII. —Sorpresa agradable.—Los enfermos restablecidos.—Desde San Pablo á la torre de Ismael.....	31
XXVIII. —Verbena de San Juan.—Serenata. — Sorpresa. Lara en campaña.—Valor de los unos y cobardía de los otros.—Muerte y destrucción.....	37
XXIX. —La unión de dos almas.—Los dos amigos.—De la torre de Ismael á Granada.....	43
XXX. —El califa Mahomad II al fakir, emir al Mumin.—El calabozo.—Mahomad Zegrí.—A Ecija.....	49
XXXI. —Padre é hija.—Gran revista.—A Córdoba.....	56
XXXII. —Situación de los Ejército de Alonso X y de Sancho el Bravo.—Los sitiadores quedan sitiados. — Desafío notable.....	63
XXXIII. —D. Ramiro y la reina.—Preparativos.—Gran batalla.—Derrota y completa dispersión.....	74

LA NOVELA DE AHORA

Año IV.==Publicación semanal.==Tercera época.

Todas las obras responden al lema: LITERATURA, ARTE, MORALIDAD, AMENIDAD, CULTURA. Tomos en 4.º mayor encuadernados en rústica con elegantes cubiertas; esmeradamente impresos sobre excelente papel y profusamente ilustrados por nuestros más apreciados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un mes.....	1,70 pesetas.
Trimestre.....	5,00 —
Semestre.....	10,00 —
Año.....	19,00 —

Número corriente, 40 céntos.—Los números atrasados tienen diez céntimos de aumento.

Con los números de la tercera época de **La Novela de Ahora** se forman elegantísimos tomos, soberbiamente encuadernados en tela inglesa, con planchas de oro fino inalterable por el tiempo y la humedad y cortes rojos. Estos tomos constituyen la más lujosa y escogida colección de novelas, un espléndido y delicadísimo regalo, y una serie de libros que pueden ser ornato de la más rica biblioteca. Cada tomo contiene cinco, seis ó más números de **La Novela de Ahora**, y su precio es seis pesetas. Tomando más de diez tomos á cinco pesetas cada uno en España, franco de porte. También se han hecho magníficas tapas para que los suscriptores puedan encuadernar su colección. Con las tapas, que son bellísimas, sobrias y elegantes, con planchas de oro fino, se regalan las portadas é índices de cada tomo, y su precio es una peseta cada tapa. Los suscriptores actuales ó los que en adelante se suscriban y á quienes sirva directamente la Administración obtendrán en sus pedidos de tapas las siguientes bonificaciones: si la suscripción es por un trimestre, 20 por 100; si la suscripción es por un semestre, 30 por 100; si la suscripción es por un año, 40 por 100.

OBRAS PUBLICADAS EN LA TERCERA EPOCA

- | | |
|---|---|
| 1 A. Palacio Valdés. La aldea perdida. | 37 M. Nicholson. La casa de las mil bujías. |
| 2 H. Rider Haggard. Aventuras de Allan Quatermain en el Africa central. | 38 y 39 Ch. Foley. Kowa la misteriosa. 2 ts. |
| 3 al 5 (bis) R. Ortega y Frias. Honor de esposa y corazón de madre. 4 tomos. | 40 á 46 F. L. Parreño. La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo. 7 tomos. |
| 6 y 7 E. Salgari. La ciudad del Rey leproso. 2 tomos. | 47 á 52 — Los invencibles, el monarca y la hoguera. 6 tomos. |
| 8 A. Cánovas del C.º La campana de Huesca. | 53 y 54 M. J. de Larra. El Doncel de Don Enrique el Doliente. 2 tomos. |
| 9 P. Mael. Sin dote. | 55 P. Escamilla. El sacristán de las monjas. |
| 10 Carlos Frontaura. Brígida. | 56 á 60 T. Tarrago. El puñal de oro. 5 tomos. |
| 11 al 13 (bis) F. Navarro Villoslada. Amaya, ó los vascos en el siglo VIII. 4 tomos. | 61 P. D'Ivoi. El corsario invisible. |
| 14 P. Mael. La Cenicienta. | 62 — Triplex. |
| 15 José Selgas. Una madre. | 63 — La isla de oro. |
| 16 y 17 E. Salgari. Los bandidos del Sahara. 2 tomos. | 64 á 66 D. Lesueur. Secreto mortal. 3 tomos. |
| 18 á 21 F. Luis Parreño. El héroe y el César. 4 tomos. | 67 á 72 R. Ortega y Frias. El Testamento de un Conspirador. 6 tomos. |
| 22 Conde de las Lavas. Chavala. | 73 y 74 E. Salgari. En las Fronteras del Far-West. 2 tomos. |
| 23 á 26 C. Dickens. Aventuras de Mr. Pickwick. 4 tomos. | 75 y 76 — La Cazadora de cabelleras. 2 tomos. |
| 27 y 28 E. Salgari. La montaña de luz. 2 tomos. | 77 y 78 F. du Boisgobey. La Conspiración del alfiler rojo. 2 tomos. |
| 29 M. Fernández y González. La piel de la justicia. | 79 y 80 Ch. Foley. Flor de sombra. 2 tomos. |
| 30 Carlos Frontaura. La maldita vanidad. | 81 al 82 (bis) Lewis Wallace. Ben-Hur. 3 tomos. |
| 31 y 32 Walter Scott. Ivanhoe. 2 tomos. | 83 A. Reschal. La mujer pájaro. |
| 33 E. Blasco. Una señora comprometida, y O. Feuillet, El diario de una mujer. | 84 al 87 Florencio Luis Parreño. Pedro el Temerario. 4 tomos. |
| 34 á 36 F. Navarro Villoslada. Doña Blanca de Navarra. 3 tomos. | |

NUMEROS EXTRAORDINARIOS

Paul Féval. Las hijas de la Luna.
— Diana y Elena.

BIBLIOTECA DE CIENCIAS MÉDICAS

Colección de obras novísimas de los autores más acreditados.

El asombroso desarrollo que las CIENCIAS MEDICAS han adquirido en estos últimos tiempos merced á la titánica labor que los sabios realizan diariamente, tanto en la Clínica como en el Laboratorio, arrancando á la Naturaleza sus más recónditos secretos é interpretando sus leyes más ocultas, hace que el caudal literario de dichas ciencias sea tan inmenso é interesante.

Las obras maestras se suceden de continuo: el descubrimiento de hoy hace que se modifiquen y completen las enseñanzas derivadas del descubrimiento de ayer; los libros aparecen con una rapidez vertiginosa, llevando á todas partes la grata nueva de la última conquista científica...; pero el lector asiduo, el que necesita estar al corriente de cuanto ocurre en el mundo de la Ciencia médica, donde desenvuelve sus actividades, no puede abarcarlo todo, ni en el orden intelectual, por la extensión y abundancia de las obras que la librería le ofrece á diario, ni en el orden económico, porque los precios no suelen estar frecuentemente al alcance de modestas fortunas.

Esas obras exigen para su lectura y estudio una enorme cantidad de tiempo, del que los prácticos no pueden disponer, si han de dedicarse á la diaria labor de la visita.

La BIBLIOTECA DE CIENCIAS MEDICAS que publica la CASA CALLEJA intenta la resolución de tan interesante problema en los dos órdenes indicados, ofreciendo libros de palpitable actualidad, llenos de interesante doctrina, de reducidas dimensiones y de precio modesto.

Para ello la CASA CALLEJA ha celebrado contratos con los más eminentes profesores de Medicina y con reputadas casas editoriales extranjeras, que nos suministrarán constantemente lo más útil, lo más importante y lo más nuevo que se vaya produciendo en sus respectivos países, á fin de publicarlo nosotros en nuestro idioma, para lo que hemos encargado de las traducciones á profesores de reconocida competencia científica, bajo la dirección del conocido escritor médico D. Angel Avilés.

De esta suerte, y haciendo pequeñas ediciones para renovarlas con frecuencia, podremos ofrecer á la ilustrada clase médica española y americana una BIBLIOTECA DE CIENCIAS MEDICAS importante, completa, útil, siempre nueva, y tan económica como hasta la fecha ha sido imposible conseguirla.

Parte material de la BIBLIOTECA DE CIENCIAS MÉDICAS QUE PUBLICA LA CASA CALLEJA

Cada obra formará uno ó más elegantes volúmenes en 8.º mayor, sólidamente encuadernados en tela inglesa con planchas en relieve y rótulos dorados, impresos en papel superior, con tipos claros y con grabados, cuando éstos sean necesarios para ilustrar el texto.

Precio de cada tomo: CUATRO pesetas.

Tomando diez ó más tomos, á TRES pesetas CINCUENTA céntimos cada uno.

Obras publicadas en la BIBLIOTECA DE CIENCIAS MEDICAS

I.—Enfermedades de los órganos respiratorios. Métodos de exploración; signos físicos, por el Dr. León Faisane, médico del Hospital de la Pitié. Traducción de D. Angel Avilés Rodríguez, médico de la Beneficencia municipal de Cartagena, antiguo interno de San Carlos.

II.—Los hongos parásitos del hombre, por el Dr. E. Bodin, profesor de Bacteriología de la Universidad de Rennes. Traducción de D. Juan Francisco Mega, ex oficial médico del Cuerpo de Sanidad de la Armada, por oposición. Ilustrado con 22 figuras.

III.—**La insuficiencia hepática**, por el doctor A. Gouget, médico de los Hospitales de París. Traducción de D. Ramón Díaz Barea, del Cuerpo de Sanidad de la Armada.

IV.—**Las condiciones de la infección microbiana y la inmunidad**, por el Dr. E. Bodin, profesor de Bacteriología de la Universidad de Rennes. Traducción de don Luis Romero Ruiz, antiguo interno, por oposición, de las Clínicas del Hospital Provincial y de San Carlos de Madrid. Ilustrado con tres figuras.

V.—**Anatomía obstétrica**, por el Dr. L. A. Demelin, jefe de Clínica de Obstetricia de la Facultad de Medicina de París. Traducción de D. Angel Avilés Rodríguez, médico de la Beneficencia municipal de Cartagena, antiguo interno de San Carlos. Ilustrado con nueve figuras.

VI.—**La fauna de los cadáveres. Aplicación de la Entomología á la Medicina legal**, por el Dr. P. Mégnin, miembro de la Academia de Medicina de París. Traducción de D. Juan Francisco Mega, ex oficial médico, por oposición, del Cuerpo de Sanidad de la Armada. Ilustrado con 28 figuras.

VII.—**Fototerapia. La luz, agente biológico y terapéutico**, por los doctores A. Chatin, preparador jefe adjunto del Laboratorio de Electroterapia del Hospital de Saint-Louis, y M. Carle, antiguo jefe de Clínica de las enfermedades cutáneas, de la Facultad de Medicina de Lyon. Traducido por D. Ramón Díaz Barea, del Cuerpo de Sanidad de la Armada. Ilustrado con ocho figuras.

VIII.—**Los ácaros parásitos**, por el doctor P. Mégnin, miembro de la Academia de Medicina de París. Traducción de D. Pedro Pérez Sánchez, del Cuerpo de Veterinaria Militar. Ilustrado con 40 figuras.

IX.—**Fisiología normal y patológica del páncreas**, por el Dr. E. Hédon, profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina de Montpellier. Traducción de D. Juan Francisco Mega, ex oficial médico, por oposición, del Cuerpo de Sanidad de la Armada.

X.—**La rabia**, por el Dr. Augusto Marie, director del Instituto antirrábico de Constantinopla, antiguo interno de los Hospitales de París. Prefacio del Dr. E. Roux, miembro del Instituto, subdirector del Instituto Pasteur. Traducción de D. José Pastor y Cano, médico de la Beneficencia municipal de Cartagena. Ilustrado con cinco figuras. Segunda edición.

Elementos de Dermatología, por los doctores L. Brocq y L. Jacquet, médicos de los Hospitales de París, miembros de la Sociedad de Dermatología. Traducción de la tercera edición francesa por D. Luis Romero Ruiz, licenciado en Medicina y Cirujía, ex interno, por oposición, de las Clínicas de San Carlos y del Hospital Provincial de Madrid.

XI.—**I. Patología general cutánea**.—Contiene este tomo todas las nociones indispensables para fundamentar un diagnóstico y un pronóstico, y formular un tratamiento racional de las lesiones elementales de la piel, nociones deducidas de la etiología y la patogenia, las que, á su vez, sirvan de base á la *clasificación*, objeto del primer capítulo, acaso el más original y sugestivo de este libro.

XII.—**II. Deformidades cutáneas; erupciones artificiales; dermatosis parasitarias**. Las dermatosis parasitarias constituyen hoy un importante capítulo de la Dermatología; su interés para el médico es de indiscutible valor, y su estudio, contenido en este libro, ha sido hecho inspirándose los autores en una tendencia eminentemente práctica, á fin de que el clínico, sin necesidad de llevar á cabo investigaciones y estudios especiales, pueda reconocer, diagnosticar y tratar metódicamente estas afecciones tan frecuentes.

XIII.—**III. Dermatitis microbianas y neoplasias cutáneas**.—Este volumen contiene todas las dermatosis de origen microbiano cuyos agentes, microbios patógenos, son ya conocidos, y aquellas cuya naturaleza microbiana es sólo probable.

XIV.—**IV. Dermatitis inflamatorias**.—La denominación de *inflamatorias* es ciertamente poco precisa: la tendencia que la anima en este libro es la de suministrar algo así como una pauta, una rúbrica general que sirva de guía indicadora. Está aplicada á los *eczemas*, *pénfigos*, *proriasis*, *pitiriasis*, *eritemas*, *seborreas*, etc., etc.

XV.—**V. Dermatitis de origen nervioso. Formulario**.—En este volumen se estudian todas las enfermedades de la piel, imputables directa ó indirectamente á lesión ó perturbación del sistema nervioso; así, los *ilquenes*, el *plúrigo*, el *prurito*, la *urticaria*, las *esclerosis de la piel*, las *trofodermatitis*, etc., han sido estudiados en este libro desde un punto de vista esencialmente práctico, tendencia que, como hemos dicho, es la que domina en toda la obra. El «Formulario» que aparece al final es completo y de gran utilidad práctica.

XVI.—Menstruación y fecundación, por el Dr. A. Auvar, tocólogo de los Hospitales de París. Traducción de D. Angel Avilés Rodríguez. Ilustrado con 35 figuras.

XVII.—La peritonitis infrahepática de origen vesicular, por los doctores Tripier, profesor de Anatomía patológica de la Facultad de Medicina de Lyon, y Pavior, profesor agregado á la Facultad de Medicina de Lyon. Traducción de D. Juan Francisco Mega.

XVIII.—Profilaxis del paludismo, por el Dr. A. Laveran, médico jefe de primera clase del Ejército, profesor de la Escuela de Val-de-Grâce, miembro del Instituto y de la Academia de Medicina de Francia. Traducción de D. Serafin Martínez Galica. Ilustrado con 20 figuras.

XIX.—La gota. Ensayo de patogenia morfológica, por el Dr. Critzman, preparador en el Laboratorio de Anatomía patológica de la Facultad de Medicina de París. Traducción de D. Alberto Valdés, del Cuerpo de Sanidad Militar.

XX.—Los derrames líquidos de la pleura, por el Dr. P. Le Damany, catedrático de la Escuela de Medicina de Rennes. Traducción del Dr. Angel Avilés Rodríguez, médico de la Beneficencia municipal de Cartagena, antiguo interno de San Carlos. Ilustrado con 27 figuras.

XXI.—La herencia de la tuberculosis, por el doctor Joseph Vires, profesor agregado á la Facultad de Medicina de Montpellier. Traducción de D. Angel Avilés Rodríguez.

XXII.—Higiene de los tuberculosos, por el Dr. A. Chuquet, antiguo interno de los hospitales de París, médico consultor en Cannes, precedida de una introducción por el Dr. G. Caremberg, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Francia. Traducción de D. Angel Avilés Rodríguez, médico de la Beneficencia municipal de Cartagena, antiguo

interno de San Carlos. Prólogo del excelentísimo Sr. D. Angel de Larra y Cerezo, de la Real Academia de Medicina de Madrid.

XXIII.—Métodos de examen del corazón, por los doctores Pierre Merklen, médico de los hospitales de París, y Jean Heitz, ex interno de los hospitales de París. Traducción de la cuarta edición francesa, por D. Angel Avilés Rodríguez, médico de la Beneficencia municipal de Cartagena, antiguo interno de San Carlos.

XXIV.—Higiene escolar, por el Dr. Jules Delobel, médico inspector de las Escuelas públicas, laureado por la Academia de Medicina de París, con un prefacio del profesor P. Brouardel, decano honorario de la Facultad de Medicina de París, miembro del Instituto y de la Academia de Medicina de Francia. Traducción de D. Angel Avilés Rodríguez, médico de la Beneficencia municipal de Cartagena, antiguo interno de San Carlos.

Ciento cincuenta consultas médicas sobre las enfermedades de los niños, por el Dr. Jules Comby, médico del hospital de «Enfants-Malades», de París. Traducción de la segunda edición por el Dr. Luis López Sacconne, antiguo pensionado, por oposición, de la Facultad de Medicina de Cádiz; ex médico primero, por oposición, del Cuerpo de Sanidad de la Armada, etcétera.

XXVI.—El peligro venéreo, por los doctores H. Labit y H. Polin, médicos principales del ejército, premiados por la Academia de Medicina; miembros de la Sanidad francesa de profilaxis sanitaria y moral, con un prólogo del profesor Fournier, miembro de la Academia de Medicina. Traducción de D. Alberto Valdés, del Cuerpo de Sanidad Militar.

XXVII.—La parálisis general, por los doctores Magnan, médico jefe en el Asilo de Sainte Anne, y Sérieux, médico adjunto de los Asilos del Sena. Traducción de don Juan Francisco Mega.

Inclúyase el importe con los pedidos y si suman menos de cinco pesetas, aumentese cincuenta céntimos para gastos de envío y certificado.

Casa Editorial Saturnino Calleja Fernández.—Calle de Valencia 23, Madrid.

Obras de la baronesa Staffe.

Estos libros, que contienen multitud de útiles y sabios consejos, han sido escritos por la baronesa Staffe, conocida por el sobrenombre de *La educadora de la mujer moderna*. Formar madres, esposas y mujeres capaces de ocupar su puesto en todas las clases de la sociedad: tal ha sido el deseo, la ambición de la autora.

Los casos difíciles y espinosos que ocurren en la vida reclaman previsión y decisión seguras. Excelentes consejos se dan á la mujer en estas obras para hacerla adquirir cierta gracia sencilla, cierto velado encanto que la envuelvan y la impregnen de misterioso perfume, inculcándole aquella poesía exquisita que es por dicha del género humano, más necesaria de lo que se presume.

Las obras de la baronesa Staffe son eminentemente morales y educadoras.

LA ELEGANCIA EN LAS COSTUMBRES DE LA VIDA SOCIAL.—Reglas para saber vivir en la sociedad.—Traducción de la 135 edición francesa; dos tomos con 206 y 218 páginas.

EL TOCADOR DE LAS DAMAS.—El santuario de la mujer.—El tocador: su mobiliario y su adorno.—Accesorios.—Cuidados corporales.—El arte del baño.—Consejos y recetas.—Alhajas, dijes, juguetes, trajes, cintas, encajes, etc., etc.—Versión castellana de la 50 edición francesa; dos tomos con 254 y 272 páginas.

LA DUENA DEL HOGAR.—Arte de recibir en su casa.—Modo de gobernarla.—Arte de amueblar las habitaciones.—Educación de los niños.—Cuidado á los enfermos, etc., etc.—Versión castellana de la 30 edición francesa; dos tomos con 278 y 266 páginas.

TRADICIONES CULINARIAS Y ARTE DE SERVIR LA MESA.—La cocina.—Sopas y potajes.—Aderezos, salsas y condimentos.—Carnes.—Caza.—Volatería.—Pescados.—Legumbres.—Huevos.—Entremeses.—Postres.—Bebidas y licores.—Repostería.—Versión castellana de la 18 edición francesa; dos tomos con 302 y 274 páginas.

LA CORRESPONDENCIA FEMENINA EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA.—Cartas de la infancia.—Primera comunión.—Desposorios.—Vida conyugal.—Nacimientos.—Afecciones de familia.—Vida social.—Criados.—Cartas comerciales, etc., etc.—Versión castellana de la 38 edición francesa; dos tomos con 238 y 206 páginas.

MIS SECRETOS PARA AGRADAR Y

PARA SER AMADA.—La salud.—La gracia del cuerpo.—La belleza de la mujer.—Los ejercicios.—El arte de vestirse.—La gracia moral.—La palabra.—Las relaciones.—La edad madura.—Versión castellana de la 26 edición francesa; dos tomos con 270 y 232 páginas.

LA MUJER EN LA FAMILIA.—La hija. La esposa.—La madre.—Padres, hermanos, cuñados, parientes, enfermedades, relaciones, novio, prometido, filosofía femenina, celos, familia del marido, arreglo de la casa, hijos, cuidado de los niños, educación, trabajo, hijos casados, yernos y nueras, etc., etc.—Versión castellana de la 4.ª edición francesa; dos tomos con 186 y 318 páginas.

AUMENTO DE BIENESTAR.—La vida en el campo.—Guía de la mujer en la casa rural.—La vida mediocre en la ciudad y la vida tranquila del campo.—Pequeña explotación modelo.—El corral.—El establo.—El cultivo de la tierra.—Datos acerca de algunos animales útiles.—Las abejas.—Un poco de piscicultura.—En los días de invierno.—Potpurri de recetas.—Versión castellana en dos tomos con 238 y 230 páginas.

LOS ADORNOS FEMENINOS.—Piedras preciosas.—Joyas.—Encajes.—Bordados.—Abanicos.—Cintas.—Flores.—Plumas, etcétera, etc.—Versión castellana en dos tomos, con 238 y 246 páginas.

INDICACIONES PRACTICAS PARA BRILLAR EN EL MUNDO.—Un tomo con 216 páginas.

INDICACIONES PRACTICAS PARA ALCANZAR REPUTACION DE MUJER ELEGANTE.—Un tomo con 254 páginas.

De estas utilísimas obras, que son inapreciable regalo para señoritas, se han hecho dos espléndidas ediciones.

La primera forma tomos 7. 16° (85 por 130 milímetros), lujosamente impresos sobre magnífico papel y encuadernado en rústica con cubiertas á dos tintas. Precio de cada tomo, **1,50 pesetas**. La colección, **30 pesetas**.

La segunda, de lujo, encuadernada en tela inglesa con planchas, rótulos y cortes de oro fino, forma tomos en 16° (85 por 125 milímetros), á 2,50 pesetas cada tomo y **45 pesetas** la colección completa.

El Cocinero Práctico

NUEVO TRATADO DE COCINA, REPOSTERIA Y PASTELERIA

Con interesantes artículos de economía doméstica y horticultura.

Describe minuciosamente el servicio de la mesa, el arte de trincar y todo lo referente á la cocina económica y á la de lujo de todos los pueblos civilizados. Contiene gran número de interesantes fórmulas de fácil ejecución, recomendadas por los más afamados cocineros, el arte completo del pastelero y repostero, un manual de economía doméstica en que se expone la manera de conservar las substancias animales y vegetales, dirigir la matanza y salazón del cerdo, reconocimiento de las carnes triquinadas, elaboración del pan, práctica del lavado y planchado, etc., etc., terminando con un completo tratado de floricultura. Un tomo en 4.º, con 380 grabados, perfectamente encuadernado en tela, con planchas alegóricas en negro, **4 pesetas**. En cartóné, con preciosa encuadernación al cromo, **3 pesetas**.

Nuevo Manual del Juego del Tresillo

El más completo y necesario para el jugador entre los publicados hasta el día

por **A. G. Ch.**

Edición rosa.—Caprichosa y elegante impresión sobre papel de clase especial, lujosamente encuadernada en tela, con planchas alegóricas y cantos dorado; ejemplar, **2 pesetas**.

Edición de lujo.—Impresa sobre papel riquísimo, encuadernada con exquisito gusto en tela, con planchas alegóricas en oro y negro; ejemplar, **1 peseta**.

Edición corriente.—Con preciosos grabados, impresa en papel elegante, satinado, encuadernación esmeradísima en pasta, con cromos alegóricos; ejemplar, **50 céntimos**.

Edición microscópica.—De gran lujo y de capricho. Consta de 128 páginas, impresas en papel finísimo; puede llevarse en la caja de cerillas, en la cartera ó en los pequeños portamonedas de las señoras; encuadernado en pasta elegante al cromo; ejemplar, **50 céntimos**.

Industrias lucrativas

TOMOS PUBLICADOS EN PASTA AL CROMO

- | | |
|-----------------------------------|------------------------------------|
| 1 Cría de gallinas. | 18 Caballos de lujo y de carrera. |
| 2 Cría de conejos. | 19 Caballos de tiro y de carga. |
| 3 Palomas y tórtolas. | 20 Cría de faisanes. |
| 4 Cría de cabras. | 21 Cultivo del tabaco. |
| 5 Ganado lanar. | 22 Las flores y sus perfumes. |
| 6 Cría de pavos. | 23 Cultivo de la patata. |
| 7 Cría de gansos. | 24 Cultivo del trigo. |
| 8 Cría de patos y cisnes. | 25 Arboles resinosos. |
| 9 Cría de cerdos. | 26 El pino y sus productos. |
| 10 Explotación de vacas lecheras. | 27 Las féculas y sus aplicaciones. |
| 11 Gusano de seda. | 28 Productos forestales. |
| 12 Peces de agua dulce. | 29 Industria algodonera. |
| 13 Peces de mar. | 30 Industria azucarera. |
| 14 Crustáceos y moluscos. | 31 Industria vinatera. |
| 15 Toros, bueyes y vacas. | 32 Industria corchotaponera. |
| 16 Productos del ganado vacuno. | 33 Industria alfarera. |
| 17 Cría de canarios. | 34 Cultivo y comercio del azafrán. |

PRECIO DE CADA TOMO, UNA PESETA

Biblioteca Popular.

En esta curiosísima Biblioteca se han reunido multitud de libros útiles y prácticos para todos. Libros de entretenimiento, manuales de correspondencia, oráculos, libros de sueños, chistes, colecciones de recetas culinarias, manuales caseros concernientes á todos los aspectos de la vida, prontuarios de esgrima, equitación, natación, caza, pesca y toda clase de juegos y deportes, y la colección de obras de la baronesa Staffe, notable escritora que con arte sin igual ha dictado una serie de reglas y consejos que comprenden todo lo que debe saber una mujer para ser buena hija, buena esposa y buena madre, así como toda suerte de máximas para agradar y ser amada, para ser elegante, brillar en el mundo, etc., etc.

Forman tomos elegantes en 12.º (122 por 85 milímetros aproximadamente), con grabados y encuadernados en pasta, con cromos alegóricos en las tapas, á **75 céntimos cada tomo**. Pidiendo más de cincuenta, á **60 céntimos cada tomo**. Pidiendo la colección completa, á **50 céntimos cada tomo**.

OBRAS PUBLICADAS EN BIBLIOTECA POPULAR

- 1 El oráculo novísimo.
- 2 Libro de los sueños.
- 3 Arte de echar las cartas.
- 4 Guía del comprador y del vendedor.
- 5 Lunario y pronóstico perpetuo general y particular del reino y de las provincias.
- 6 Libro de los chistes.
- 7 Juegos de manos.
- 8 Estilo general de cartas amorosas, familiares y mercantiles, solicitudes, recibos, pagarés, etc., etc.
- 9 Cien maneras de preparar las legumbres.
- 10 Cien maneras de preparar las salsas.
- 11 Cien maneras de preparar huevos.
- 12 Cien guisos exquisitos de patatas.
- 13 Cien maneras de preparar los platos de vigilia.
- 14 Cien fórmulas para preparar sopas y potajes.
- 15 Cien maneras de preparar los platos de caza.
- 16 Cien modos diversos de aliñar la carne de vaca.
- 17 Cien fórmulas para preparar los platos de ternera.
- 18 Cien fiambres variados.
- 19 Cien fórmulas para aprovechar los sobrantes de las viandas.
- 20 Cien fórmulas para preparar platos de dulce.
- 21 Cien modos de prevenir y curar los pequeños accidentes y enfermedades.
- 22 El jardinero de estancias, ventanas, balcones y patios.
- 23 La higiene y la economía en la vida práctica.
- 24 Manual casero para la fabricación de licores, jarabes y postres.
- 25 Repostería y pastelería prácticas.
- 26 Manual de juegos de naipes, con baraja española y francesa.
- 27 Bailes de sociedad.
- 28 La ciencia en el hogar.
- 29 Manual de fotografía para aficionados.
- 30 Manual práctico de labores de señora.
- 31 Guía del cazador.
- 32 Guía del pescador.
- 33 La electricidad en casa.
- 34 El matrimonio.
- 35 Nuevo manual del juego del tresillo.
- 36 Vocabulario general de voces de dudosa ortografía y de poco uso.
- 37 Manual de la cocinera.
- 38 El gabinete tocador.
- 39 Juegos inocentes de sociedad.
- 40 Manual de juegos y deportes.
- 41 La gimnasia en jardines y habitaciones.
- 42 Nuevo lenguaje de las flores.
- 43 La quiromancia.
- 44 y 45 La elegancia en las costumbres de la vida social.
- 46 y 47 El tocador de las damas.
- 48 y 49 La dueña del hogar.
- 50 y 51 Tradiciones culinarias y arte de servir la mesa.
- 52 y 53 La correspondencia femenina en todas las circunstancias de la vida.
- 54 y 55 Mis secretos para agradar y para ser amada.
- 56 y 57 La mujer en la familia.
- 58 y 59 Aumento de bienestar.
- 60 y 61 Los adornos femeninos.
- 62 Indicaciones prácticas para brillar en el mundo.
- 63 Indicaciones prácticas para alcanzar reputación de mujer elegante.
- 64 El oráculo de las damas y de las señoritas.
- 65 Higiene de los fumadores.
- 66 La esgrima del baston.
- 67 La escuela de esgrima.
- 68 Gramática del amor.
- 69 Química doméstica.
- 70 Arte de nadar.
- 71 Código del amor.
- 72 Guía del buen sirviente.
- 73 Manual de equitación.
- 74 Diccionario del amor.
- 75 Manual de felicitaciones.
- 76 Contabilidad por partida doble.
- 77 El mérito de las mujeres.
- 78 Las carreras científicas y literarias. Las profesiones liberales.
- 79 Historia universal. *En prensa.*
- 80 Cien platos distintos para vegetarianos.
- 81 Cien recetas para preparar un plato en pocos minutos.
- 82 Historia de España. *En prensa.*
- 83 Geografía universal. *En prensa.*
- 84, 85, 86, 87, 88 y 89. *En prensa.*
- 90 Guía para conservar la salud.

Narraciones Bíblicas, por el Rvdo. P. Berthe.

Veinticinco tomos en 8.º (153 por 106 milímetros), de 128 páginas cada tomo, impresos en papel de lujo con hermosos grabados y encuadernados en pasta fina con elegantes cromos alegóricos en las tapas.

Utilísima y amena colección, cuyas obras comprenden la vida de los más insignes personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, incluyendo todos los sucesos de alguna importancia, de modo que abrazan, en conjunto, toda la Historia Sagrada.

Las Narraciones Bíblicas son, por orden cronológico, las siguientes:

ANTIGUO TESTAMENTO

1. Adán y Noé.
2. Abraham.
3. José.
4. Moisés.
5. Josué.
6. Gedeón y Sansón.
7. Saúl.
8. David.
9. Salomón.
10. Elías y Eliseo.
11. Jonás y Tobías.
12. Judit.
13. Los últimos días de Jerusalén.

14. Daniel en Babilonia.
15. Job.
16. Ester y Esdras.
17. Los Macabeos.

NUEVO TESTAMENTO

18. El Niño de Belén.
19. El Profeta de Nazaret.
20. El complot de los Fariseos.
21. El proceso de Nuestro Señor Jesucristo.
22. El drama del Calvario.
23. El Príncipe de los Apóstoles.
24. El converso de Damasco.
25. El discípulo amado.

Precio de cada tomo en pasta, 60 céntimos de peseta.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

Por haberse incluido en esta magnífica Biblioteca varios libros compuestos de narraciones infantiles, pudiera juzgarse exclusivamente propia para niños. En efecto, los tomos marcados con * son adecuados para pequeños lectores; pero los demás son excelentísimos tratados de sus respectivas materias, sumamente útiles para adultos todos ellos, é indispensables muchos para quienes no tengan nociones completas de esas ramas del saber cuyo conocimiento es indispensable á todo hombre culto.

La presentación de la Biblioteca Enciclopédica es verdaderamente suntuosa por la belleza de sus grabados, por su soberbio papel, por su impresión esmeradísima y por sus espléndidas encuadernaciones en pasta al cromo ó en tela con planchas en oro y negro.

Van publicados 23 tomos en 4.º mayor
(230 por 150 milímetros), de 160 páginas cada uno.

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

- | | |
|--------------------------------------|------------------------------|
| 1. Los tres reinos de la Naturaleza. | 13. Viajes extraordinarios. |
| 2. Lluvia de cuentos. | 14. Historia de Roma. |
| 3. Historia de las Bellas Artes. | 15. Historia de Grecia. |
| 4. Sucesos extraordinarios. | 16. Geografía física. |
| 5. Premio de aplicación. | 17. De artesano á emperador. |
| 6. Almacén de cuentos para niños. | 18. Guía de la juventud. |
| 7. Tesoro de los niños. | 19. España y su historia. |
| 8. Geografía histórica. | 20. El recreo de mis hijos. |
| 9. Viaje alrededor del mundo. | 21. Cuentos azules. |
| 10. Geografía astronómica. | 22. En preparación. |
| 11. Mitología griega y romana. | 23. Cuentos infantiles. |
| 12. La alegría de los niños. | |

Precio de cada tom.: en pasta al cromo, 1,50 pesetas; en tela, 2,50 pesetas.

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS DE AUTORES CÉLEBRES

La **Biblioteca Calleja** publica novelas interesantes, literarias, cultas y siempre morales, escogidas entre las mejores de todo el mundo, formando tomos en 8.º mayor de 300 páginas aproximadamente (175 por 144 milímetros), con láminas finas, impresas cuidadosamente sobre papel satinado para su mayor belleza y menor volumen.

PRECIOS.—En pasta al cromo: Tomo, **1,25 pesetas**. Tomando más de cincuenta, **1 peseta** cada tomo. Tomando más de ciento, á **0,80** cada tomo.

Van publicados los siguientes tomos:

1. **Jaccoliot.**—El crimen del molino de Udsor.
- 1 bis. **Souvestre.**—Memorial de familia.
2. **Bouvier.**—Colette ó la Cayenita.
- 2 bis. **Saint-Aubin.**—La heredera de Birague.
3. **Noir.**—La reina de los gitanos.
- 3 bis. **Maël.**—Lo que canta el amor.
4. **Salgari.**—Los pescadores de ballenas.
- 4 bis. **Salgari.**—Invierno en el polo norte.
5. **Féval.**—El juramento de Lagardere.
6. **Féval.**—Aurora de Nevers.
7. **Feuillet.**—La novela de un joven pobre.
8. **Toudouze.**—Las pesadillas.
9. **Salgari.**—La Soberana del campo de oro.
10. **Salgari.**—El rey de los cangrejos.
11. **Belot.**—El parricida.
12. **Belot.**—Lubin y Dacolard.
13. **Maël.**—La Gaviota.
14. **Canivet.**—Hijo del Mar.
15. **Salgari.**—Los naufragos de Liguria.
16. **Salgari.**—Devastaciones de los piratas.
17. **Silvestre.**—Rosa de Mayo.
- 17 bis. **Maël.**—La mujer del capitán.
18. **Pont-Jest.**—De princesa á modelo.
19. **Vas Ricouard.**—Conflicto entre dos amores.
20. **Salgari.**—Sandokan.
21. **Salgari.**—La mujer del pirata.
22. **Enne et Delisle.**—Aventureros del crimen.
23. **Bernard.**—La piel del león.
24. **About.**—El hombre de la oreja rota.
25. **Tony-Révillon.**—El proscrito.
26. **Busnach.**—Verros policíacos.
27. **Pothey.**—Malambó.
28. **Ponson du Terrail.**—Diana de Lancy.
29. **Vialon.**—El hombre del perro mudo.
30. **Salgari.**—Los extranguladores.
31. **Salgari.**—Los dos rivales.
- 32 y 33. **Walter Escott.**—Quintin Durdward.
34. **Ponson du Terrail.**—El capitán Coquelicot.
35. **Maël.**—El torpedero 29.
36. **Salgari.**—Los tigres de la Malasia.
37. **Salgari.**—El Rey del Mar.
38. **Gautier.**—La novela de la momia.
39. **Barbey d'Aureville.**—La virgen viuda.
40. **Salgari.**—El capitán Tormenta.
41. **Salgari.**—El león de Damasco.
42. **Wilkie-Collins.**—La muerta viva.
43. **Champol.**—La hermana Alejandrina.
44. **Champol.**—Las que vuelven.
45. **Assollant.**—Dos amigos en 1792.
46. **Cherbuliez.**—Miss Rovel.
47. **Salgari.**—La hija de los Faraones.
48. **Salgari.**—El sacerdote de Phtah.
49. **Dickens.**—El hilo de oro.
50. **Dickens.**—El eco de la tormenta.
51. **Davidson.**—El misterio de la calle Harley.
52. **Gaboriau.**—El legajo núm. 113.
53. **Gaboriau.**—El hijo falso.
54. **Monteil.**—Juan de las Cadenas.
55. **H. de Sair ' Aubin.**—El cura de aldea.
56. **Pradels.**—Agencia matrimonial.
57. **About.**—Treinta y cuarenta.
58. **Salgari.**—Los solitarios del Océano.
59. **Salgari.**—El Estrecho de Torres.
60. **Féval.**—El castillo maldito.
61. **Féval.**—Los vampiros. — Segunda parte de El castillo maldito.
62. **Opale.**—La princesa Helga.
63. **P. Lebrun.**—Un tío á pedir de boca.
64. **P. Lebrun.**—El simpático Cascarrabias.
65. **Féval.**—Los mercaderes de plata. — Tercera parte de El castillo maldito.
66. **Féval.**—La casa de Geldberg. — Cuarta parte de ídem.
67. **Féval.**—Los tres hombres rojos. —

- Quinta parte de idem.
48. **Féval.**—El misterio de la Trinidad.—
Sexta parte de idem.
49. **Féval.**—Los bastardos de Bluthaup.
Séptima parte de idem.
70. **Féval.**—El barón de Rodach.—Octa-
va parte de idem.
71. **Salgari.**—La Perla roja.
72. **Salgari.**—Los pescadores de perlas.
73. **Daudet.**—Tartarin de Tarascón.
74. **About.**—Germana.
75. **Walter Scott.**—Guy Manering.
76. **Walter Scott.**—Enrique Beltrán de
Ellangowan.
77. **Chavette.**—La bella Aliette.
78. **Cardona.**—El primo.
79. **Giurana.**—Una penitencia.
80. **Salgari.**—El corsario negro.
81. **Salgari.**—La venganza.
82. **Davidson.**—Dorina.
83. **Féval.**—El lunar rojo.
84. **Féval.**—El Fantasma.
85. **Maël.**—Caridad.
86. **Salgari.**—La reina de los Caribes.
87. **Salgari.**—Honorata de Wan-Guld.
88. **Maël.**—Soledad.
- 88 bis. **Maël.**—Pedro de Trémeur.
89. **Salgari.**—Yolanda, la hija del corsa-
rio negro.
90. **Salgari.**—Morgan.
- 91 y 92. **Sienkiewicz.**—¿Quo vadis...?
93. **Giurana.**—El debut de un juez.
94. **Salgari.**—La capitana del Yucatán.
95. **Martínez Zuviría.**—Alegre.
96. **Cherbuliez.**—El conde Kostia.
97. **Maël.**—Siempre tuya.
98. **Conan Doyle.**—La sombra grandiosa.
99. **Dickens.**—Oliverio Twist.
100. **Dickens.**—Premio y castigo.
101. **Salgari.**—Los horrores de Filipinas.
102. **Salgari.**—Flor de las Perlas.
103. **Salgari.**—Los cazadores de cabezas.
104. **Conan Doyle.**—Rodney Stone.
105. **Conan Doyle.**—Estudio en rojo.
106. **Maël.**—Las que saben amar.
107. **Poë.**—Narraciones extraordinarias.
108. **Salgari.**—Al Polo Norte.
109. **Féval.**—El juego de la muerte.
110. **Féval.**—El capitán Mazurka.
111. **Féval.**—El último superviviente.
112. **Salgari.**—Las panteras de Argel.
113. **Salgari.**—El filtro de los califas.
114. **Socias.**—Celia.
115. **Souvestre.**—El mendigo de San Ro-
que y Un filósofo en una guardilla.
116. **Mie d'Aghonne.**—El niño abando-
nado.
117. **About.**—La novela de un hombre
honrado.
118. **Enault.**—Rolando.
119. **Davidson.**—La mujer de Rómulo Wi-
ssart.
120. **Reade.**—Aventuras de Elena Rolles-
ton.
121. **Reade.**—Roberto y Arturo.
122. **Assollant.**—El doctor Judassohn
About.—El rey de las montañas.
123. **Enault.**—Historia de una conciencia.
124. **Musset.**—Una vida del diablo.
- 125 á 156 bis. **Ponson du Terrail.**—Colec-
ción Rocambole. (En prensa.)
- 157 y 158. **E. Sienkiewicz.**—La familia Po-
laniecki. (Dos tomos.) (En prensa.)
159. **A. Belot.**—El secreto terrible. (En
prensa.)
160. **P. Féval.**—La cosaca. (En prensa.)
161. **E. Souvestre.**—El pastor de hombres.
(En prensa.)
- 162, 163 y 164. **E. Souvestre.**—El Rey del
mundo. (Tres tomos.) (En prensa.)
165. **Saint Pierre.**—Pablo y Virginia. (En
prensa.)
- 166 y 167. **E. Salgari.**—El hombre de fue-
go. (Dos tomos.)
168. **Polo y Peyrolón.**—Alma y vida se-
rranas.
- 169 y 170. **Frontaura.**—El hijo del sacris-
tán (Dos tomos.)
171. **Rahavanez.**—Pasiones.
172. **González y Rodríguez.**—Memorias
de un ministro.
173. **Davidson.**—El precio de una vida.
174. **Souvestre.**—La gota de agua.
175. **Maël.**—Lo que puede la mujer.
176. **Salgari.**—Los dramas de la esclavi-
tud.
177. **Autran.**—¡O témpora! ¡O mores! (En
prensa.)
178. **About.**—El marido imprevisto.
179. **About.**—Las vacaciones de la Con-
desa.
180. **About.**—El marqués de Lanrose.
- 181 y 182. **Manzoni.**—Los novios. (Dos to-
mos.)
183. **Salgari.**—El Continente misterioso.
- 184 y 185. **Salgari.**—Los horrores de la
Siberia. (Dos tomos.) (En prensa.)
- 186 y 187. **Salgari.**—Un drama en el Océa-
no Pacífico. (Dos tomos.) (En
prensa.)

COLECCION DE DICCIONARIOS CALLEJA

DICCIONARIO COMPLETO

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA

POR

M. Rodríguez-Navas y Carrasco.

Doctor en Filosofía y Letras y ex-presidente del Circulo Filológico Matritense.

Contiene aproximadamente **120.000 voces explicadas y definidas**, es decir, más del doble de las que comprende el Diccionario de la Academia, y cerca del duplo de los Diccionarios más modernos.

ES EL DICCIONARIO MAS COMPLETO Y BARATO DE LA LENGUA

Un tomo en folio de 1.500 páginas, cuerpo seis, encuadernación de lujo en medio chagrín y tela, **DIEZ PESETAS.**

Diccionario Manual Enciclopédico ilustrado

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA

PUBLICADO POR SATURNINO CALLEJA

Esta obra, publicada recientemente, y de la cual se han agotado ya dos copiosísimas ediciones, es una verdadera excepción entre las de su género. Se ha impuesto en el mercado rápidamente, porque ninguna hay que pueda competir con ella en mérito, en presentación y en economía. Ha venido á llenar un vacío, por cuanto no existía DICCIONARIO alguno que, con los caracteres de MANUAL ENCICLÓPEDICO é ILUSTRADO, reuniera las cualidades de verdadera solidez científica, agradable amenidad y coste reducido al alcance de todos.

Contiene todos los artículos comprendidos en el Diccionario de la Real Academia, y, además 25.000 voces de ciencias puras, de ciencias aplicadas, de artes, de industrias y de oficios, admitidas por personas cultas y por el uso popular en las naciones hispanoamericanas.

En la nueva edición se ha corregido escrupulosa y esmeradísimamente el texto artículo por artículo, ampliando acepciones, enmendando otras, omitiendo las repetidas, é incluyendo más de mil artículos y definiciones nuevas, sin olvidar las voces relativas á los últimos descubrimientos científicos, biografías de personajes contemporáneos, palabras americanas y las relacionadas con nuevos datos arqueológicos, geográficos etc., etc.

En cuanto á la parte gráfica, baste indicar que está ilustrado con más de 4.000 grabados, 500 retratos, láminas enciclopédicas, reproducciones de monumentos célebres (de los cuales se han añadido más de MIL en la nueva edición), mapas y cuadros en colores, etc.

Es un libro indispensable para literatos, maestros, escolares, seminaristas, etc.; **útilísimo** para toda clase de personas, y constituye un regalo valioso é insustituible como obra de consulta ó como libro instructivo y de agradable esparcimiento.

Forma un tomo en 8.º mayor de 1.400 páginas aproximadamente. Edición corriente, sólida y elegantemente encuadernada en tela, **OCHO PESETAS.**

Para facilitar su adquisición, se ha hecho una edición **ECONOMICA** encuadernada en cartóné y sin cuadros en colores, que vale **CINCO PESETAS.**

DICCIONARIO POPULAR DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Segunda EDICION MINERVA de bolsillo.

Aunque de poco volumen, es completísimo este Diccionario: contiene igual número de vocablos que el de la Real Academia; se han suprimido las 4.000 voces anticuadas que éste contiene, las cuales se han sustituido por igual número de palabras de ciencias ó industrias vulgarizadas en el lenguaje usual.

Es un libro utilísimo y muy práctico, por su tamaño reducido, para oficinas, colegios y, en general, para todos los que necesiten un verdadero Diccionario **de bolsillo**, cuya cualidad no perjudique á su solidez científica ni á la abundancia de vocablos. Bajo este aspecto es un libro modelo.

Un tomo en 8.º de 1.000 páginas aproximadamente, en tela inglesa, **tres pesetas**.

Diccionario Inglés - Español y Español - Inglés

POR D. JULIO J. CASARES

Oficial de la interpretación de Lenguas en el Ministerio de Estado.

Dos tomos en un volumen de 1.500 páginas del cuerpo cinco; encuadernación elegante de tela con planchas de oro y negro, **seis pesetas**.

Es el mejor y el más moderno entre todos los manuales.

DICCIONARIO FRANCES-ESPAÑOL

POR

M. RODRIGUEZ NAVAS

Con la nueva ortografía adoptada oficialmente por la Real Academia Española

Un tomo en 8.º de 1.600 páginas, cuerpo cinco; edición elegante en tela con planchas y rótulos dorados, **tres pesetas**.

Diccionario general de la Lengua Castellana.

POR VELEZ DE ARAGON

Comprende todas las voces sancionadas por la Academia de la Lengua y los términos más usuales en Historia, Biografía española y extranjera, Mitología, Geografía universal, Artes y Oficios, Ciencias físicas y exactas, Astronomía, Química, el Diccionario geográfico y el Diccionario completo de Historia Natural, etc.

Un tomo en 4.º de 2.278 páginas á dos columnas, perfectamente encuadernado en tela con planchas en oro y negro. **Diez pesetas**. En pasta española, **11 pesetas**.

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

POR

Miguel de Cervantes Saavedra.

La casa editorial Calleja ofrece al público once preciosas ediciones de esta joya de la literatura, que ningún español debiera desconocer.

Todas ellas (excepto la núm. 10, para niños) son completas, tal como Cervantes escribió su inmortal obra, ilustradas profusamente por Manuel Angel con arte tan elevado que, á juicio de personas competentes, no ha habido nunca ilustraciones del *Quijote* tan magistrales ni que tan acertadamente interpreten el pensamiento del Príncipe de los Ingenios como las creadas por este inspirado artista.

En las ediciones Calleja de *Don Quijote* hay tamaños, formas y precios para llenar todas las necesidades y satisfacer todos los gustos, como puede comprobarse en la siguiente relación:

Detalle de las once ediciones del QUIJOTE

EDICIÓN NÚM. 1.—**Microscópica A.**—Correctísima, completa é ilustrada. Un tomo de 668 páginas en rústica, **50 céntimos**. (Las ediciones microscópicas, son de capricho y propias para personas de buen gusto; su mérito principal está en lo pequeñísimas que són.)

EDICIÓN NÚM. 2.—**Microscópica B.**—Correctísima, completa, de todo lujo y muy ilustrada. Un tomo de 668 páginas, perfectamente encuadernado, con cromos alegóricos, **1 peseta**. (Es la edición más pequeña que se ha publicado en el mundo.)

EDICIÓN NÚM. 3.—**Microscópica C.**—Un tomo lindamente encuadernado en tela flexible, planchas y rótulos en negro y oro, **1,50 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 4.—**Económica.**—Elegantísima, impresa sobre papel satinado con tipos claros, ilustrada con 316 preciosos grabados, y encuadernada en pasta con cromos alegóricos, **2 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 5.—**De bolsillo.**—La más elegante de todas y del *Quijote* no conocemos ninguna que reuna condiciones iguales. Está impresa en riquísimo papel y de tan poco cuerpo, que á pesar de la multitud de grabados con que va ilustrada, y de estar impresa con tipos muy claros, abulta lo que un devocionario no muy grande; su encuadernación, propia para el objeto á que se destina, es en tela flexible, planchas, cortes dorados y puntas redondas; **3 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 6.—**De la Biblioteca Perla.**—Un tomo en 4.º de 896 páginas, con hermosos tipos y más de 300 grabados nuevos y originales, encuadernado en pasta al cromo, **4 pesetas**. (Esta edición núm. 6 es el modelo más perfecto y más cómodo para leer en casa, y la edición núm. 5, es la mejor para viaje entre todas las ediciones publicadas en el mundo.)

EDICIÓN NÚM. 7.—**De gran lujo.**—Un tomo en 4.º de 896 páginas y 316 grabados, lujosamente encuadernado en tela con planchas de oro y negro y cortes dorados, **6 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 8.—**Extraordinaria.**—Un tomo en 4.º de 896 páginas y 316 grabados, sólidamente encuadernado en medio chagrín, tapas de tela, nervios, planchas y cortes dorados, **8 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 9.—**Popular.**—Un tomo en 4.º menor de 900 páginas, letra clara, buenas ilustraciones, bien impreso en papel satinado, sólidamente encuadernado en cartón con elegantes cubiertas, **1,50 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 10.—**Para niños.**—Un tomo en 8.º de 682 páginas con grabados; en pasta al cromo, edición elegante para libro de lectura en colegios; un ejemplar, **1,50 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 11.—**Barata.**—Un tomo en 4.º menor de 900 páginas, impreso en papel ordinario y ligeramente ilustrado, encuadernado en rústica, **1 peseta**.

BIBLIOTECA PERLA

En esta Biblioteca, una de las más notables de cuantas publica la CASA CALLEJA, se han reunido obras maestras de amenidad científica y literaria, que constituyen un regalo espléndido y utilísimo para personas de todas las edades. Todos los tomos están profusamente ilustrados con magníficas láminas de gran tamaño y abundantísimas viñetas y encuadernados en pasta con cromos alegóricos en las tapas, ó encuadernados en tela con preciosas estampaciones en oro y negro.

La impresión está hecha con hermosos caracteres, sobre papel de lujo y con las mejores tintas.

Títulos de los tomos de la

Biblioteca Perla.

- | | |
|--|--|
| 1 Cuentos de Andersen. | 18 Las mil y una noches. (<i>Edición expurgada</i>). |
| 2 Viajes por España. | 19 Héroes del Cristianismo. |
| 3 Robinson Crusoe. | 20 Don Quijote de la Mancha. |
| 4 Cuentos de Grimm. | 21 Fabiola, ó la iglesia de las Catacumbas. |
| 5 Viajes por Europa. | 22 Los mártires, ó el triunfo de la Religión cristiana. |
| 6 Viajes por América. | 23 El Genio del Cristianismo. |
| 7 Gil Blas de Santillana. | 24 Virginia, ó la doncella cristiana. |
| 8 Las Bellas Artes en España. (<i>En preparación</i>). | 25 Las tardes de la granja. |
| 9 Historia de España. | 26 Veladas de la quinta. (<i>En preparación</i>). |
| 10 Historia Universal. | 27 Cuentos escogidos de Schmid. |
| 11 Geografía Universal. (<i>En preparación</i>). | 28 Los últimos días de Pompeya. (<i>En preparación</i>). |
| 12 Resumen histórico crítico de la Literatura española. (<i>En preparación</i>). | 29 Juegos de los niños. |
| 13 Ciencias físicas y naturales. | 30 Viajes por Asia y Africa. |
| 14 Historia Sagrada. | |
| 15 A la ventura. (<i>Cuentos</i>). | |
| 16 El reino de la fantasía. (<i>Cuentos</i>). | |
| 17 Azul celeste. (<i>Cuentos</i>). | |

Precio de cada tomo en pasta al cromo, 4 PESETAS; en tela con planchas y cortes dorados, 6 PESETAS.

AÑO CRISTIANO

o

EJERCICIOS DEVOTOS PARA TODOS LOS DIAS

POR EL

P. Juan Croisset, de la Compañía de Jesús.

Traducido por el P. J. F. de Isla; adicionado con las vidas de los santos y las festividades que celebra la Iglesia española; cuidadosamente corregido y convenientemente arreglado por el presbítero D. Anastasio Machuca Díaz, licenciado en Derecho civil y canónico.

Esta edición, ilustrada con 489 grabados, perfectamente impresa, con tipos muy claros y papel de lujo, consta de cinco tomos en 4.º, de 1.000 páginas cada uno próximamente (cuatro con las vidas de los santos del año y uno con las Dominicas), lujosamente encuadernado en tela con lomos de chagrin, planchas en relieve y rótulos dorados 35 pesetas.

Handwritten text in a cursive script, likely a title or header, located at the top of the page. The text is faint and difficult to decipher.

